

Nora Roberts

HECHIZO

Los Donovan 3

Título original: Charmed

Prólogo

La magia existe. ¿Quién puede dudarlo cuando hay arcoiris y flores, la música del viento y el silencio de las estrellas? Cualquiera que haya amado ha sido rozado por la magia. Es una parte fundamental y extraordinaria de nuestras vidas.

Algunos poseen más, han sido elegidos para perpetuar un legado traspasado durante innumerables generaciones. Los antepasados fueron Merlín, la sacerdotisa Ninian, el hada Rhiannon, los duendes de Arabia. Y también compartieron la misma sangre los pueblos celtas, Morgan Le Fay y otros cuyos nombres solo se susurraban en secreto y penumbras.

Cuando el mundo era joven y la magia era algo tan natural como una gota de agua, las hadas bailaban en el corazón de los bosques y, en ocasiones, se mezclaban con los mortales.

Igual que ahora.

Su poder era ancestral. Incluso de pequeña había comprendido, le habían enseñado, que tales dones no eran gratuitos. Los padres que la habían educado con todo el amor de sus corazones no podían engañarla, sino darle cariño y cuidar de ella hasta que se convirtiera en una mujer adulta. Solo podían esperar mientras veían a su hija experimentar los placeres y padecimientos de la infancia, la adolescencia y la madurez.

Como mujer, había escogido una vida tranquila y sabía estar sola sin sufrir el pinchazo de la soledad.

Como hechicera, aceptaba su don y nunca olvidaba la responsabilidad que este entrañaba.

Aunque quizá anhelara, como todos los dioses y mortales han anhelado desde el principio de los tiempos, un amor eterno y verdadero. Pues era consciente de que no había poder, embrujo ni encantamiento mayor que el regalo de un corazón acogedor y abierto.

1

Cuando vio a la niña mirar a través del rosal, Anastasia no tenía idea de que aquella chiquilla le cambiaría la vida. Había estado canturreando, como solía hacer cuando cuidaba el jardín, disfrutando del olor de la tierra. El cálido sol de septiembre brillaba dorado en el cielo, el arrullo del mar contra el espigón se unía armónicamente con el zumbido de las abejas y los gorjeos de los pájaros. Su gato gris descansaba en el suelo junto a ella, agitando la cola con algún sueño felino.

Una mariposa se posó en silencio sobre la palma de Ana, que le acarició las alas con las yemas de los dedos. Luego la soltó y vio una pequeña carita que se asomaba a través de su seto de rosas.

Ana sonrió al instante. Era una cara dulce, con una barbillita aguda, nariz respingona y grandes ojos azules como el cielo. Una gran melena morena completaba la descripción.

La niña le devolvió la sonrisa con una expresión curiosa y traviesa al mismo tiempo.

—Hola —la saludó Ana, como si siempre se encontrara niñas pequeñas en sus rosales.

—Hola, ¿puedes acariciar mariposas? —preguntó la niña con naturalidad—. Yo nunca lo consigo.

—El secreto está en esperar a que ellas te inviten —Ana le acarició el pelo y se puso de cuclillas. Había visto una furgoneta de mudanzas el día anterior, de modo que debía de estar frente a la hija de sus nuevos vecinos—. ¿Habéis venido a la casa de al lado?

—Sí, vamos a vivir aquí. Me gusta, porque veo el agua desde la ventana de mi habitación. También he visto una foca. En Indiana solo hay focas en el zoo. ¿Puedo entrar?

—Por supuesto —Ana abrió la puerta del jardín y la niña pasó bajo el arco de rosas. En sus brazos llevaba una perrita—. ¿A quién tenemos aquí?

—Se llama Daisy —la niña dio un beso cariñoso sobre la cabeza de la cachorra—. Es mía y voló conmigo en el avión y no tuve nada de miedo. Tengo que cuidar de ella y darle comida y agua y lavarla y todo, porque es responsabilidad mía.

—Es muy bonita —comentó Ana. Y muy pesada para una niña de cinco o seis años, supuso—. ¿Puedo? —añadió, extendiendo los brazos.

—¿Te gustan los perros? —preguntó la niña mientras le entregaba a la cachorra—. A mí me gustan los perros y los gatos y todo. Hasta los hamsters de Billy Walker. Y un día tendré un caballo. Ya lo veremos. Mi papi siempre dice que ya lo veremos.

Ana acarició a la perrita mientras esta la olisqueaba y lamía. La niña era tan deliciosa como el sol que iluminaba el cielo.

—A mí también me gustan los perros y los gatos y todo —respondió Ana—. Mi primo tiene caballos. Dos grandes y un potro.

—¿De verdad? —la niña se agachó para acariciar al gato, que seguía dormido—. ¿Puedo verlos?

—No vive lejos, así que quizá algún día. Tendremos que pedirles permiso a tus padres.

—Mi mami se ha ido al cielo. Ahora es un ángel.

Ana notó que el corazón se le resquebrajaba un poco. Extendió una mano, tocó el pelo de la niña y sintonizó con ella: no había dolor allí, lo cual era un alivio. Los recuerdos eran buenos.

—Me llamo Jessica —dijo la pequeña, sonriente—. Pero puedes llamarme Jessie.

—Yo soy Anastasia —se presentó esta. Incapaz de resistirse, se agachó y le dio un besito en la nariz—. Pero puedes llamarme Ana.

Dicho lo cual, Jessie comenzó a bombardear a Ana con preguntas, al tiempo que proporcionaba información sobre ella misma mientras hablaba. Acababa de cumplir seis años, el martes siguiente comenzaría primaria en su nuevo colegio; su color favorito era el morado y odiaba las judías blancas más que nada en el mundo.

¿Podía enseñarle Ana a plantar flores?, ¿cómo se llamaba el gato? ¿Tenía niñas pequeñas?, ¿por qué no?

De modo que se sentaron al sol, una niña con vestido rosa y una mujer con pantalones cortos, mientras el gato Quigley dormía y la perra Daisy se llevaba todas las caricias.

Ana llevaba el pelo recogido atrás. Era largo y rubio y, de vez en cuando, un mechón se liberaba de la goma que lo sujetaba y bailaba al viento sobre su cara. No estaba maquillada. Su belleza, frágil y arrebatadora, era tan natural como su poder, una mezcla de constitución celta, ojos grises, la voluptuosa boca de los Donovan... y un aire nebuloso. Su cara era el reflejo de un corazón compasivo.

—¡Jessie! —una voz masculina, exasperada y preocupada, sonó al otro lado del jardín—. ¡Jessica Alice Sawyer!

—¡Oh, oh! Ha dicho mi nombre entero —dijo la niña mientras se ponía de pie—. ¡Aquí! ¡Papi, estoy aquí, con Ana! ¡Mira, ven!

Un segundo después, un hombre alto asomó la cabeza bajo el arco de rosas. No hacía falta ningún don para captar su frustración, alivio y enojo. Ana pestañeó: la sorprendía que aquel hombretón fuera el padre de la brujilla que estaba dando saltos a su lado.

Quizá fuera su barba de uno o dos días lo que le daba aquel aire tan peligroso, pensó. Su rostro tenía facciones angulosas y los labios de su boca estaban firmes. Solo los ojos eran como los de su hija, claros, azul brillante, nublados ahora por la impaciencia. Al alisarse el pelo, oscuro y ensortijado, el sol sacó un destello rojo.

Parecía enorme, de constitución atlética y desconcertantemente fuerte. Llevaba una camiseta gasta-da y unos vaqueros descoloridos.

Lanzó una mirada de disgusto y desconfianza hacia Ana y luego se dirigió a su hija:

—Jessica, ¿no te dije que te quedaras en el parque?

—Sí —la niña sonrió—. Pero Daisy y yo oímos cantar a Ana y, cuando miramos, estaba acariciando una mariposa. Y dijo que podíamos pasar. Tiene un gato, ¿ves? Y su primo tiene caballos y su otra prima tiene una gata y un perro.

—Si te digo que te quedes en el parque y luego no te veo, me preocupo —explicó el padre con firmeza.

Ana reconoció el mérito de que no hubiese alzado la voz ni hubiese amenazado a Jessie con castigarla. Pero se sintió tan arrepentida como la niña.

—Perdona, papá —murmuró esta haciendo un puchero.

—Debería disculparme, señor Sawyer —dijo Ana tras ponerse en pie—. La invité a pasar, estaba disfrutando tanto de su compañía, que no se me ocurrió que no podría usted encontrarla.

No dijo nada. Se limitó a mirarla con aquellos ojos claros como el agua y, cuando por fin dirigió los ojos hacia su hija, Ana se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración.

—Deberías darle de comer a Daisy. Ya es la hora.

—Vale —dijo Jessie, tomando en brazos a la cachorra.

—Y gracias, señora...

—Señorita —corrigió Ana—. Donovan. Anastasia Donovan.

—Gracias por aguantarla, señorita Donovan.

—Gracias por aguantarme, Ana —repitió Jessie, lanzándole a Ana una sonrisa conspiradora—. ¿Puedo volver?

—Espero que lo hagas.

—No quería preocuparte, papá —le dijo la pequeña a su padre mientras regresaban a su jardín—. De verdad.

—Eres un trasto —dijo él con cariño, después de suspirar.

Luego Jessie echó a correr, con la perrita dando tumbos entre sus brazos. La sonrisa de Ana se desvaneció en cuanto los ojos azules de aquel hombre volvieron a mirarla.

—Es una niña encantadora —aseguró ella, asombrada de lo mucho que le sudaban las palmas de las manos—. Le pido perdón por no haberme asegurado de que sabía usted dónde estaba, pero espero que le deje volver a visitarme.

—No ha sido culpa suya —dijo él en un tono frío, ni amistoso ni hostil. Ana tenía la desagradable sensación de que la estaban radiografiando—. Jessie es muy abierta y curiosa. A veces demasiado. No se da cuenta de que algunas personas podrían aprovecharse de eso.

—Mensaje recibido —replicó Ana con la misma frialdad—. Aunque le aseguro que no suelo desayunar niñas pequeñas.

El hombre esbozó una débil sonrisa, que suavizó la expresión sombría de su cara.

—Es evidente que usted no es un ogro, señorita Donovan. Discúlpeme por haber sido tan rudo. Estaba asustado. Todavía no he deshecho las maletas y ya la había perdido.

—Extraviado —matizó Ana, esbozando una sonrisa prudente. Luego miró hacia el dúplex de su vecino. Aunque le gustaba vivir sola, se alegraba de que no hubiese permanecido vacío mucho tiempo—. Es agradable tener niños cerca; sobre todo, tratándose de una chica tan entretenida como Jessie. Espero que la deje volver.

—A menudo me pregunto si alguna vez la dejo hacer algo —dijo el señor Sawyer—. Como no ponga un muro de diez metros, seguro que volverá a verla. No dude en mandarla a casa si abusa de su hospitalidad... Y ahora será mejor que me marche, no vaya a darle a Daisy nuestra cena —añadió mientras se metía las manos en los bolsillos.

—Señor Sawyer —lo llamó Ana cuando él ya se había dado media vuelta—. Bienvenido a Monterrey.

—Gracias —repuso él. Y luego se alejó a grandes zancadas hasta entrar en su casa.

Ana se quedó quieta unos segundos. No recordaba la última vez que había notado el aire tan cargado de energía. Exhaló y se agachó a recoger las herramientas de jardinería, mientras Quigley se frotaba contra sus tobillos.

Y, desde luego, no recordaba la última vez que le habían sudado las palmas porque un hombre la hubiera mirado.

Claro que tampoco se acordaba de que la hubiesen mirado así jamás, de ese modo tan intenso y penetrante, se dijo mientras iba a su invernadero.

Una pareja intrigante, padre e hija. A través de los cristales del invernadero, miró hacia la casa de enfrente. Teniendo en cuenta que se trataba de sus vecinos más cercanos, era lógico que sintiera curiosidad. Aunque la experiencia la había enseñado a no involucrarse en ninguna relación, más allá de un trato correcto y amistoso.

Eran muy pocos los que aceptaban lo que se salía de la normalidad. El precio que tenía que pagar por su don era un corazón vulnerable, que ya había sufrido el aguijonazo de ser rechazado.

La cocina era luminosa y estaba aún patas arriba. Boone Sawyer buceó en el interior de una caja hasta encontrar una sartén. Sabía que había acertado trasladándose a California, pero no por ello dejaba de resultar pesado realizar una mudanza.

Decidir qué llevarse y qué dejar, alquilar un flete, trasladar el coche, llevarse a la perrilla de la que se había enamorado Jessie, justificar su decisión a los abuelos de esta, inscribirla en el colegio, comprar los libros del nuevo curso... ¡Dios!, ¿tendría que repetir esa pesadilla cada otoño durante los siguientes once años?

Al menos, lo peor ya había pasado. Esperaba. Ya solo tenía que deshacer las maletas y todas las cajas y paquetes, encontrar un sitio para cada cosa y convertir una casa extraña en un hogar acogedor.

Jessie estaba contenta. Eso era, siempre lo había sido, lo más importante. Por otra parte, Jessie estaba contenta en cualquier sitio. Su carácter alegre y su notable facilidad para hacer amigos eran una bendición y un tormento. Lo asombraba que una niña que había perdido a su madre a la tierna edad de dos años pudiera ser tan normal.

Y sabía que, de no ser por su hija, se habría vuelto loco después de la muerte de Alice.

Cada vez pensaba menos en ella, lo cual lo hacía sentirse culpable en las ocasiones en que sí la recordaba. La había amado, ¡Dios!, ¡cómo la había amado!, y Jessie era la prueba viviente de dicho amor. Pero ya llevaba más tiempo sin ella del que había pasado en su compañía. Aunque había intentado aferrarse a la tristeza, como vestigio de aquel amor, la presión del día a día la había ido disipando.

Alice se había marchado, Jessie no. Y por ellas había tomado la difícil decisión de mudarse a California. En Indiana, en la casa que había comprado con Alice, estando esta embarazada, lo ataban al pasado demasiados recuerdos. Tanto sus padres como los de Alice vivían a diez minutos y, dado que Jessie era la única nieta de ambas partes, la niña era objeto de rivalidad y competición.

Por otro lado, Boone no aguantaba las constantes intromisiones de unos y otros, que insistían en que se casara, alegando que él necesitaba una esposa y Jessie, una madre.

Cansado del celestinaje de sus padres y temeroso de hundirse en la añoranza si permanecía en aquella casa, había decidido mudarse.

Podía trabajar en cualquier sitio. Había escogido Monterrey debido al clima, el estilo de vida y los colegios. Y, de alguna manera, había tenido la corazonada de que aquel era el sitio correcto para los dos.

Le gustaba poder mirar por la ventana y ver el agua, o aquel maravilloso cipresal. Disfrutaba de no estar rodeado de una multitud de vecinos y valoraba la distancia que lo separaba del tráfico de la carretera.

Y Jessie ya estaba haciendo de las suyas. Era verdad que había pasado un miedo espantoso al no hallarla en el jardín, pero debía haber imaginado que encontraría a alguien con quien hablar.

Y esa mujer...

Había sido muy extraño, pensó Boone con el ceño fruncido mientras se servía una taza de café. Le había bastado una mirada para saber que Jessie no corría peligro. Aquellos ojos grises habían sido todo amabilidad. Si se había mostrado tenso, no había sido por desconfianza, sino por la reacción incontrolable de su propio cuerpo.

Deseo. Instantáneo, doloroso y completamente inapropiado. No había experimentado algo así hacia una mujer desde... Se sonrió. Desde nunca. Con Alice todo había sido armónico, un acercamiento dulce e inevitable, mientras que ahora se había sentido como si estuviera nadando hacia la orilla y lo hubiera arrastrado la marea, se dijo mientras veía una gaviota amerizando en el agua.

Era una reacción natural ante una mujer bella. Una mujer de una belleza serena, opuesta a la violenta respuesta que había provocado en él. Lo cual le disgustaba, pues no tenía tiempo ni ganas de sentir la menor atracción hacia ninguna mujer.

Tenía que pensar en Jessie.

Sacó un cigarrillo y lo encendió sin darse cuenta de que estaba mirando hacia los setos y rosales de su vecina.

Anastasia, recordó él. Desde luego, el nombre encajaba a la perfección: elegante, atípico, bonito...

—¡Papá!

Boone dio un respingo y se sintió como un adolescente al que sorprenden fumando en el cuarto de baño. Se aclaró la garganta y esbozó una sonrisa:

—Dame un respiro, Jess. Ya he bajado a medio paquete al día.

—Son malos para ti —repuso la niña con los brazos en jarra—. Ensucian tus pulmones.

—Lo sé —Boone apagó el cigarro, incapaz de dar una sola calada más delante de su hija—. Lo estoy dejando, de verdad.

—Seguro —se burló Jessie, con una ironía impropia de su corta edad.

—Dame un respiro —repitió él, imitando la voz de James Cagney—. No merezco ir a la cárcel por un par de pitillos.

Jessie rió y corrió á abrazar a su padre, al que ya había perdonado por incumplir su promesa:

—Eres tonto.

—Sí —Boone la agarró por las axilas y la elevó para darle un beso—. Y tú eres bajita.

—Un día seré tan grande como tú —contestó Jessie. Le rodeó la cintura con las piernas y se dejó caer hacia atrás hasta estar totalmente boca abajo. Era uno de sus pasatiempos favoritos.

—No te creas. Yo siempre seré más grande —la retó él. Luego la levantó por encima de los hombros y la movió como si fuera un avioncito—. Y más guapo que tú —añadió después de posarla en el suelo.

—¡Y más cosquilloso! —gritó Jessie triunfante mientras hundía los dedos en las costillas de él.

—Está bien, está bien —dijo Boone, cayendo sobre una silla—. Me rindo.

—Me gusta la casa —comentó la niña con las mejillas encendidas, sentada sobre el regazo de su padre.

—A mí también —contestó este mientras le acariciaba el pelo.

—¿Podemos ir a buscar focas a la playa después de cenar?

—Claro.

—¿Daisy también?

—Daisy también —Boone miró en derredor—. ¿Dónde está?

—Echándose una siesta —Jessie apoyó la cabeza sobre el pecho de su padre—. Estaba muy cansada —añadió bostezando.

—Ya supongo. Ha sido un día muy largo —comentó él mientras le daba un besito en la cabeza a Jessie.

—Mi día preferido. He conocido a Ana —dijo la pequeña con los ojos cerrados—. Es simpática. Me va a enseñar a plantar flores.

—Sí.

—Se sabe todos sus nombres —Jessie volvió a bostezar—. Daisy le lamió la cara y no se enfadó. Se echó a reír. Tiene una risa muy bonita. Como si fuera un hada —murmuró justo antes de quedarse dormida.

Ana paseaba intranquila por la rocosa playa. No era capaz de estar en su jardín, con sus flores y sus hierbas, con aquel extraño sentimiento de inquietud.

El soplo de la brisa se lo llevaría, decidió alzando la cara al viento. Un paseo largo y relajante y volvería a encontrar esa paz tan necesaria para ella.

En otras circunstancias, habría llamado a alguno de sus primos para dar una vuelta con ellos. Pero supuso que Morgana estaría a gusto junto a Nash y, a esas alturas del embarazo, necesitaba descansar. Sebastian no había regresado todavía de su luna de miel.

En cualquier caso, a ella nunca le había importado estar sola. Disfrutaba con la grandeza del mar, con el sonido del agua contra el espigón, con el vuelo de las gaviotas.

Así como había disfrutado con la risa de Jessie y con la sonrisa de su padre. Poco a poco, mientras el sol se fundía y el horizonte se cubría de colores, iba recuperando la calma. ¿Cómo no estar contenta allí, a solas, contemplando la magia de una puesta de sol?

Se encaramó a una roca y se sentó tan cerca del agua, que la camisa se le humedeció. Sacó una piedra del bolsillo y la frotó distraída mientras observaba cómo se ocultaba el sol bajo el mar resplandeciente.

Miró luego el destello de su piedra. Piedra de luna, pensó sonriente. Para proteger a los viajeros nocturnos y para ayudar a reflexionar. Y, por supuesto, un talismán para favorecer el amor.

¿Acaso era eso lo que buscaba ella?

Guardó la piedra en el bolsillo y, de pronto, oyó que la llamaban.

Se dio media vuelta y en seguida vio a Jessie, corriendo por la playa junto a su perrilla. Unos pasos por detrás, su padre caminaba con parsimonia. Ana se preguntó si la vitalidad de la niña hacía que el hombre pareciese más retraído de lo que en realidad era.

—Hola, cielo —saludó Ana a Jessie después de bajar de la roca en que estaba sentada. Luego la subió en brazos, como la cosa más natural del mundo—. ¿Has venido a buscar caracolas de hadas?

—¿Caracolas de hadas? —repitió Jessie, maravillada—. ¿Cómo son?

—Tal como tú te imagines. Solo se pueden encontrar cuando el sol sale o se pone.

—Mi papá dice que las hadas viven en el bosque y que se suelen esconder porque la gente no sabe siempre cómo tratarlas.

—Exacto —Ana rió y devolvió a la niña al suelo—. Pero también les gusta el agua, y las colinas.

—Me gustaría ver una, pero papá dice que no suelen hablar con la gente como antes, porque ya solo creen en ellas los niños.

—Eso es porque los niños están muy cerca de la magia —respondió Ana—. Hablábamos de hadas —añadió cuando Boone les hubo dado alcance.

—Ya os oía —replicó este, colocando una mano sobre Jessie posesivamente.

—Ana dice que hay caracolas de hadas en la playa y que solo se encuentran cuando el sol sale o se pone. ¿Puedes escribir un cuento sobre caracolas de hadas?

—¿Quién sabe? —dijo él con una sonrisa cariñosa—. Hemos interrumpido su paseo —agregó, dirigiendo la mirada a Ana.

—No —contestó esta, encogiéndose de hombros—. Solo había salido un momento a airearme. Pero ya vuelvo a casa. Está refrescando.

—¿Me ayudas a buscar caracolas de hadas? —preguntó Jessie.

—Quizá en otro momento —contestó Ana—. Ya se ha hecho de noche y tengo que marcharme. Adiós —se despidió.

Boone miró cómo se alejaba Ana. Puede que no hubiera tenido tanto frío si hubiese cubierto aquellas piernas firmes y torneadas, pensó.

—Vamos, Jess —dijo después de suspirar—. Te echo una carrera.

2

—Me gustaría conocerlo.

—¿A quién? —preguntó Ana, confundida.

—Al padre de esa niña con la que estás tan encantada —respondió Morgana mientras se acariciaba el vientre—. No paras de hablar de ella, pero no sueltas palabra del padre.

—Porque no me interesa —contestó Ana mientras mezclaba unos pétalos de rosa con hierbas aromáticas y limón—. Es muy reservado. Si no fuera tan evidente que adora a Jessie, creo que me caería mal, en vez de serme simplemente indiferente.

—¿Es atractivo?

—¿Comparado con?

—Con un sapo, no te digo —Morgana rió—. Vamos, Ana, no te hagas la tonta.

—Bueno, feo no es —contestó mientras buscaba un recipiente donde mezclar los pétalos y las hierbas—. Podría decirse que tiene facciones afiladas, mirada peligrosa, constitución atlética... No como un levantador de pesas, sino... como un corredor de fondo —añadió.

—Parece interesante —comentó Morgana sonriente.

—¿Lo dice una mujer casada, a punto de dar a luz a una pareja de gemelos? —repuso Ana, sonriente.

—Exacto.

—Bueno, si hay que decir algo agradable, tiene unos ojos increíbles, muy claros, azules. Cuando miran a Jessie son fabulosos. Cuando me miran a mí, desconfiados.

—¿Por qué diablos?

—No tengo ni idea.

—Anastasia, seguro que ya le has dado bastantes vueltas. ¿Por qué no miras y sales de dudas?

—Sabes que no me gusta fisgar en los sentimientos de los demás.

—Claro, claro.

—Además, aunque estuviera intrigada, no creo que me tomara la molestia de ver en el corazón del señor Sawyer. Tengo la sensación de que sería muy incómodo estar unido a él, siquiera unos segundos.

—Tú sabrás, tú eres la que tiene poder de empatía —Morgana se encogió de hombros—. Si Sebastian hubiera vuelto, ya se encargaría de averiguar lo que piensa ese hombre. Si quieres, puedo echar yo un vistazo. Hace semanas que no tengo ninguna excusa para mirar mi bola mágica.

—No hace falta, gracias —Ana le dio un beso a su prima en la mejilla y luego le ofreció las bolsas en las que había mezclado aquellas hierbas—. Pon el contenido en distintos cuencos por toda tu casa y la tienda. Te ayudarán a estar relajada. Ya solo atiendes dos días, ¿verdad?

—Dos o tres —contestó Morgana—. Pero te prometo que no me excedo. Nash no me deja hacer ningún esfuerzo.

—¿Estás tomándote el té que te preparé? —preguntó Ana.

—Todos los días. De verdad, estoy siguiendo todas tus instrucciones: llevo las hierbas para combatir el estrés emocional, topacio contra el estrés exterior y ámbar para estar contenta —Morgana le dio un pellizco cariñoso a su prima—. Estoy siendo muy obediente.

—Tengo derecho a incordiar —reivindicó Ana—. Es nuestro primer bebé.

—Bebés —corrigió Morgana.

—Razón de más. Los gemelos suelen adelantarse.

—Espero que así sea —Morgana suspiró—. Como siga engordando, voy a necesitar una grúa para poder moverme.

—Lo que tienes que hacer es descansar —recomendó Ana—. Y hacer ejercicio, pero con cuidado. Lo cual no incluye manejar pedidos pesados ni estar de pie todo el día atendiendo en la tienda.

—Sí, señora.

—Y ahora, echemos un vistazo —Ana colocó las manos sobre la tripa de su prima, abriéndose al milagro que estaba desarrollándose en su interior.

De repente, Morgana dejó de sentirse fatigada. Miró a Ana, cuyos ojos se habían oscurecido y estaban fijos en una imagen que solo ella podía ver.

A medida que movía las manos por el vientre de su prima, Ana iba sintiendo el peso del embarazo y, por un momento increíble, las vidas que latían dentro del útero. Sintió el cansancio y las molestias de Morgana, pero también la satisfacción, la emoción y la maravilla de llevar esos bebés. Sonrió.

Y luego fue cada uno de los bebés. Estaban nadando en el útero, cálido y oscuro, alimentados por su madre, a salvo hasta el momento en que tuvieran que salir al mundo. Dos corazones sanos que latían con fuerza bajo el corazón de su madre. Dedos pequeñitos moviéndose y una patadita perezosa.

—Estás bien —dijo Ana por fin—. Los tres lo estáis.

—Lo sé —Morgana enlazó los dedos con los de su prima—. Pero me siento mejor cuando tú me lo dices. Como me siento más segura cuando sé que estarás a mi lado cuando llegue la hora.

—No me lo perdería por nada del mundo —aseguró Ana—. ¿Pero qué le parece a Nash la idea?

—Confía en ti... tanto como yo.

—Tienes suerte de haber encontrado a un hombre que acepta, entiende y hasta aprecia lo que eres —repuso Ana.

—Lo sé —Morgana sonrió—. Encontrar el amor ya es una maravilla. Pero encontrar el amor con él... Ana, cariño, lo de Robert fue hace mucho tiempo.

—No pienso en él —contestó esta.

—Era un idiota, no se merecía a alguien como tú.

Más que tristeza, a Ana le entraron ganas de reír:

—Nunca te gustó.

—No —Morgana frunció el ceño—. Y tampoco le gustaba a Sebastian, por si no te acuerdas.

—Me acuerdo. Y también me acuerdo de que Sebastian no las tenía todas consigo con Nash.

—Es totalmente diferente —protestó Morgana—. Con Nash, solo intentaba protegerme, mientras que con Robert se limitaba a comportarse con una cortesía y frialdad insultantes.

—Cierto —Ana se encogió de hombros—. Lo cual, cómo no, consiguió que me encaprichara de Robert más todavía. En fin, era joven. Era tan ingenua que pensaba que si yo lo quería, él tenía que corresponderme. Y fui tan tonta como para ser sincera y arriesgarme a que él recompensara esa sinceridad rechazándome.

—Sé que sufriste, pero hiciste lo mejor que podías hacer.

—Ya... Algunas no estamos hechas para mezclarnos con extraños.

—Ha habido muchos hombres, con sangre de elfo y sin ella, que han estado interesados en ti —replicó Morgana.

—Lástima que yo no haya estado interesada en ellos —Ana sonrió—. Me he vuelto muy solitaria, Morgana. Y me gusta mi vida tal como es.

—Si no supiera que es verdad, me sentiría tentada de prepararte un filtro de amor —dijo Morgana—. Nada definitivo, solo un truco para que te entretengas.

—Creo que sé entretenerme por mi cuenta, gracias.

—También lo sé. Como sé que te enfadarías si osara entrometerme —Morgana se levantó—. ¿Damos una vuelta antes de volver a casa?

—Si me prometes que luego te tumbarás una hora.

—Hecho.

El sol era cálido y la brisa, suave. Las dos cosas le irían bien a Morgana, así como la siesta que Nash la obligaría a echarse al llegar a casa.

—¿Tienes algún plan para la noche de Halloween? —le preguntó Morgana.

—Nada en concreto.

—Podías pasarte por nuestra casa. Nash está emocionado.

—Natural, teniendo en cuenta que escribe guiones de películas de terror —Ana rió—. No me lo perderé.

—Genial. Quizá podamos reunirnos también con Sebastian —comentó Morgana, la cual vio a la perri-lla de Jessie atravesar el seto de rosas de Ana—. Parece que tenemos compañía.

—Jessie —saludó Ana—. ¿Sabe tu padre que estás aquí?

—Me dijo que podía venir si te veía en el jardín y no estabas ocupada. No estás ocupada, ¿verdad?

—No —Ana se agachó para darle un beso a la niña—. Esta es mi prima, Morgana. Ya le he contado que eres mi nueva vecina.

—Tienes un perro y una gata. Me lo ha dicho Ana —dijo Jessie—. ¿Tienes un bebé dentro? —preguntó fascinada al ver el vientre de Morgana.

—Sí. De hecho, tengo dos bebés.

—¿Dos? —los ojos de Jessie se agrandaron—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque me lo ha dicho Ana —Morgana rió y se colocó la mano sobre el estómago—. Y porque dan demasiadas pataditas para ser solo un bebé.

—La mamá de mi amiga Missy tenía un bebé en la tripita y se puso tan gorda que casi no podía andar —Jessie miró a Morgana con un destello esperanzado en los ojos—. Me dejó que tocara.

Encantada, Morgana tomó la mano de la niña mientras Ana entretenía a Daisy.

—¿Has notado eso?

—¡Sí! —exclamó Jessie, maravillada—. ¿Duele?

—No.

—¿Crees que van a salir pronto? —Eso espero.

—Papá dice que los bebés saben cuándo salir porque un ángel se lo susurra al oído.

Puede que Sawyer fuera muy retraído, pero también era muy dulce, pensó Morgana.

—Y ese es su ángel especial para toda la vida —prosiguió Jessie mientras apoyaba el oído sobre el vientre de Morgana, con la esperanza de oír algo—. Si te das la vuelta por sorpresa, puedes llegar a ver a tu ángel. Yo lo intento a veces, pero no soy lo suficientemente rápida... Los ángeles son tímidos, ¿sabías?

—Eso he oído.

—Yo no —Jessie le dio un beso en el vientre y empezó a dar saltitos—. Yo no soy nada tímida.

—Ya se nota —comentó Ana, sonriente, mientras subía en brazos a Daisy para que no despertase a Quigley de su siesta.

Las dos mujeres disfrutaron de la compañía de Jessie mientras paseaban.

—Yo no tengo primos —le dijo esta a Ana más tarde, cuando ya regresaban al coche de Morgana—. ¿Es chuli?

—Mucho. Morgana, Sebastian y yo crecimos juntos, como si fuéramos hermanos.

—Sé cómo se hacen los hermanos, porque mi papá me lo ha contado. ¿Cómo se hacen los primos?

—Pues... si tu madre o tu padre tienen hermanos o hermanas y estos tienen hijos, esos hijos son tus primos.

—¡Qué bien! —dijo Jessie después de asimilar la información—. Bueno, si no tengo primos, quizá pueda tener un hermanito o una hermanita. Aunque mi papá dice que ya tiene bastante conmigo sola.

—Seguro que tiene razón —convino Morgana, que se había recostado sobre el coche un segundo, antes de meterse. Entonces miró hacia arriba y, en la segunda planta del piso de enfrente, vio a un hombre que debía de ser el padre de Jessie.

Ana lo había descrito bien, pensó Morgana. Aunque era más atractivo de lo que su prima le había dicho... lo cual la hizo sonreír. Morgana alzó una mano, saludando amistosamente, y, después de un segundo de vacilación, Boone le devolvió el saludo.

—Es mi papá —dijo Jessie—. Trabaja ahí arriba, pero todavía no ha terminado de sacar todas las cosas de las cajas.

—¿Y en qué trabaja? —preguntó Morgana, dado que era evidente que su prima no iba a hacerlo.

—Cuenta cuentos, sobre brujas y hadas y dragones y fuentes mágicas. Yo lo ayudo a veces. Tengo que irme porque mañana es mi primer día de colegio y me ha dicho que no os dé mucho la lata. ¿Os la he dado?

—No —Ana se agachó y le dio un beso en la mejilla—. Vuelve cuando quieras.

—¡Adiós! —y se marchó corriendo y saltando, seguida de su perrilla.

—Nunca me he sentido tan maravillada ni agotada —dijo Morgana mientras entraba en el coche para sentarse—. Esa niña es un torbellino delicioso. Desde luego, el padre tiene que acabar exhausto.

—Supongo que tiene que ser difícil educar solo a una niña.

—Por lo poco que he visto, me da la impresión de que lo está haciendo muy bien —Morgana puso en marcha el coche—. Es curioso que escriba cuentos sobre brujas y dragones... Sawyer, ¿no?

—Sí, supongo que su nombre completo es Boone Sawyer.

—Quizá le gustara saber que eres sobrina de Bryna Donovan. Como se dedican a lo mismo —Morgana metió la marcha atrás—. En fin, ya nos veremos —se despidió.

Y Ana se quedó quieta, con el ceño fruncido, mientras Morgana se alejaba en el coche.

Después de acercarse a casa de Sebastian para dar el desayuno a sus caballos, Ana pasó la mayoría de la mañana enviando los encargos de hierbas medicinales que le habían hecho. Aunque tenía muchos clientes en Monterrey, entre los que se incluía la tienda de Morgana, Hechicera, gran parte de su clientela vivía fuera.

Anastasia estaba contenta con la marcha de su negocio, que además de satisfacer sus necesidades y ambiciones, le permitía darse el lujo de trabajar en casa. No lo hacía por el dinero. A los Donovan nunca les había faltado eso. Pero, al igual que Morgana con su tienda y Sebastian con sus diversos negocios, Ana sentía la necesidad de hacer algo productivo.

Ella aliviaba el dolor. Pero no podía ayudar a todos. Hacía tiempo que había aprendido lo destructivo que era cargar con los dolores de todo el mundo. Parte de su trabajo consistía en discernir qué dolores calmar. No rechazaba su don. Lo usaba como pensaba que era más conveniente.

Siempre la había fascinado el poder curativo de las plantas y lo cierto era que conocía todos sus secretos. Siglos atrás, habría sido la mujer sabia de un poblado. Ahora era una empresaria que preparaba aceites balsámicos y elixires.

Y era feliz con el destino que le había sido asignado y con la vida que llevaba.

Pero, aunque se hubiera sentido desdichada, era imposible no elevar el ánimo con el sol apacible, la suave brisa, el olor de una fina lluvia que caería al cabo de unas horas.

Decidida a aprovechar el día, salió al jardín a recolectar hierbas.

Ya estaba mirándola otra vez. Mal asunto, pensó Boone con un cigarrillo entre los dedos. No parecía que fuese a dejar de fumar. Y tampoco había trabajado apenas desde que la había visto al mirar por la ventana.

Siempre estaba tan... elegante. Una elegancia interior, realzada por los pantalones cortos, manchados de césped, y la camiseta de manga corta que llevaba.

Se movía con gracia, como si el aire fuese un vino que ella paladeaba al desplazarse.

Se estaba poniendo lírico, advirtió Boone. Más le valía ahorrarse las metáforas para sus libros.

Quizá fuera porque aquella mujer respondía al arquetipo de hada de la que tanto escribía. Tenía un aire etéreo, fortaleza y serenidad en los ojos. Boone nunca había creído que las hadas fueran frágiles.

Pero había cierta delicadeza en su cuerpo, un cuerpo en el que le gustaría no pensar tan a menudo. Rebosaba feminidad y estaba seguro de que podría seducir a cualquier hombre que aún respirara.

Y no cabía duda de que Boone Sawyer seguía respirando.

¿Qué estaría haciendo?, se preguntó mientras apagaba el cigarrillo. Había entrado en el invernadero y había salido cargada de cacerolas.

¿No era típico de mujeres tratar de llevar más peso del debido?

Mientras se permitía esa vena machista de superioridad, vio a Daisy entrar en el jardín, persiguiendo al gato gris de Anastasia.

Justo cuando iba a llamar a la cachorra, comprendió que ya era demasiado tarde.

A cámara lenta habría resultado una coreografía interesante. El gato se había enredado en las piernas de Ana y esta había perdido el equilibrio... casi. Solo faltaba el empujón de Daisy para derribarla del todo y tirarla al suelo, con todas las cacerolas cayendo estrepitosamente en derredor.

Boone bajó las escaleras a todo correr. Al salir al jardín, oyó que Ana estaba soltando no se sabe qué exóticas maldiciones. No podía culparla. Su gato se había subido a un árbol y Daisy lo esperaba debajo.

—¿Está bien? —le preguntó Boone tras aclararse la voz.

—Genial —contestó Ana a cuatro patas, con el pelo tapándole los ojos.

—Estaba en la ventana... pasaba por la ventana —se corrigió. Desde luego, no era el momento oportuno para confesar que la había estado mirando—. Lo siento. Llevamos muy poco tiempo con Daisy y todavía no hemos conseguido amaestrarla —añadió mientras se agachaba para recoger las cacerolas.

—Es muy pequeña. No tiene sentido echarle la culpa a una cachorra por comportarse como es natural.

—Le compraré otras cacerolas —dijo él, al ver que estaban rotas.

—Tengo más —contestó Ana. Luego, cansada de los ladridos, se dirigió a la perra con firmeza y serenidad—. ¡Daisy!, ¡siéntate! —ordenó. Y, obedientemente, la perrilla se sentó y dejó de ladrar.

—¿Cómo ha hecho eso? —preguntó Boone, asombrado.

—Magia —contestó Ana, con una débil sonrisa—. Digamos que se me dan bien los animales. Daisy es muy juguetona, pero tiene que entender que no puede hacer todo lo que se le antoja —añadió mientras acariciaba la cabeza de la cachorra.

—Yo he intentado sobornarla.

—Funciona a veces —dijo Ana mientras se giraba a mirar el caos de cacerolas desparramadas por el suelo. Fue entonces, al moverse, cuando Boone vio el rasguño de su brazo.

—Está sangrando.

—Normal, me he caído —Ana se examinó el cuerpo y vio que también tenía algún arañazo en los muslos.

—Tenemos que limpiarlo para que no se infecte —dijo Boone. La ayudó a ponerse de pie y, al ver que tenía sangre en las piernas, la subió en brazos, alarmado, y echó a correr a casa de Ana.

—De verdad, no hace falta que...

—Tranquila, no pasa nada. Nos encargaremos de todo.

—Está bien —dijo Ana, asombrada, mientras él la llevaba a la cocina—. Pero no llame a la ambulancia. ¿Le importa bajarme?

Boone la colocó sobre una silla y, hecho un manojo de nervios, corrió al fregadero por un trapo. Debía ser eficiente, rápido y animoso, se recordó mientras humedecía el paño con agua y jabón.

—No tendrá tan mal aspecto en cuanto limpiemos la herida, ya lo verá —le dijo al tiempo que se arrodillaba frente a las rodillas de Ana—. No le voy a hacer daño. ¿Sabe? Una vez conocí a un hombre que vivía en un lugar llamado Briarwood, donde había un castillo encantado detrás de un muro de piedra —añadió, iniciando un cuento, como solía hacer con Jessie.

Ana, que había estado a punto de pedirle que la dejara curarse ella sola, decidió relajarse y pararse a escuchar el cuento.

—El muro estaba cubierto por una parra de espinas afiladas. Nadie había entrado en el castillo desde hacía más de cien años, porque nadie se había arriesgado a pincharse. Pero el hombre, que era muy pobre y vivía solo, tenía curiosidad. Día tras día se acercaba al muro, se ponía de puntillas y veía relucir las torres del castillo —prosiguió Boone mientras limpiaba las heridas—. No podía explicarle a nadie lo que sentía cuando estaba allí. Deseaba trepar el muro desesperadamente, pero le daban miedo las espinas. Un día de verano, cuando el aroma de las flores era tan intenso que no se podía respirar sin aspirar su fragancia, tuvo la corazonada de que nunca sería feliz si no pasaba al otro lado del muro. De modo que empezó a trepar. Una y otra vez se cayó al suelo, con las manos y los brazos llenos de arañazos y sangrando. Pero el hombre no cejó en su empeño.

La voz de Boone era suave y la presión que ejercía sobre su piel, delicada. Cuando le acarició los muslos, Ana sintió una llama en el pecho.

Tenía que decirle que parara... pero deseaba que siguiese más y más.

—Siguió todo el día intentándolo, convencido de que su futuro y su destino se hallaban en el castillo. Así, con las manos heridas y sangrientas, acabó encaramándose al muro, para caer luego sobre el suave césped que rodeaba el castillo —continuó Boone con voz hipnótica—. La luna estaba en el cielo cuando despertó, asombrado y desorientado. Sacando fuerzas de flaqueza, caminó hasta cruzar el puente levadizo del castillo que había cautivado sus sueños desde pequeño. Entonces, nada más entrar en el recibidor, se encendieron un millar de antorchas y desaparecieron todos sus rasguños y heridas. En medio de aquel círculo de fuego que proyectaba sombras y luces sobre las blancas paredes de mármol, apareció la mujer más bella que jamás había visto. Sus cabellos parecían hilos de oro. Antes de que ella hablara, antes incluso de que sonriera, el hombre supo que había arriesgado su vida por esa mujer, la cual dio un paso al frente y le dijo que llevaba muchos años esperándolo.

Al decir las últimas palabras, Boone miró a Ana. Estaba tan asombrado y desconcertado como el hombre de su cuento. ¿Cuándo había empezado a latirle el corazón así?, ¿cómo podía pensar cuando la sangre se le estaba agolpando en las ingles?

Cabellos como hilos de oro...

Entonces se dio cuenta de que estaba arrodillado entre las piernas de Ana, apoyando una mano en la parte alta del muslo.

—Perdón —se disculpó Boone, poniéndose en pie bruscamente—. Perdí los nervios al ver que estaba sangrando. Estoy acostumbrado a cuidar de Jessie, pero supongo que podía haberse curado usted sola —añadió con voz temblorosa.

Ana tomó el paño que Boone le estaba ofreciendo. Necesitaba un momento antes de hablar. ¿Cómo era posible que un hombre la hubiese excitado tanto con un cuento y un par de roces inocentes?

—Me parece que es usted el que necesita sentarse —dijo Ana mientras se ponía de pie y abría un armario para elegir sus propios medicamentos—. ¿Quiere beber algo?

—No... sí —balbuceó Boone—. La sangre me pone histérico.

—Histérico o no, ha sido muy eficiente —comentó ella, al tiempo que le servía un vaso de limonada—. Y era un cuento muy bonito —añadió sonriente, ya más calmada.

—Los cuentos suelen servirnos para que Jessie y yo nos calmemos durante una sesión de alcohol y tiritas.

—El alcohol escuece —dijo Ana mientras se echaba un líquido marrón en los cortes desinfectados—. Puedo darle algo que no pique, si quiere. Para la próxima vez.

—¿Qué es eso? —preguntó Boone, receloso—. Huele a flores.

—Y lo son. Flores, hierbas, un poquito de esto y de aquello —Ana dejó la botella del líquido marrón—. Digamos que es un antiséptico natural. Soy herbolaria.

—Ah —dijo él con una expresión de escepticismo que la hizo reír.

—La mayoría de la gente sólo confía en los medicamentos de las farmacias. Se olvidan de que la gente ha usado medios naturales para curarse durante cientos de años.

—También se han muerto durante cientos de años por tratar de curarse una uña infectada con cualquier cosa —replicó Boone.

—Sí, si no tenían acceso a un curandero de prestigio —accedió ella. Luego, como no tenía intención de convencerlo, cambió de tema—. ¿Jessie está en el colegio?

—Sí, es su primer día. Estaba encantada. Era yo quien tenía miedo —comentó él, sonriente—. Quiero darle las gracias por tener tanta paciencia con ella. Sé que tiende a pegarse a la gente. No se le ocurre que a los demás quizá no les apetezca entretenerla.

—¡Si es ella la que me entretiene a mí! —exclamó Ana. Luego le acercó un plato con pastas—. Es muy dulce e inteligente, y no olvida guardar los modales. La está educando de maravilla.

—El mérito es de Jessie —dijo Boone mientras tomaba una pasta.

—Por encantadora que sea, no debe de ser fácil educarla usted solo. Y más, con la vitalidad que tiene —Ana tomó una pasta y le dio un mordisco—. Para ella debe de ser estupendo tener un padre que escribe unos cuentos tan bonitos.

—¿Cómo sabe a qué me dedico? —preguntó él con desconfianza.

—Bueno... siempre me han gustado los cuentos de Boone Sawyer.

—Pero no recuerdo haber dicho mi nombre de pila.

—No, creo que no lo ha hecho —convino Ana—. ¿Tanto le disgusta que lo halaguen, señor Sawyer?

—Tuve mis razones para instalarme en un sitio tranquilo como este —repuso Boone—. Y no me gusta que mi vecina interrogue a mi hija y..

—¿Interrogarla? —repitió Ana, atónita—. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Para saber un poco más del viudo rico que vive enfrente.

—¡Será arrogante! Créame, disfruto de la compañía de Jessie, y no me hace falta mencionarlo durante nuestras conversaciones.

A pesar del visible estupor de Ana, Boone soltó una risilla desdeñosa. Conocía a las mujeres de su calaña, aunque lo lamentaba por Jessie, que parecía haberse encariñado de ella de verdad.

—Entonces, ¿cómo es que sabe mi nombre de pila, que no tengo pareja y que escribo cuentos?

No se enfadaba a menudo, pero en esta ocasión tuvo que hacer un gran esfuerzo por controlar su genio:

—No creo que se merezca ninguna explicación, pero le voy a dar una, para que vea que ha metido la pata hasta el fondo —contestó Ana—. Venga conmigo.

—No quiero...

—Le digo que venga —repitió Ana.

Echó a andar hacia una sala espaciosa, amueblada con mucho estilo. Había bolas de cristal, estatuas de elfos, hadas y sacerdotisas. Luego entraron en una librería con una chimenea pequeña, un sofá muy mullido, unas cortinas femeninas decorando las ventanas y el olor de los libros mezclado con la fragancia de las flores.

Ana se detuvo frente a una estantería y sacó tres volúmenes: *El deseo de la lechera*, *El tercer deseo de Miranda* y *La rana, el búho y el zorro*.

—Lamento tener que decirle cuánto me gusta su obra —espetó Ana.

—No es normal que las mujeres adultas lean cuentos de hadas —dijo Boone a la defensiva.

—Una lástima. Aunque no se merezca el elogio, le diré que su obra es muy lírica y valiosa, tanto para los niños como para los adultos —gruñó ella—. Aunque quizá solo me gusten porque de pequeña me dormía al arrullo de los cuentos de mi tía. Bryna Donovan, supongo que habrá oído hablar de ella.

—Su tía —repitió Boone, mortificado—. De hecho, nos hemos carteadado un par de veces. Admiro su obra desde hace años.

—Yo también. Y cuando Jessie mencionó que su padre escribía cuentos de hadas y dragones, deduje que mi vecino Sawyer era Boone Sawyer. No tengo por costumbre sonsacar información a una niña de seis años.

—Lo siento... Tuve una experiencia desagradable poco antes de que nos mudáramos aquí —se disculpó Boone—. La profesora de la guardería de Jessie... le sacó todo tipo de información... Manipuló sus sentimientos, le prestó atención especial, no paró de alabarla hasta concertar una entrevista conmigo, en la que... Baste decir que estaba más interesado en un hombre sin compromisos y con dinero, que en el bienestar de Jessie. La niña sufrió mucho.

—Supongo que fue una experiencia dura para los dos. Pero le aseguro que no estoy buscando marido. Y, en tal caso, no me rebajaría a ese tipo de maniobras.

—Lo siento —volvió a disculparse—. No sé qué decir.

—De momento basta con que tengamos las cosas claras. Y ahora estoy segura de que querrá volver a su trabajo —dijo Ana, camino de la puerta—. Dígale a Jessie que se pase cuando quiera y me cuente cómo le ha ido en el colegio.

—Lo haré —contestó Boone—. Cuídese esos arañazos —añadió. Pero ya le estaba cerrando la puerta en las narices.

3

Estupendo, Sawyer, se dijo Boone sentado frente al ordenador. Primero, su perra la tira al suelo, luego entra el héroe a tocarle los muslos con descaro y, para rematarlo, cuestiona su integridad e insinúa que está usando a Jessie para atraparlo.

¿Por qué se había comportado de un modo tan estúpido? Pudiera ser que la experiencia lo hubiera enseñado a recelar, pero eso no era todo, y él lo sabía.

Las hormonas, decidió con una sonrisa resignada. Unas hormonas más propias de un adolescente que de un hombre adulto.

La había mirado a la cara, había sentido su piel bajo la mano, había olido el aroma que Ana emanaba... y la había deseado. Por un segundo, había estado en un tris de levantarla de aquella silla y apoderarse de su boca.

El deseo había sido tan intenso, que no comprendía cómo había sido capaz de mantener el control.

Quizá porque era lo más seguro, razonó Boone. Lo malo era que había advertido en los ojos de Ana la misma hambre que lo había acuciado a él. Y había notado el poder, el misterio y la sexualidad de una mujer a punto de entregarse.

Sabía que era un hombre de gran imaginación, pero estaba seguro de que lo que había visto y sentido había sido real.

Y ahora, cuando más ganas tenía, había arruinado cualquier posibilidad de conocer a la señorita Anastasia Donovan.

Sacó un cigarro y pensó en cómo podría conseguir que lo perdonara. Cuando se le ocurrió la solución, se echó a reír de lo simple que le pareció.

Luego, satisfecho consigo mismo, se puso a trabajar hasta que llegara la hora de ir a recoger a Jessie al colegio.

Idiota engreído. Ana canalizó su furia machacando unas hierbas en el mortero. ¿Cómo había podido tomarla por una mujer tan deplorable? ¡Ni que hubiera estado persiguiéndolo y deseando que apareciese la llegada de su príncipe!

Al menos se había dado el gustazo de darle con la puerta en las narices. Y aunque no solía perder los modales, en esa ocasión había sido una gozada hacerlo.

Una lástima que tuviese tanto talento. Y no podía negar que era un padre maravilloso. Tenía ciertas virtudes que no podía dejar de admirar. Como era innegable que era un hombre atractivo, sexy, con una mezcla de dulce timidez y salvaje masculinidad.

Y tenía unos ojos increíbles, capaces de detener el corazón de la persona sobre la que se clavaban.

Ana frunció el ceño y se aplicó con el mortero. Ella no estaba interesada en nada de eso.

Quizá hubiera habido un momento en la cocina, mientras Boone la acariciaba y su voz la hipnotizaba, en que se había sentido atraída hacia él, excitada incluso. No era ningún crimen.

Pero Boone había dado marcha atrás de inmediato, lo cual le parecía perfecto.

A partir de ese mismo instante, solo pensaría en él como padre de Jessie. Mantendría las distancias y accedería tan solo a un grado de cordialidad que facilitara su relación con la niña.

Porque disfrutaba de la compañía de Jessie y no estaba dispuesta a sacrificar ese placer porque no le cayera bien su padre.

—¡Hola! —saludó la pequeña, de pronto, mirándola a través del cristal de la puerta de la cocina, con los ojos luminosos y sonrientes.

Ana dejó el mortero y le devolvió la sonrisa. Supuso que debía agradecerle a Boone que no retuviera a Jessie después del altercado que habían tenido.

—Parece que has sobrevivido a tu primer día de colegio. ¿Ha sobrevivido el colegio a ti?

—Mi profesora es la señorita Farrell. Tiene pelo gris y pies grandes, pero es simpática. Y he conocido a Marcie y a Tod y a Lydia y Frankie y a muchos otros. Por la mañana...

—¡Guau! —Ana levantó las manos—. Quizá deberías entrar y sentarte antes de informarme de todo.

—No puedo abrir la puerta, porque tengo las manos ocupadas.

—Ah —Ana tiró del pomo—. ¿Qué tienes ahí?

—Regalos —Jessie dejó un paquete sobre la mesa, del cual sacó un dibujo pintado con ceras—. Teníamos que hacer dibujos y yo he hecho dos. Una para papá y otro para ti.

—¿Para mí? —preguntó Ana, conmovida—. Es precioso, cariño.

—Mira, esta eres tú —Jessie señaló una figura con pelo amarillo—. Y Quigley, y todas las flores. Las rosas, las margaritas...

—Margaritas —corrigió Ana con los ojos nublados de lágrimas.

—Eso. No me acuerdo de todos los nombres. Pero dijiste que me los enseñarías.

—Sí. Es un dibujo precioso, Jessie.

—A papá le he dibujado uno de nuestra nueva casa y lo ha puesto en la nevera.

—Una idea excelente —Ana agarró unos imanes y pegó el dibujo a la suya.

—Me gusta pintar. Mi papá pinta muy bien y dice que mi mamá pintaba mejor todavía —Jessie le dio la mano a Ana—. ¿Estás enfadada conmigo?

—No, cariño. ¿Por qué iba a estarlo?

—Papá dice que Daisy te tiró al suelo y ha roto tus cacerolas. Y que te has hecho daño —Jessie vio el rasguño del brazo de Ana y le dio un beso—. Lo siento.

—No pasa nada. Daisy lo ha hecho sin querer.

—También ha mordido los zapatos de papá sin querer, pero papá ha dicho palabrotas y Daisy se ha puesto tan nerviosa que ha hecho pipí encima de la alfombra, y papá la ha perseguido por toda la casa y ha sido tan divertido que no podía parar de reírme. Y papá también se ha reído. Ha dicho que va a construir una caseta fuera y que nos va a meter a Daisy y a mí dentro.

Ana se echó también a reír y subió a Jessie en brazos.

—Creo que Daisy y tú os lo pasaríais bomba en la caseta. Pero si quieres que no le muerda los zapatos a tu papá, ¿por qué no me dejas que amaestre a Daisy?

—¿Sabes hacerlo?, ¿sabes enseñarle piruetas y todo?

—Creo que sí. Mira —Ana llamó a Quigley y el gato salió de la mesa, levantó las patas delanteras en señal de saludo—. Muy bien. Siéntate... Y ahora, si das uno de tus saltos, quizá te dé una lata de atún para cenar —añadió después de que el gato se hubiera sentado.

Luego, después de ponderar si debía obedecer, decidió que prefería el atún a una porción de comida seca y dio un salto, arqueó el lomo hacia atrás y cayó sobre las patas traseras. Mientras Jessie reía y aplaudía, Quigley se limpió las garras.

—No sabía que los gatos pudieran hacer piruetas.

—Quigley es un gato muy especial —Ana bajó a Jessie para poder acariciar a su mascota—. Su familia está en Irlanda, como la mayoría de la mía.

—¿Se siente solo?

—Nos tenemos el uno al otro —contestó Ana, sonriente—. ¿Te apetece merendar algo mientras me cuentas cómo te ha ido el resto del día?

—Creo que no puedo, porque ya casi es la hora de cenar y papá... Casi lo olvidaba —Jessie corrió hacia la mesa y sacó un paquete envuelto en papel de caramelos—. Es para ti, de mi papa.

—De tu... ¿qué es?

—Yo lo sé, pero no puedo decírtelo. Es una sorpresa y tienes que abrirlo —contestó Jessie, sonriente—. Las sorpresas me gustan mucho. Papá es muy bueno dando sorpresas.

—Estoy segura, pero...

—¿No te gusta mi papá? —preguntó Jessie, mordiéndose el labio inferior—. ¿Estás enfadado con él porque Daisy ha roto tus cacerolas?

—No, no estoy enfadada con él... Bueno, no ha sido culpa suya... Y me gusta... aunque no lo conozco casi y... —confundida, Ana se forzó a sonreír—. Es que me sorprende recibir un regalo no siendo mi cumpleaños —Ana agarró el regalo y lo agitó.

—¡Adivina qué es!

—¿Un trombón?

—No, los trombones son muy grandes —dijo Jessie, que estaba tan excitada que no podía dejar de saltar—. Ábrelo, ábrelo.

Era la reacción de la niña lo que estaba acelerando el corazón de Ana. Abrió el paquete para complacer a Jessie y vio un libro de cubierta blanca, en cuya portada aparecía una mujer de cabello rubio, con una corona reluciente y una bata azul.

—La Hada Reina —leyó Ana—. De Boone Sawyer.

—Es nuevo —dijo Jessie—. Todavía no está a la venta, pero papá recibe algunos ejemplares antes. La reina se parece a ti.

—Es un regalo precioso —Ana suspiró. ¿Cómo podía seguir enfadada con él ahora?

—Ha escrito algo dentro para ti —la informó la niña con impaciencia.

Para Anastasia. Espero que la magia de este cuento sirva también como bandera blanca. Boone.

Ana sonrió. No pudo evitarlo. ¿Cómo podía negarse a una tregua cuando se lo pedían de una forma tan encantadora?

Que era, por supuesto, lo que Boone había pretendido. Mientras apartaba una caja con el pie, miró por la ventana hacia la casa de enfrente.

Suponía que Ana necesitaría varios días para calmarse, pero estaba convencido de que había dado un paso de gigante para reconciliarse con ella. Después de todo, no quería llevarse mal con la nueva amiga de Jessie.

Se giró hacia la cocina, donde se estaban friendo dos pechugas de pollo, y luego empezó a machacar patatas.

Le encantaban las patatas. Podría cenarlas todos los días durante un año y Jessie no protestaría. Claro que él se ocupaba de variar el menú, para asegurarse de proporcionarle una dieta sana.

En cualquier caso, debía reconocer que si había una labor que delegaría encantado en caso de tener pareja, era la de decidir qué comer noche tras noche.

No le importaba cocinar, sino el hecho de tener que pensar en la cena todos los días.

En una ocasión, había llegado a considerar seriamente la posibilidad de contratar a una asistenta. Tanto su madre como su suegra se lo habían recomendado, y se habían puesto a pelear por cuál sería el perfil idóneo de dicha asistenta. Al final, la idea de introducir a una desconocida en casa había quedado en el olvido.

Jessie era de él. Cien por cien suya. A pesar de la responsabilidad que ello conllevaba, Boone lo prefería así.

—Llegas justo a tiempo, ranita mía. Estaba a punto de llamarte —dijo él al oír unas pisadas. Se giró y se encontró a Ana junto a Jessie—. Hola —saludó inquieto.

—No pretendía interrumpir —dijo Ana—. Sólo quería darle las gracias por el libro. Ha sido un detalle muy bonito.

—Me alegra que le haya gustado —repuso Boone—. No se me ocurría una forma mejor para hacer las paces.

—Ha funcionado —Ana sonrió—. Gracias por pensar en mí. Ahora, será mejor que me vaya, para que pueda terminar de preparar la cena.

—Puede quedarse, ¿verdad? —intervino Jessie—. ¿Verdad, papá?

—Claro. Por favor —Boone apartó una caja con el pie—. Todavía no hemos terminado con la mudanza. Está llevándome más tiempo de lo que había previsto.

Ana entró en la cocina. Todavía no había cortinas en la ventana y sí unas cuentas cajas por el suelo. Le llamó la atención una jarrita para pastas con la forma del conejo blanco de Alicia. La nevera era una exposición de los dibujos de Jessie. Y Daisy estaba dormida en una esquina.

Puede que no estuviera todo organizado aún, pero ya era un hogar.

—Es una casa estupenda —comentó Ana—. No me extrañó que se vendiera tan rápido.

—¿Quieres ver mi habitación? —preguntó Jessie, tirando de la mano de Ana—. Tengo una cama con un techo encima y muchos muñecos de peluche.

—Luego —dijo Boone—. Ahora tienes que lavarte las manos.

—Vale —Jessie miró a su amiga con expresión implorante—. No te vayas.

—¿Le apetece un poco de vino? —le ofreció Boone cuando se hubieron quedado a solas—. Es una buena manera de sellar una tregua.

—De acuerdo —aceptó ella—. Jessie es toda una artista. Me ha hecho mucha ilusión que me haya dado uno de sus dibujos.

—Cuidado, o tendrá que empapelar todas sus paredes con ellos —Boone trató de encontrar las copas de vino, pero recordó que aún no las había sacado de su caja—. ¿Te importa beber en un vaso de Bugs Bunny? —añadió, animándose a tutearla.

—En absoluto —Ana rió—. Bienvenido a Monterrey —añadió luego, alzando el vaso para brindar.

—Gracias —repuso Boone, que no dejó pasar inadvertida la bella sonrisa de Ana—. Llevas... ¿hace mucho que vives aquí?

—Toda mi vida, por temporadas —el olor del pollo y el alegre caos de la cocina le daban a la casa un ambiente muy acogedor—. Mis padres tenían una casa aquí y otra en Irlanda. Ahora viven allí casi todo el tiempo, pero mis primos y yo nos hemos establecido en Monterrey. Morgana nació en la casa en la que vive. Sebastian y yo nacimos en Irlanda, en el Castillo de los Donovan.

—¿El Castillo de los Donovan?

—Suenas pretencioso —Ana rió—. Pero es verdad que es un castillo, bastante antiguo, con mucho encanto, y muy apartado. Pertenece a la familia desde hace siglos.

—Así que nacida en un castillo —musitó Boone—. Quizá eso explique por qué, al verte la primera vez, pensé que estaba frente al hada reina de mi cuento —añadió sin pensar lo que decía.

—Yo... —Ana dio un sorbo de vino para ganar unos segundos—. Supongo que parte de tu talento consiste en imaginar que ves hadas y elfos en jardines.

—Supongo —convino Boone, el cual se acercó a ella para poder olerla mejor—. ¿Qué tal el rasguño, vecina? —añadió mientras le agarraba la mano. Notó el pulso frenético de Ana y comprendió que, fuera lo que fuera lo que estaba perturbándolo a él, también la afectaba a ella.

—Bien... en realidad no era nada —contestó Ana con voz trémula.

—Siempre hueles a flores —dijo Boone entonces, acariciándole la barbilla con la mano libre—. A flores salvajes y a espuma de mar.

¿Cómo había acabado contra la encimera, con el cuerpo de Boone tan pegado al suyo, con su boca tan cerca que casi podía saborearla?

Y quería saborearla. Lo deseaba con tal intensidad que no podía pensar en otra cosa. Colocó entonces la mano sobre el pecho de él, sin dejar de mirarlo a los ojos, y notó la fuerza con que le latía el corazón.

El beso también sería potente, desde el primer momento.

Boone le agarró un mechón de pelo, deslizándolo entre sus dedos. Le gustó el tacto, cálido como el del sol. Por un segundo, concentró sus cinco sentidos en el beso inminente, abandonándose al placer de aquellos labios. Su boca estaba a un susurro de la de ella, ya estaba a punto de besarla, cuando oyó que Jessie se acercaba.

Boone se retiró como si Ana lo hubiese quemado y ambos se quedaron mirándose en silencio, aturridos por lo que había estado a punto de suceder.

¿Qué estaba haciendo?, se preguntó Boone. ¿Cómo se le ocurría acosar a una mujer en la cocina, estando Jessie alrededor?

—Creo que es mejor que me vaya —dijo ella.

—Ana —la llamó él por su nombre de pila por primera vez, bloqueándole el camino por si intentaba huir—. Creo que lo que acaba de pasar nos ha sorprendido a los dos. Nosotros no somos así, ¿no te parece?

—Yo no sé cómo eres —repuso ella con solemnidad.

—Digamos que no tengo por costumbre ir seduciendo a mujeres en la cocina mientras mi hija se lava las manos. Y te aseguro que no es normal que desee a una mujer nada más verla.

La tensión se palpaba en el aire. Ana tenía la garganta completamente seca.

—Tengo las manos limpias, limpias, limpias —terció Jessie, ajena al silencioso diálogo de miradas entre su padre y Ana—. ¿Por qué tengo que limpiármelas si no como con ellas?

Boone hizo un esfuerzo por recobrar la compostura y agarró la nariz de Jessie con dos nudillos.

—Porque a los gérmenes les gusta saltar de las manos de las niñas pequeñas y manchar las patatas de la cena.

—Ah —Jessie sonrió—. Papá hace las mejores patatas del mundo entero. ¿Quieres probarlas? Se puede quedar a cenar, ¿verdad?

—Yo...

—Claro que puede —Boone sonrió y sus ojos destellaron con un brillo peligroso—. Nos encantaría que nos acompañases. Hay comida más que suficiente. Es bueno que vayamos conociéndonos.

—Os agradezco que seáis tan amables. Me gustaría quedarme, pero... tengo que ir al establo de mi primo, a dar de comer a sus caballos —se justificó Ana.

—¿Me llevarás algún día a verlos? —preguntó Jessie.

—Si a tu papá le parece bien —Ana se agachó y le dio un beso ala niña—. Gracias por el dibujo, corazón. Es muy bonito... Y por el libro. Sé que me va a gustar —añadió, mirando a Boone con cautela.

Luego se despidió y salió corriendo de allí. Una vez en casa, le dio a Quigley la lata de atún que le había prometido y se puso unos vaqueros y una camisa.

Tendría que pensar sobre lo que había ocurrido, decidió mientras se calzaba unas botas. Pensar muy en serio. Valorar los pros y contras, considerar las consecuencias. Estaba segura de que Morgana se echaría a reír y la acusaría de ser una Libra recalcitrante.

Quizá su horóscopo fuese responsable en parte de que siempre pudiera entender a los dos contendientes de una disputa. Lo cual solía complicar las cosas más que ayudar a solucionarlas. En ese caso en concreto, sin embargo, estaba convencida de que necesitaba tranquilizarse y pensar con objetividad.

Debía reconocer que sentía una atracción especial hacia Boone. Su cuerpo nunca había reaccionado así ante la presencia de ningún hombre. Claro que había deseado a Robert años atrás, pero no había sido una emoción tan rápida y punzante. Y una emoción punzante podía terminar en una herida profunda.

No debía olvidarlo. Agarró una chaqueta y bajó las escaleras, en dirección al coche.

Por supuesto, era una mujer adulta y sin compromisos, libre de tener una relación con un hombre igualmente libre y adulto.

Por otra parte, sabía lo dañina que podía ser iniciar una relación cuando la gente era incapaz de aceptar a los demás por lo que eran.

Cerró la puerta de casa. Desde luego, no le debía ninguna explicación a Boone. No tenía la obligación de tratar de que entendiera su herencia, tal como había intentado años atrás, con Robert.

Ocultar una parte de su personalidad no era mentir, se dijo Ana ya en el coche. Sino una defensa. Y era una estupidez pararse a pensar en eso cuando ni siquiera había decidido si quería involucrarse con Boone.

Aunque eso sí que no era cierto. Claro que quería. Era más una cuestión de decidir si su estabilidad emocional podía permitirselo.

Después de todo, Boone era su vecino. Si la relación acababa fracasando, sería muy incómodo vivir tan cerca el uno del otro.

Y debía pensar en Jessie. Ana ya estaba medio enamorada de ella. No quería arriesgar su afecto y su amistad por satisfacer sus propias necesidades. Necesidades puramente físicas, se dijo mientras avanzaba por la carretera de la costa.

Sí, seguro que Boone la satisfaría físicamente. No lo dudaba ni un poco. Pero el precio emocional podía ser demasiado caro para cada una de las partes implicadas.

Sería mucho mejor para todos si se limitaba a ser amiga de Jessie y mantenía las distancias con su padre.

La cena había terminado. Había tratado de enseñar a Daisy a sentarse, pero solo lo había conseguido apoyando una mano sobre la parte trasera de la cachorra. Luego había bañado a Jessie y había hecho de caballito para esta. Por último, le había contado un cuento y le había dado un vaso de agua, ya en la cama.

Una vez que Jessie se hubo dormido, Boone se sirvió una copa de brandy. Había un montón de folios sobre el pupitre del despacho, que debía rellenar para entregarlos en el colegio de la pequeña.

Se ocuparía de ellos antes de acostarse, pero esa hora, esa hora tranquila y oscura de la luna llena era para él.

Quería disfrutar de las nubes que avanzaban con promesas de lluvia, del sonido hipnótico del agua contra las rocas, del murmullo de los mosquitos sobre el césped, del aroma de las flores.

No era de extrañar que aquella casa lo hubiera cautivado nada más verla. Jamás había encontrado un sitio más relajante. Y espoleaba su imaginación. Los cipreses, la playa, todo favorecía a su inspiración.

La preciosa vecina de enfrente.

Se sonrió. Para no haber sentido nada por ninguna mujer desde hacía más tiempo del que podía recordar, estaba obsesionado con Ana.

Le había costado mucho superar la pérdida de Alice. Por otra parte, aunque aún no pensaba en formar pareja, no había sido un monje durante los pasados dos años. Su vida no estaba vacía y, después de mucho tiempo, había aceptado que tenía que seguir adelante.

Estaba paladeando el sabor del brandy cuando oyó el coche de Ana. No era que hubiera estado esperándola, se dijo Boone mientras miraba el reloj. Pero se alegraba de que regresara a casa tan temprano, pues indicaba que no había tenido ninguna cita con otro hombre.

Aunque su vida social no le incumbía.

No podía ver dónde había aparcado, pero sí oyó el portazo del coche. Luego, segundos después, abrió y cerró la puerta de su casa.

Sentado en la terraza, con los pies descalzos sobre la barandilla, trató de anticipar los movimientos de Ana. Primero iría a la cocina... tal como vio confirmado al encenderse la luz de dicha pieza. Se estaría preparando un té, o sirviéndose una copa de vino.

Poco después, la luz se apagó y fue reemplazada por otra, en el piso de arriba. En esta ocasión, en cambio, no parecía que la claridad procediera de una lámpara, sino de una vela. Al rato oyó una melodía, un arpa romántica y algo triste.

Entonces vio su silueta a través de la ventana. Pudo ver con claridad su sombra mientras se iba desnudando.

Tragó un sorbo de brandy y giró la cabeza hacia otro lado. Por más que le apeteciese, se negaba a convertirse en un mirón. Sacó un cigarro y, pidiéndole disculpas en silencio a Jessie, lo encendió.

El tabaco lo calmaba. También la música del arpa lo ayudaba a sosegar.

Más tarde, mucho más tarde, regresó al interior de la casa y se quedó dormido mientras la lluvia martilleaba sobre el techo y el recuerdo de las notas del arpa poblaba la brisa de la noche.

4

La ciudad estaba atestada de gente que paseaba o caminaba a toda velocidad, de timbres de bicicletas, del canto de las gaviotas. Ana disfrutaba de las multitudes y del ruido tanto como de la paz y la soledad de su jardín.

Avanzaba con paciencia en medio del tráfico. Al pasar frente a la tienda de Morgana, a la vista de los numerosos coches de turistas, se resignó a aparcar en otra manzana. En efecto, después de dar unas cuantas vueltas, estacionó en una calle cuatro bloques más allá de Hechicera.

Al bajar de la furgoneta, oyó el llanto de un niño pequeño y la voz cansada de su padre:

—Ya basta, Timothy. Deja de llorar y muévete.

Pero el niño se negó a dar un paso, a pesar de que la madre le tiraba en vano del brazo. Era evidente que Timothy iba a llevarse un par de azotes si seguía enrabietado, pensó Ana.

Los tres parecían cansados y tristes. Primero sintió las emociones del padre: su amor, la rabia, la desesperación. Luego notó el cansancio del niño, su pena porque no le compraban un elefante de peluche que había visto en un escaparate.

Ana cerró los ojos al ver que el padre alzaba la mano para dar un azote en los pañales del niño, que tomó aliento, preparado para emitir un chillido desgarrador.

De pronto, el padre suspiró, se llevó la mano a un costado y miró a Timothy, cuya cara estaba arrugada de lágrimas.

—Estás cansado, ¿verdad? —le preguntó tras ponerse en cuclillas.

—Sed —dijo el pequeño, echándose a los brazos de su padre.

—Está bien, campeón —el padre miró a su esposa y sonrió—. ¿Por qué no nos tomamos un refresco? Solo necesita d—o—r—m—i—r un rato —deletereó.

Ana sonrió al verlos marchar. Las vacaciones en familia no eran todo diversión, pensó. La siguiente vez que fueran a pelearse no estaría ella para interceder. Tendrían que arreglárselas solos.

Se echó el bolso a la espalda y comenzó a descargar las cajas que le había llevado a Morgana. Eran seis, llenas de botellas con aceites, cremas, almohadas satinadas y diversos pedidos especiales, perfumes, sobre todo.

Ana pensó hacer dos viajes, calculó la distancia y decidió que si distribuía la carga bien, podría conseguirlo en uno solo.

Las apiló y ajustó entre los brazos, y cerró la furgoneta de un codazo como pudo. Consiguió avanzar media manzana antes de empezar a arrepentirse.

¿Por qué cometía siempre el mismo error? Dos viajes cómodos eran mejor que uno difícil. No era que las cajas fueran muy pesadas, aunque tampoco eran ligeras; si no que eran grandes y la calle estaba abarrotada. Y el pelo se le estaba metiendo en los ojos.

—¿Te ayudo?

Ana se giró y se encontró frente a Boone, el cual estaba espléndido, con unos pantalones de algodón y una camisa. Llevaba a Jessie sobre los hombros, que aplaudía y reía con alegría.

—He montado en los caballitos y me he tomado un helado y te hemos visto —dijo la pequeña.

—Parece que necesitas una mano con esas cajas —comentó Boone.

—Te ayudamos —se ofreció Jessie mientras él la ponía en el suelo.

—De acuerdo —accedió Ana, consciente de que era una tontería rechazar la ayuda cuando la necesitaba—. Aunque no quisiera entreteneros.

—No vamos a ningún sitio en concreto, ¿verdad que no, Jessie?

—Solo estamos paseando. Es nuestro día libre.

Ana no pudo evitar sonreír, como no pudo evitar alarmarse al mirar a Boone. Había conseguido esquivarlo durante toda la semana. Ni siquiera había pensado en él apenas. Pero ahora la estaba mirando con una intensidad perturbadora y una sonrisa desafiante.

—Voy aquí cerca —dijo Ana—. No hace falta que...

—Vamos —Boone hizo caso omiso de los reparos de ella y tomó en sus manos algunas de las cajas—. Para algo están los vecinos, ¿no?

—Yo puedo llevar una —pidió Jessie, ansiosa por ayudar.

—Gracias —Ana le dio la caja más pequeña—. Voy a la tienda de mi prima. No está lejos.

—¿Ha tenido ya los bebés? —preguntó Jessie mientras iban de camino.

—No, todavía no.

—Le pregunté a papá cómo podía tener dos a la vez y me dijo que a veces el amor es el doble de grande.

—Sí —corroboró Ana. ¿Qué defensa había contra un hombre así?—. Parece que siempre tienes la respuesta adecuada —murmuró luego, dirigiéndose a Boone.

—No siempre —repuso este, que no sabía si sentirse enfadado o aliviado por tener las manos ocupadas. De haberlas tenido libres, se habría sentido obligado a tocarla—. Solo procuro encontrar la mejor en cada momento. ¿Dónde te has escondido, Anastasia?

—¿Esconderme?

—No te he visto en el jardín desde hace varios días. No pensé que fueras a asustarte tan fácilmente —respondió Boone, aprovechando que Jessie se había adelantado un par de metros.

—No sé a qué te refieres. Estaba trabajando —contestó Ana—. Entre otras cosas, en las cajas que estamos llevando.

—¿Sí? Entonces me alegra no haber llamado a tu puerta fingiendo que necesitaba un poco de azúcar. He estado a punto de hacerlo, pero parecía demasiado evidente.

—Te agradezco que te hayas controlado —espetó Ana.

—Haces bien.

—Entraremos por la puerta de atrás —comentó ella después de llamar a Jessie—. Los sábados suele haber mucha gente y, no me gusta distraer a los clientes.

—¿Que vende, por cierto?

—Pues... esto y aquello. Estoy segura de que te resultará interesante ver su mercancía. Aquí es —informó Ana por fin—. ¿Puedes abrir tú, Jessie?

—Vale —dijo esta, encantada, deseando ver lo que había al otro lado de la puerta—. ¡Mira, papá!, ¡mira! —exclamó emocionada al ver a la enorme gata que había sobre una mesa.

—¡Jessica! —la detuvo Boone con autoridad—. ¿Qué te he dicho de correr detrás de animales desconocidos?

—Pero es muy bonito, papá.

—Bonita —corrigió Ana mientras se deshacía de las cajas—. Y tu papá tiene razón. A no todos los animales les gustan las niñas.

—¿Y a ella? —preguntó Jessie, casi incapaz de aguantarse las ganas de acariciar a la gata.

—A Luna no le gusta todo el mundo, pero si la acaricias cuando se digna a dejarse, te llevarás bien con ella —contestó Ana, sonriente—. Tranquilo, no la arañará —añadió, dirigiéndose a Boone.

—¡Le gusto! —exclamó Jessie entusiasmada—. ¿Has visto, papá? Le gusto.

—Sí.

—Morgana suele tener algún refresco aquí —comentó Ana mientras abría una nevera pequeña—. ¿Os apetece algo?

—Por favor —aceptó Boone. No tenía mucha sed, pero era una buena excusa para quedarse un rato más—. ¿La tienda está al otro lado?

—Sí —afirmó Ana—. Este es el almacén.

Boone se acercó a ella y acarició un recipiente con romero.

—¿También está en este negocio? —preguntó.

—¿Que negocio? —replicó Ana, tratando de no prestar atención a que sus cuerpos se estaban rozando. Pudo aspirar el olor del mar impregnado al cuerpo de Boone. Supuso que habría estado paseando por la playa junto a Jessie.

—Las plantas y esas cosas.

—Más o menos —Ana se dio media vuelta, a sabiendas de que estaría pegada a Boone—. Cerveza negra —le ofreció.

—Perfecto —contestó él—. Puede que sea un buen entretenimiento. Quizá podrías enseñarnos a plantar algunas flores a Jessie y a mí.

—Solo hace falta darles cariño y atención —contestó ella, haciendo un gran esfuerzo por mantener la calma ante la proximidad de Boone—. A ti se te da bien.

—Gracias —Boone la miró a los ojos con intensidad y le acarició una mejilla—. Anastasia, creo que deberíamos...

—Un trato es un trato —interrumpió una voz al tiempo que se abría la puerta que comunicaba la tienda con el almacén—. Debes descansar quince minutos cada dos horas.

—Esto es ridículo. Te comportas como si fuera la única embarazada del mundo —respondió Morgana. Alzó las cejas al ver al trío; sobre todo, al ver que Boone Sawyer estaba acorralando a su prima entre la nevera y la encimera.

—Tú eres la única embarazada de mi mundo... —Nash frenó en seco al ver que no estaban solos—. Hola, Ana. Necesito que convenzas a tu prima de que no haga esfuerzos. Ahora que estás aquí... ¿Boone? ¡Boone Sawyer!, ¿qué haces aquí? —preguntó, asombrado, acercándose a estrecharle la mano.

—Entregar mercancía, me parece —repuso él, sonriente, apretando con fuerza la mano de su amigo—. ¿Y tú?

—Procuro vigilar a mi esposa. ¡Dios!, ¿cuánto tiempo ha pasado?, ¿cuatro años?

—Por ahí.

—Está claro que os conocéis —intervino Morgana mientras se rodeaba el vientre con ambos brazos.

—Por supuesto. Coincidimos en una conferencia de escritores. Hará unos diez años. No te veía desde... —desde el funeral de Alice, recordó Nash, dejando la frase en el aire. También recordó la desolación y la incredulidad que había visto en el rostro de su amigo—. ¿Cómo estás?

—Bien —contestó Boone—. Los dos estamos bien —añadió sonriente.

—Me alegro —Nash dio una palmada en el hombro de su amigo—. Y tú eres Jessica, ¿verdad? —añadió, dirigiéndose a la niña.

—Sí —contestó la pequeña con alegría—. ¿Tú quién eres?

—Nash —respondió. Se agachó para ponerse a su altura y comprobó que, salvo los ojos, idénticos a los de Boone, era la viva imagen de Alice—. Encantado de conocerte —añadió, dándole la mano con formalidad.

—¿Has puesto los niños dentro de Morgana? —preguntó Jessie, sonriente, mientras le estrechaba la mano.

—Culpable —contestó Nash cuando logró reaccionar—. Pero voy a dejar que Ana los saque. ¿Qué hacéis en Monterrey? —añadió, al tiempo que se subía a la niña en brazos.

—Ahora vivimos aquí —contestó esta—. Somos vecinos de Ana.

—¿En serio? —Nash miró a Boone sonriendo—. ¿Desde cuándo?

—Poco más de una semana. Había oído que te habías mudado aquí; tenía intención de buscarte al terminar de instalarme. Lo que no sabía es que estabas casado con la prima de mi vecina.

—El mundo es un pañuelo fascinante, ¿verdad que sí? —intervino Morgana. Luego miró hacia Ana, que no había abierto la boca desde que ellos habían entrado en la trastienda—. Dado que nadie parece dispuesto a presentarme, soy Morgana.

—Perdón —se disculpó Nash—. ¿Por qué no te sientas? —añadió.

—Estoy perfectamen...

—Siéntate —insistió Ana, al tiempo que corría una silla.

—Estoy en desventaja —protestó Morgana mientras tomaba asiento—. ¿Os gusta Monterrey?

—Mucho —aseguró Boone—. Más de lo que había imaginado —añadió tras desviar la mirada hacia Ana.

—A mí también me gusta mucho —replicó Morgana, acariciándose el vientre—. Tenemos que vernos a menudo, para que puedas contarme cosas que Nash no quiere que sepa.

—Será un placer.

—Cielo, sabes que soy un libro abierto —Nash le dio un beso en la frente a su esposa y luego se dirigió a Ana—. ¿Son las cosas que estaba esperando Morgana?

—Sí, está todo —Ana se giró hacia las cajas—. Morgana, quiero que pruebes esta loción corporal antes de sacarla a la venta. Y he traído champú de hierba jabonera.

—Perfecto, me había quedado sin nada —dijo Morgana mientras destapaba la loción corporal—. Huele bien... y tiene una textura agradable —añadió tras echarse un poco en el dorso de la mano.

—Está hecho con violetas y el musgo que papá me mandó —explicó Ana—. Nash, ¿por qué no les enseñas la tienda a Boone y a Jessie?

—Buena idea. Creo que vas a encontrar bastantes artículos interesantes —apostó Nash.

—No huyas, Anastasia —dijo Boone antes de abandonar la trastienda.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Morgana, sonriente, una vez a solas con su prima—. ¿Me pones al día?

—¿Sobre qué? —contestó Ana mientras abría una de las cajas.

—Sobre lo que pasa con ese vecino tan fabuloso que tienes, por supuesto.

—No pasa nada.

—Cariño, te conozco. Al entrar en la trastienda estabas tan absorta mirándolo, que podría haber provocado un tornado y tú no habrías pestañeado siquiera.

—No seas ridícula. No has provocado un tornado desde que vimos El mago de Oz —repuso Ana mientras colocaba en orden unas botellas.

—Ana —la voz de la prima sonó con suavidad y firmeza—. Te quiero y...

—Lo sé. Yo también te quiero.

—Tú nunca te pones nerviosa. Quizá por eso me maravilla y me preocupa tanto que ahora lo estés tanto.

—No lo estoy —negó Ana—. Está bien, está bien. Tengo que pensar al respecto... Me pone nerviosa y sería ridículo no admitir que se debe a lo atraída que me siento hacia él. Solo tengo que pensármelo.

—¿Pensar el qué?

—Cómo manejar la situación. No tengo intención de cometer otro error; sobre todo, porque todo lo que afecte a Boone afecta también a Jessie.

—¿Te estás enamorando de él?

—¡Eso es absurdo! —exclamó Ana con una vehemencia contraproducente—. Solo estoy inquieta, nada más. Hace mucho tiempo que no siento nada... físico por ningún hombre. Tengo que pensar —repitió.

—Ana —Morgana extendió las dos manos—. Sebastian y Mel volverán de su luna de miel en un par de días. ¿Por qué no le pides que eche un vistazo? Te sería más fácil tomar la decisión si supieras lo que va a ocurrir.

—No, ni se me ha pasado por la cabeza. Pase lo que pase, y del modo que pase, no quiero tener ventaja. Sería injusto para Boone. Además, tengo la sensación de que es importante para los dos que no rompamos esa igualdad.

—Mejor que tú no lo va a saber nadie. Pero déjame que te diga una cosa, como mujer. Con los hombres, saber o no saber da igual una vez que te enamoras.

—Entonces me aseguraré de no enamorarme hasta estar preparada.

—Es increíble —decía Boone mientras examinaba los artículos de Hechicera—. Sencillamente increíble.

—Lo mismo pensé yo la primera vez que entré —Nash agarró una varita que tenía una amatista en un extremo—. Supongo que los que nos dedicamos a escribir somos buenos cebos para este tipo de tiendas.

—Cuentos de hadas y películas de misterio y miedo —dijo Boone mientras frotaba la amatista de la varita—. La línea divisoria es muy fina. Tu última película me heló la sangre aun cuando me hacía reír.

—El humor es terror —Nash sonrió.

—Nadie lo hace tan bien como tú —Boone miró hacia Jessie, que tenía la vista clavada en un castillo de plata en miniatura, rodeado por un arco iris de cristal—. Va a ser imposible salir de aquí sin comprar nada.

—Es preciosa —dijo Nash.

—Se parece a su madre —comentó Boone. Al ver la expresión preocupada de su amigo, añadió—: El dolor acaba desapareciendo, Nash. Lo quieras o no. Alice fue una parte maravillosa de mi vida, y me dio lo mejor que de ella me queda. Doy gracias por cada segundo que pasé con ella... pero ahora quiero que me expliques cómo es posible que el soltero más empecinado del mundo haya acabado casándose y esté esperando gemelos.

—Me estaba documentando —Nash sonrió—. Quería salir de Los Ángeles, pero sin irme muy lejos. No llevaba mucho tiempo aquí cuando decidí documentarme para un guión. Entré en la tienda y aquí estaba ella.

Había más, por supuesto. Mucho más. Pero Nash no le iba a contar nada sobre el legado de los Donovan. Tampoco Boone lo habría creído.

—Cuando decides lanzarte a la piscina, te lanzas con todo.

—Tú también. Venir a Monterrey es un paso muy grande. Indiana está muy lejos de aquí.

—Quería distanciarme —contestó Boone—. Tanto mis padres como los de Alice habían decidido organizarnos la vida a Jessie y a mí. Necesitaba un cambio radical.

—Así que vives al lado de Ana —dijo Nash—. En el piso de dos plantas.

—Exacto.

—Buena elección —Nash miró hacia Jessie, que seguía mirando el castillo en miniatura—. Si no se lo compras tú, se lo compraré yo.

Cuando Ana salió a recolocar los artículos de un par de estanterías de la tienda, no solo vio que estaban comprando el castillo de Jessie, sino una varita, una escultura de un hada alada a la que ella misma le había echado el ojo, un receptor solar con forma de unicornio y una pitonisa con una bola de cristal.

—Somos débiles —se defendió Boone al ver que Ana enarcaba una ceja—. No tenemos fuerza de voluntad.

—Pero sí un gusto excelente —repuso ella mientras acariciaba el ala del hada—. ¿Verdad que es bonita?

—De las mejores que he visto. Había pensado ponerla en mi despacho para inspirarme.

—Buena idea —Ana apuntó hacia un compartimento con diversas piedras—. Malaquita, para pensar con claridad; sodalita, para despejar la mente; piedra lunar para la sensibilidad; y, cómo no, amatista, para la intuición.

—Cómo no.

—Jessie dice que estás dejando de fumar —comentó entonces Ana.

—Eso intento —repuso Boone, encogiéndose de hombros.

—La amatista también sirve para cumplir los buenos propósitos —dijo ella mientras le entregaba una de las piedras—. Quédatela. La casa invita.

Boone la agarró y la frotó con el pulgar.

Mal no le haría.

No creía en piedras mágicas ni en el poder de los minerales, aunque sí pensaba que podían darle mucho juego para sus cuentos. Además, decoraban bastante en el cuenco en que las había puesto. Le daba ambiente a la casa, pensó Boone, aunque también podía usarlas como pisapapeles.

En cualquier caso, la tarde había sido muy positiva. Jessie y él se habían divertido a conciencia, montando a los caballitos, jugando a las maquinitas, paseando por el muelle y por el centro de la ciudad. Encontrarse con Anastasia había sido una grata sorpresa adicional, musitó mientras frotaba una piedra de luna. Y reencontrarse con Nash, saber que vivían cerca, era una noticia estupenda.

Echaba de menos la compañía de algún amigo masculino. Le resultaba curioso no haberse dado cuenta hasta entonces, aunque llevaba varios meses muy ocupado planeando el viaje. Y Nash, cuya amistad se había forjado mediante un fluido intercambio de cartas a lo largo de los años, era el tipo de compañía que Boone prefería. Tenía un trato sencillo y era leal e imaginativo.

Le apetecía poder darle un par de consejos para cuando nacieran los gemelos.

Sí, reflexionó Boone mientras miraba la piedra de luna, iluminada por el brillo selénico que se filtraba por la ventana: el mundo era un pañuelo fascinante.

Uno de sus más viejos amigos estaba casado con la prima de su vecina. Anastasia lo iba a tener complicado para evitarlo a partir de entonces.

Casi había olvidado lo que era aproximarse a una mujer capaz de ruborizarse, a la que el pulso se le disparaba. La mayoría de las mujeres a las que había cortejado durante los pasados dos años había controlado la situación en todo momento. Había disfrutado de su compañía, pero nunca había habido misterio ni ilusión.

Suponía que era un hombre chapado a la antigua, interesado por las mujeres convencionales. «El hombre de las rosas y los paseos a la luz de la luna», murmuró con una media risa. Entonces la vio, y la risa se le atragantó.

Estaba abajo, paseando en el jardín, acompañada por su gato. Llevaba el pelo suelto y le caía con elegancia sobre los hombros de una bata azul claro. Llevaba una cesta y canturreaba mientras la llenaba de flores.

Era un cántico antiguo, transmitido de generación en generación. Ana creía estar sola, sin que nadie la observara. La noche de la primera luna llena de otoño era la indicada para recolectar, como la primera luna llena de invierno lo era para sembrar. Ya había echado polvo de luna en derredor para purificar la zona.

—Bajo la luz de la luna, entre sombras y penumbras, elijo la flor más pura.

La cesta iba llenándose de betónicas y heliotropos, de hierbas de Santa María y raíces de mandrágora.

—Esta noche cosechar, mañana será sembrar. Tomar solo lo plantado. Recordar la ley crucial: servir y ayudar a todos, a ninguno hacerle mal.

Mientras realizaba el conjuro, bajó la nariz para aspirar la fragancia de las flores.

—Me preguntaba si eras de verdad.

Ana levantó la cabeza de inmediato y distinguió la sombra de Boone al otro lado del seto que separaba ambos jardines. Luego avanzó y vio su cuerpo y su silueta.

—Me has asustado —dijo ella cuando el corazón se hubo calmado.

—Perdona —Boone decidió que debía de ser la luna lo que la hacía parecer tan... encantadora—: Estaba trabajando, miré por la ventana y te vi. ¿No es muy tarde para recoger flores?

—Hay luz suficiente —Ana apuntó a la luna y sonrió—. Y escribiendo cuentos de hadas, sabrás mejor que nadie que la luz de la luna llena cubre de magia todo lo que toca.

—La magia es sabia —contestó él, mirándola a los ojos con descaro.

—Deberías volver. Jessie está sola.

—Está dormida —Boone se acercó y le acarició un mechón de pelo. Había entrado en el círculo que Ana había formado con polvo de luna—. Las ventanas están abiertas. La oíría si me llamara.

—Es tarde —Ana apretó el asa de la cesta con tanta fuerza que el dibujo se le grabó en la piel—. Tengo que...

Pero Boone agarró la cesta y la colocó en el suelo con suavidad.

—Yo también tengo que besarte —atajó él.

—Boone, empezar algo así podría complicar las cosas para todos —se resistió Ana al ver que él bajaba la boca hacia sus labios.

—Puede que me haya cansado de que las cosas sean sencillas —repuso él. Luego giró el cuello lo justo para que el beso se posara sobre una mejilla—. Me sorprende que no sepas que cuando un hombre sorprende a una mujer recogiendo flores a la luz de la luna, está obligado a besarla.

—Y ella está obligada a permitírselo —susurró Ana, derritiéndose entre los brazos de Boone.

Echó la cabeza hacia atrás y le ofreció los labios. Boone optó por tomarlos con delicadeza. La noche parecía pedirlo, con su brisa perfumada y la música del mar contra las rocas. La esbelta mujer que estrechaba entre los brazos tenía la piel suave y cálida sobre la suave y fría seda de su bata.

Pero nada más saborear el néctar de esa boca seductora y lujuriosa, la atrajo con fuerza, desesperado, con avidez. Ningún pensamiento racional tenía cabida, arrinconado por la marea de sensaciones que lo arrastraba. La besó apasionadamente y luego emitió un gemido de placer y dolor.

No era capaz de separarse de ella, su lengua no podía dejar de explorar la boca de Ana. Tenía miedo de soltarla y de que se desvaneciera como el humo... de no volver a encontrarla nunca.

Ana no podía aliviarlo. Una parte de ella quería tranquilizarlo y prometerle que todo iría bien para los dos. Pero no podía. Estaba paralizada. No sabía si se debía a sus propias necesidades, al ardoroso deseo de él o a una combinación de ambos factores, pero lo cierto era que había perdido la voluntad.

No la sorprendía, no obstante, que ese primer contacto fuera salvaje e intenso. Había deseado que llegara ese momento, tanto como lo había temido. Ahora, superado el miedo inicial, encontraba irresistible aquella mezcla de placer y dolor.

Alzó las manos para acariciarle la cara, le enredó el cabello, apretó su cuerpo contra el de Boone, cuyo nombre susurraba sin aliento.

Pero él la oía, la oía a pesar de los latidos que retumbaban en su cabeza. Ana estaba temblando... o quizá fuera él quien lo hacía. La profundidad de aquel beso lo turbó tanto que terminó retirándose con cautela, sin dejar de sujetarla ni de mirarla a los ojos.

—Boone...

—Todavía no —necesitaba un segundo para calmarse. ¡Dios!, ¡había estado a punto de devorarla entera allí mismo!—. No quería hacerte daño —añadió, dándole ahora un beso suave y tierno.

—No me lo has hecho —murmuró Ana con la voz ronca—. Solo me has desgarrado.

—Creía que estaba preparado para esto —Boone deslizó las manos por los brazos de ella antes de soltarla—. Pero no sé si alguien podría estarlo. Quizá sea la luna, o simplemente tú. Tengo que ser sincero contigo, Anastasia. No sé cómo manejar esto —agregó, guardando las manos en los bolsillos para no tocarla de nuevo.

—Ya somos dos —repuso Ana, apretándose los codos, con los brazos cruzados.

—Si no fuera por Jessie, esta noche no volverías sola a tu casa. Y no soy de los que se precipitan.

—Si no fuera por Jessie, puede que te pidiera que te quedaras conmigo esta noche —repuso Ana, más calmada. Sabía que debía ser sincera—. Serías el primero.

—¿El primero? —repitió Boone, incrédulo, temeroso y excitado al mismo tiempo por la inocencia de ella—. ¡Dios!

—No me avergüenzo de ello —dijo Ana, alzando la barbilla.

—No, no pretendía... —incapaz de articular palabra, se limitó a acariciarle el pelo. Una virgen con una cesta de flores a sus pies. ¿Cómo iba a marcharse así?—. Supongo que no imaginas lo que eso provoca a los hombres.

—No del todo, ya que no soy un hombre. Pero sí sé lo que significa para una mujer comprender que no tardará en entregarse por primera vez. Así que los dos deberíamos pensárnoslo un poco —contestó Ana, agachándose para recoger la cesta—. Y es muy difícil pensar después de medianoche, iluminados por una luna llena y con la fragancia de las flores del jardín. Buenas noches, Boone.

—Ana —le rozó un brazo sin sujetarla—. No pasará nada hasta que no estés lista.

—Sí que pasará —negó ella—. Pero no pasará nada que no tenga que pasar.

Luego se dio media vuelta y echó a andar hasta meterse en casa.

5

Había tardado en conciliar el sueño. Boone había dado vueltas y más vueltas en la cama, mirando la luna por la ventana hasta la llegada del alba.

Ahora, cuando los rayos del sol ribeteaban los bordes de su cama, estaba boca abajo, sumido en un plácido duermevela. Soñaba que llevaba a Ana en sus brazos mientras subían una larga escalera de mármol blanco. Arriba, en medio de un cúmulo de nubes sedosas, había una cama enorme, rodeada por cientos de velas aromáticas encendidas. Podía oler a vainilla y a jazmín. Y a ella, esa fragancia tan sexy que la acompañaba a todas partes.

Ana sonreía. Su cabello brillaba como el sol. Lo miraba con sus ojos brumosos. Entonces se tumbaban en la cama y se hundían como si se recostaran sobre las mismas nubes. Podía oír la melodía de un arpa, romántica como las lágrimas, y un susurro delicado, que era el respirar de las nubes.

Ana levantaba los brazos y lo rodeaba, los dos flotaban como fantasmas, unidos por la necesidad y la insoportable dulzura de un primer beso. Saboreaba sus labios...

—¡Papá!

Boone se despertó al tiempo que Jessie aterrizaba sobre su espalda. Emitió un gruñido ininteligible que hizo reír a la niña, la cual no tardó en subir a la cabecera de la cama para darle un beso en la mejilla.

—¡Papi, despierta! ¡Te he preparado el desayuno!

—¿El desayuno? —repitió amodorrado Boone, murmurando contra la almohada—. ¿Qué hora es?

—La manilla pequeña está en las diez y la grande en las tres. He hecho tostadas y he servido zumo de naranja en los vasos pequeños.

Boone volvió a gruñir mientras se daba media vuelta y se quitaba las pestañas de los ojos. Jessie parecía radiante. Se había puesto un vestido rosa y, aunque los botones de arriba estaban mal abrochados, estaba preciosa.

—¿Cuánto tiempo llevas despierta?

—Horas y horas y horas. He sacado a Daisy y le he dado de desayunar. Y me he vestido yo sola y me he lavado los dientes y he visto los dibujos animados en la tele. Luego tenía hambre y he preparado el desayuno.

—Has estado ocupada.

—Y he sido muy silenciosa, para que no tuvieras que levantarte pronto en tu día de descanso.

—Has sido muy silenciosa —convino Boone mientras le reabrochaba los botones—. Creo que te mereces un premio.

—¿Sí? —preguntó la niña con los ojos encendidos—. ¿Cuál?

—¿Qué te parece una tanda de cosquillas? —Boone la tiró sobre la cama y comenzó a hacerle cosquillas mientras ella reía sin parar y trataba de devolverle las cosquillas a su padre—. Me rindo —dijo este al final. Eres demasiado fuerte para mí.

—Eso es porque yo tomo verdura y tú no.

—A veces sí que la como.

—Casi nada.

—Cuando tengas treinta y tres años, tú tampoco tendrás que comer coles de bruselas.

—Me gustan.

—Solo porque soy un gran cocinero —Boone sonrió—. Las de mi madre eran horribles.

—Ya no cocina —dijo Jessie mientras esbozaba el nombre de su padre, usando su espalda como lienzo y los dedos como pincel—. La abuela y el abuelo siempre comen fuera.

—Porque el abuelo no es tonto —repuso Boone.

—Dijiste que hoy podíamos llamar a los cuatro abuelitos, ¿podemos?

—Dentro de unas horas —Boone la miró a la cara—. ¿Los echas de menos?

—Sí —contestó Jessie—. Es raro que no estén aquí. ¿Vendrán a visitarnos?

—Por supuesto —dijo él con cierto sentimiento de culpa—. ¿Te gustaría que nos hubiéramos quedado en Indiana?

—¡Ni hablar! —aseguró la niña—. Allí no tenemos playa, ni focas ni los caballitos de la ciudad. Y Ana es nuestra vecina. Este es el mejor lugar del mundo.

—A mí también me gusta —Boone se incorporó y le dio un beso en la frente—. Ahora aparta, que voy a vestirme.

—Pero baja en seguida a desayunar —dijo Jessie.

—Ahora mismito. Tengo tanta hambre que podría comerme cuarenta tostadas.

—Voy a hacer más —dijo la niña, encantada.

Sabedor de que Jessie se tomaría el comentario al pie de la letra, se duchó rápido, se puso una camiseta y unos pantalones cualquiera y bajó sin afeitarse.

Trató de no pensar en el sueño. Después de todo, era muy fácil de interpretar. Deseaba a Ana, lo cual no era ningún secreto. Y el blanco del mármol simbolizaba la inocencia de ella.

Lo cual le daba pánico.

Encontró a Jessie en la cocina, untando con mantequilla una tostada más. Había un plato lleno y más de una se había quemado. Boone se preparó un café antes de probar ninguna. Estaban duras y les había echado mucha canela. Era evidente que la niña había heredado el talento culinario de su abuela.

—¡Qué ricas! —exclamó sin embargo—. Mi desayuno favorito.

—¿Puedo darle una a Daisy?

Boone miró la montaña de tostadas y luego hacia la perrilla. Con un poco de suerte, podría despa-charle la mitad del desayuno a Daisy.

—Creo que sí —Boone le acercó una tostada—. Siéntate —le ordenó antes de dársela.

Pero Daisy no obedeció.

—Siéntate —insistió Boone, al tiempo que le presionaba la parte trasera del lomo—. Olvídalo —añadió al ver que era inútil. Le tiró la tostada al suelo y volvió a insistir durante cinco frustrantes minutos más... sin olvidar lo fácil que había sido para Ana.

—Te ha obedecido, papá —dijo Jessie cuando la cachorra terminó de comer y se desplomó sobre el suelo.

—Más o menos —Boone se sirvió más café—. Saldremos fuera y le daremos una lección de verdad.

—Vale. Quizá el amigo de Ana se haya marchado ya y nos pueda ayudar.

—¿Amigo? —preguntó él.

—La he visto fuera con un hombre. Le ha dado un abrazo fuerte y un beso y todo.

—Ella... —Boone dejó la taza de café sobre la mesa.

—Tienes mantequilla en los dedos —observó Jessie, sonriente.

—Sí —contestó el padre—. ¿Qué tipo de hombre? —preguntó, aparentando mera curiosidad.

—Era muy alto y moreno. Se estaban riendo y tenían las manos juntas. Quizá sea su novio. —Su novio —masculló Boone.

—¿Qué te pasa, papá?

—Nada, el café está caliente —disimuló Boone. Así que se estaban dando la mano y dándose besos—. ¿Por qué no salimos al porche, a ver si enseñamos a Daisy a sentarse?

—Sí —Jessie tomó una tostada más y empezó a cantar una canción que había aprendido en el colegio—. Me gusta comer fuera. Es divertido.

—Sí, es agradable —Boone no se sentó al salir al porche. Miró en derredor y no vio a nadie, lo cual era peor. Podía imaginarse lo que Ana y su novio alto y moreno estarían haciendo dentro.

A solas.

Se tomó tres tostadas más con ayuda del café mientras ensayaba qué le diría a la señorita Anastasia Donovan la siguiente vez que la viera.

Si se creía que podía besarla con tanto ardor una noche y tontear con otro tipo a la mañana siguiente, estaba muy equivocada.

Le pondría los puntos sobre las íes en cuanto...

Detuvo sus amenazas al verla salir de la cocina, llamando a alguien que debía de estar a sus espaldas.

—¡Ana! —la saludó Jessie desde el porche—. ¡Hola!

Esta le devolvió el saludo, aunque Boone tuvo la sensación de que su mano había vacilado y de que la sonrisa era forzada.

Natural. Él también estaría nervioso si lo sorprendieran con otra pareja en casa.

—¿Puedo decirle que Daisy ha obedecido?, ¿puedo, papá?

—Eso —la animó Boone mientras apoyaba la taza de café en la barandilla—. ¿Por qué no se lo cuentas?

Jessie bajó las escaleras del porche y llamó a Daisy para que la siguiera.

Boone esperó hasta ver al hombre que apareció junto a Ana. Era alto, aceptó con cierto resentimiento. Su pelo era negro y lo suficientemente largo para que se le rizara por la nuca. No lo sorprendía que una mujer pudiera sentirse atraída por un hombre así, bronceado y elegante. Pero no pudo evitar odiarlo cuando el hombre la rodeó por los hombros como si nada.

Boone se metió las manos en los bolsillos y bajó las escaleras del porche, decidido a aclarar qué pasaba.

Cuando llegó al seto de rosas, Jessie ya estaba hablando de Daisy y Ana reía relajada, rodeando al hombre por la cintura.

—Yo también me sentaría si me dieran de desayunar tostadas con canela —comentó el desconocido, al tiempo que le guiñaba un ojo a Ana.

—Tú te sentarías si te dieran de desayunar cualquier cosa —Ana le dio un pequeño pellizco antes de reparar en la presencia de Boone—. Buenos días —lo saludó, sin darle importancia a que sus mejillas se hubieran ruborizado nada más verlo.

—¿Qué tal te va? —le preguntó Boone con educación. Luego miró receloso al hombre que la acompañaba—. No queríamos interrumpirte estando... acompañada.

—No, no importa. Yo... —Ana dejó colgando la frase, confundida por la tensión que notaba en el ambiente—. Sebastian, el padre de Jessie, Boone Sawyer. Boone, mi primo, Sebastian Donovan.

—¿Tu primo? —repitió Boone.

Sebastian no se molestó en disimular la sonrisa que cruzó su cara.

—Menos mal que te has dado prisa en presentarnos, Ana —comentó este—. Encantado de conocerte. Ana me estaba contando que tenía nuevos vecinos.

—Es el de los caballos, papá.

—Ya me acuerdo —Boone estrechó la mano de Sebastian, cuyos ojos brillaban con una risilla que no terminaba de hacerle gracia—. ¿Te has casado hace poco? —añadió al ver el anillo que llevaba en el dedo anular.

—Sí, mi... —se giró al notar que la puerta se abría—. Aquí está la luz de mi vida.

Una mujer alta y delgada, de pelo corto y rizado, se unió al cuarteto.

—Corta el rollo, Donovan.

—Mi tímida esposa —dijo Sebastian en broma. Luego le besó una mano—. Los vecinos de Ana, Boone y Jessie Sawyer.

—Hola, yo soy Mel —se presentó esta—. Tenéis una casa estupenda —añadió, apuntando con la cabeza hacia el dúplex de enfrente.

—Creo que el señor Sawyer escribe cuentos de hadas, libros para niños. Como la tía Bryna.

—¿Sí? ¡Qué bien! —Mel sonrió a Jessie—. Seguro que a ti te gustan mucho.

—Mi papá escribe los mejores cuentos del mundo. Y esta es Daisy. La hemos enseñado a sentarse. ¿Puedo ir a ver los caballos?

—Claro —Mel se agachó para acariciar a la cachorra. Mientras ella hablaba a Jessie sobre caballos y perros, Sebastian miró a Boone.

—Es una casa muy bonita —comentó. De hecho, él mismo se había planteado comprarla. De nuevo, los ojos se le iluminaron—. Y está en un sitio estupendo.

—Nos gusta —Boone decidió que era una tontería fingir no entender el significado oculto de las palabras, y acarició una mejilla de Ana—. Nos gusta mucho... Estás un poco pálida esta mañana —añadió, dirigiéndose a ella.

—Estoy bien —no le costó mantener la voz firme, pero sabía que a Sebastian le sería sencillísimo ver lo que estaba pensando. De hecho, ya notaba su intromisión. Y estaba convencida de que también estaba radiografiando el cerebro de Boone—. Si me disculpas, le he prometido a Sebastian un poco de espinos.

—¿No recogiste nada anoche?

—Sí, pero lo tengo reservado para otra cosa —contestó Ana, mirándolo a los ojos.

—Está bien, no os entretenemos más. Vamos, Jess —Boone le tendió una mano a su hija—. Encantado de conoceros. Hasta pronto, Ana.

Sebastian tuvo la delicadeza de esperar hasta que Boone se hubo alejado.

—Vaya, vaya... me voy un par de semanas y mira el lío en el que te metes.

—No seas ridículo —Ana se dio media vuelta y se agachó a recoger espino—. No me he metido en ningún lío.

—Cariño, tu amigo y vecino estaba dispuesto a degollarme hasta que se ha enterado de que soy tu primo.

—Yo te habría protegido —dijo Mel con solemnidad.

—Mi héroe.

—A mí me ha parecido que tenía más ganas de llevarse a Ana, arrastrándola por el pelo, que de enfrentarse a ti —terció Mel.

—Dejad de decir idioteces —se quejó Ana—. Es un hombre muy agradable.

—Sí, estoy seguro —murmuró Sebastian—. Pero a los hombres les gusta marcar su territorio.

—¡Por favor! —Mel le dio un codazo en las costillas.

—Los hechos son los hechos, mi querida Mary Ellen. Yo había traspasado su territorio. O eso había creído él. Me habría llevado muy mala impresión si no hubiera intentado defenderlo.

—Natural —reforzó Mel.

—Dime, Ana, ¿qué tipo de relación tenéis?

—No es asunto tuyo —contestó esta mientras se ponía firme—. Y te agradecería que no fisgaras, primo. Sé muy bien que estabas metiendo las narices.

—Razón por la cual me has bloqueado. Tu vecino no ha sido capaz, en cambio.

—Es una indiscreción espiar los pensamientos de los demás con la menor excusa.

—Yo no espío a los demás con la menor excusa —protestó Sebastian—. Siempre tengo una razón de peso. En este caso, soy tu único pariente masculino en el continente y me siento obligado a vigilar la situación.

—¿No me digas? —Ana le clavó el índice a su primo en el pecho—. Pues permíteme que te diga que el hecho de que sea mujer no significa que necesite protección ni consejo ni nada de un hombre, pariente o no. Llevo veintisiete años arreglándomelas yo solita.

—Veintisiete el mes que viene —apuntó Sebastian.

—Y puedo seguir así perfectamente. Lo que hay entre Boone y yo...

—¡Ajá! —exclamó él, triunfante—. Luego reconoces que hay algo entre vosotros.

—Piérdete, Sebastian.

—¿Sabes?, solo se pone así cuando está acorralada —le dijo a Mel—. Por lo general, tiene un trato muy agradable.

—Ten cuidado, o le daré a Mel una poción para que te la eche en la sopa y te quedas mudo una semana.

—¿Sí? —se interesó Mel—. ¿Me puedes prestar un poco?

—No te iba a servir de nada. El único que cocina soy yo —señaló Sebastian. Luego le dio un abrazo a Ana—. Vamos, cariño, no te enfades. Tengo que preocuparme por ti. Es mi trabajo.

—No tienes por qué preocuparte —repuso ella, ablandada.

—¿Estás enamorada de él?

—¡Por favor, Sebastian! —exclamó Ana, exasperada—. Solo lo conozco desde hace una semana.

—¿Y eso qué importa? —replicó él, mirando a su mujer—. A mí me llevó menos tiempo darme cuenta de que el motivo por el que Mel me sacaba de quicio era que estaba loco por ella. Por supuesto, a ella le costó un poco más comprender que estaba locamente enamorada de mí. Pero es natural, porque es muy cabezota.

—Definitivamente, quiero esa poción —afirmó Mel.

—Te lo pregunto porque está claro que él sí que está interesado por ti, y no como vecino —prosiguió Sebastian, haciendo caso omiso de la amenaza—. De hecho...

—Ya basta. Guárdate lo que quiera que hayas visto en su cabeza. En serio, Sebastian —lo advirtió Ana—. Prefiero hacer las cosas a mi manera.

—Si insistes —accedió él, suspirando.

—Insisto. Y ahora llévate el espino, id a vuestra casa y comportaos como dos recién casados.

—Es la mejor idea que he oído en todo el día —aseguró Mel, agarrando a su esposo por un brazo—. Déjala sola, Donovan. Ana es totalmente capaz de manejar sus asuntos.

—Eso espero —Sebastian le dio un beso a su prima y sonrió—. Creo que pararemos antes a ver a Morgana y a Nash.

—Vale —Ana miró a Sebastian a la cara—. Oye, me gustaría saber lo que piensan de Boone por mí misma —añadió a modo de advertencia.

—Desde luego, eres una mujer de armas tomar —dijo él mientras se despedía con un abrazo. —Te quiero.

—Yo también —Ana le dio un beso sonoro—. Adiós.

Durante los siguientes días, Ana pasó casi todo el tiempo en casa. No era que estuviera evitando a Boone; simplemente, tenía muchas cosas que hacer. Se había quedado sin hierbas medicinales. Y una cliente acababa de llamarla para pedirle un elixir para el reumatismo. Ana le había podido enviar el pedido, pero se le estaban agotando las existencias.

En una habitación pegada a la cocina tenía todos los frascos, botellas, cuencos, velas y hierbas necesarios para su ciencia. Parecía un pequeño laboratorio, pero había una diferencia notable entre la química y la alquimia. En la alquimia había un ritual y se tenía muy en cuenta el horario astrológico.

Todas las flores, raíces y hierbas que había recolectado a la luz de la luna llena habían sido lavadas al amanecer. Otras, recogidas durante otra fase de la luna, estaban destinadas a usos distintos.

Tenía que destilar néctar de amapola y secar hisopo. Necesitaba esclarea para un perfume especial y podía mezclarla con camomila para una infusión que ayudara a hacer la digestión.

Sí, tenía mucho que hacer. Pero Ana disfrutaba trabajando, le gustaban los olores que invadían la casa, las hojas rosas del orégano, el morado de la dedalera y el naranja de la caléndula.

Eran preciosas y no podía evitar decorar la casa distribuyéndolas por múltiples jarrones. Estaba probando una solución de genciana, poniendo una mueca de desagrado por su sabor amargo, cuando Boone golpeó en la puerta.

—Prometo que necesito azúcar —dijo este con una sonrisa que aceleró el corazón de Ana—. Mañana vienen los compañeros de Jessie y tengo que preparar galletas y esas cosas.

—Podías comprarlas —repuso ella.

—¿Qué padre que se precie compra unas galletas del primer estante del mercado? Con una taza será suficiente.

—Creo que tengo —dijo Ana, a la que la idea de verlo cocinando la hizo sonreír—. Déjame que termine esto antes.

—Huele de maravilla —comentó mientras echaba un vistazo a unas cacerolas hirvientes—. ¿Qué estás haciendo?

—¡No! —lo avisó Ana justo cuando Boone iba a meter un dedo en un frasco negro—. Es belladona. Hay que tener cuidado.

—¿Belladona? —Boone arqueó las cejas—. ¿Preparas un veneno?

—Es para una loción contra la neuralgia y el reumatismo. Si se cuece y dosifica bien sirve como sedante.

—¿No necesitas una licencia o algo así? —preguntó Boone mientras echaba un vistazo a los tubos de ensayo y los brebajes hirvientes.

—Tengo un título en farmacología, si eso te alivia —Ana le apartó una mano de una cacerola—. Y esto no es para novatos.

—¿Tienes algo para combatir el insomnio... aparte de belladona? En serio.

—¿Tienes problemas para dormir?, ¿fiebre? —preguntó Ana, preocupada. Le puso una mano en la frente y luego le tomó el pulso en la muñeca.

—Sí a las dos preguntas. Creo que tú eres la causa y la cura —Boone deslizó un dedo a lo largo de los labios de Ana—. No puedo dejar de pensar en ti, Ana. Y te deseo constantemente.

—Siento que no duermas bien por mi culpa.

—¿De verdad?

—Bueno, reconozco que me halaga que no puedas dormir pensando en mí —dijo Ana, sonriente, mientras apagaba un hornillo—. La verdad es que yo también estoy nerviosa. No sé qué hacer —cerró los ojos cuando él apoyó las manos sobre sus hombros.

—Haz el amor conmigo —susurró Boone después de darle un beso en la nuca—. No te haré daño, Ana.

—Para es mí es un paso muy grande.

—Para mí también —repuso Boone mientras le giraba la cabeza con delicadeza—. No ha habido nadie importante para mí desde que Alice murió. Me he acostado con un par de mujeres, pero solo para satisfacer un vacío físico. No ha habido nadie con quien haya querido compartir mi tiempo y hablar. No sé cómo ha podido suceder tan rápido, pero lo que siento por ti es sincero y profundo. Espero que me creas —añadió, posando la boca sobre la de ella.

—Te creo —aseguró Ana.

—He estado pensando. Teniendo en cuenta que no puedo dormir, he tenido mucho tiempo para ello —dijo Boone mientras le acariciaba el pelo—. La otra noche me precipité, quizá hasta te asustaste.

—No —Ana se giró para llenar un frasco que ya tenía etiquetado—. Bueno, sí, supongo que me metiste un poco de prisa.

—No pretendía... —Boone suspiró—. Lo estoy haciendo lo mejor que puedo.

—Estás nervioso —dijo Ana mientras llenaba otra botella.

—Más bien aterrado —matizó él, algo disgustado por el pulso firme de Ana mientras vertía el líquido en su recipiente—. Fui brusco contigo, y no debería haberlo sido. Por muchas razones. Que no tengas experiencia solo es una de ellas.

—No fuiste brusco —Ana siguió trabajando para ocultar sus nervios. Mientras tuviera que concentrarse en lo que estaba haciendo, podría fingir estar calmada—. Eres un hombre apasionado. No tienes que disculparte por eso.

—Me disculpo por haberte presionado. Y por venir hoy con la intención de hablar relajadamente y, luego, volver a presionarte —dijo Boone mientras ella esbozaba una sonrisa coqueta—. Me había prometido no pedirte que te acostaras conmigo... aunque te deseo. Te iba a preguntar si te apetecía pasar algo de tiempo conmigo. Cenar juntos, salir, lo que haga la gente cuando intenta conocerse.

—Me gustaría cenar contigo, o salir, lo que sea.

—Bien —dijo Boone, satisfecho. La cosa no había sido tan difícil—. Quizá este fin de semana. El viernes por la noche. Necesito tiempo para encontrar una canguro de confianza.

—Creía que cocinarías para Jessie y para mí.

—¿Te apetece? —preguntó Boone, agradecido.

—Creo que me gustaría.

—Perfecto —le rodeó la cara con ambas manos y le dio un beso muy, muy dulce. Boone notó que algo se desgarraba en su interior—. Entonces, hasta el viernes.

—Yo llevaré el vino —se ofreció Ana, sonriente, a pesar de que se sentía como si un terremoto hubiese convulsionado su cuerpo.

—De acuerdo —quería besarla de nuevo, pero tenía miedo de espantarla—. Hasta entonces.

—Boone —lo llamó cuando este ya se marchaba—. ¿No querías azúcar?

—Te mentí —confesó él, sonriendo.

—¿No tienes que hacer galletas para los compañeros de Jessie?

—No, eso sí es verdad. Pero tengo azúcar de sobra. Oye, ha funcionado, ¿no? —concluyó Boone, para marcharse a continuación silbando.

6

—¿Por qué no ha venido Ana todavía?, ¿cuándo llega?

—Pronto —contestó Boone por enésima vez.

El pollo a la naranja olía muy bien, pero no estaba seguro del resultado. Había sido una tontería preparar una receta nueva, pero había supuesto que Ana se merecía un plato especial.

Jessie lo estaba volviendo loco, lo cual no era normal. Estaba entusiasmada con la idea de cenar con Ana, y no había parado de preguntar por ella desde que la había recogido del colegio.

Daisy había escogido esa tarde para mordisquear las almohadas de la cama de Boone, de modo que había perdido un tiempo precioso tirando plumas a la basura. La lavadora se había salido y había empapado el suelo, así que había abierto el aparato y lo había estado reparando.

Además, su agente lo había llamado para informarlo de que uno de los grandes estudios cinematográficos le había propuesto adaptar a dibujos animados El tercer deseo de Miranda.

En otro momento, habría sido una buena noticia, pero ahora suponía tener que organizar un viaje a Los Ángeles.

—¿Seguro que va a venir?, ¿seguro, papá?

—Jessica —el tono de voz bastó para que la niña se mordiera el labio inferior—. ¿Sabes lo que les pasa a las niñas pequeñas que no paran de preguntar lo mismo?

—No.

—Pues sigue así y lo descubrirás. Anda, asegúrate de que Daisy no se está comiendo los muebles.

—¿Estás enfadadísimo con Daisy?

—Sí, y ve a vigilarla, o me enfadaré también contigo —contestó Boone, con un tono de voz más suave—. Como me entere de que ha mordido algo más, os echo a la sartén y os como a las dos de cena.

Dos minutos después, Jessie empezó a gritar y Daisy a ladrar. Era evidente que se habían encontrado y estaban luchando. Ideal para calmar el dolor de cabeza, maldijo Boone.

Solo necesitaba una aspirina, un par de horas en silencio y unas vacaciones en el Caribe.

Estaba a punto de ir en busca de Jessie para estranglarla, cuando Ana llamó a la puerta.

—Hola, huele muy bien —dijo esta nada más entrar.

Eso esperaba. Estaba mucho más que guapa. Nunca la había visto con un vestido, y el modo en que le caía la seda realzaba sobremedida su despampanante cuerpo. Llevaba los hombros descubiertos, un collar con un amuleto de oro le caía justo entre los pechos. Llamaba la atención con su brillo e iba a juego con los pendientes que llevaba.

—Dijiste el viernes, ¿verdad? —preguntó Ana, al ver que Boone no reaccionaba.

—Sí, sí.

—Entonces, ¿puedo pasar?

—Sí, sí, perdón —¡Dios!, ¡estaba nervioso como un adolescente! No, ni siquiera en su adolescencia había estado tan nervioso nunca—. Estoy un poco distraído.

—Ya veo —dijo Ana al reparar en el caos de sartenes y cacerolas de la cocina—. ¿Necesitas ayuda?

—Creo que lo tengo todo bajo control —rehusó Boone. Aceptó la botella que Ana le ofrecía, la cual no llevaba etiqueta—. ¿Hecho en casa?

—Sí, es de mi padre. Tiene... —los ojos se le iluminaron—... un toque mágico.

—Vino del Castillo de los Donovan.

—Exacto —Ana prefirió dejarlo así ¿Nada de vasos de Bugs Bunny? —preguntó cuando él le ofreció una copa.

—Me temo que ha sufrido un accidente en el lavavajillas —contestó Boone mientras servía vino para los dos.

—Por los vecinos —brindó Ana, sonriente.

—Por las vecinas —dijo él, chocando su copa con la de ella—. Si todas fueran como tú, sería hombre muerto... La próxima vez tenemos que brindar por tu padre. Está delicioso —añadió después de probar el vino.

—Es una de sus aficiones.

—¿Que tiene?

—Manzanas, madreselva y luz de estrellas. Puedes darle tu opinión si quieres. Va a venir con el resto de la familia a pasar la noche de Halloween.

—¿Van a venir de Irlanda para Halloween?

—Suelen hacerlo. Es una especie de tradición familiar —Ana se acercó a la cazuela del pollo y olfateó—. Bueno, esto tiene que estar riquísimo.

—Esa es la idea —dijo Boone, que, incapaz de resistirse, le acarició un mechón—. ¿Recuerdas el cuento que te conté el día que Daisy te tiró al suelo? Me he sentido obligado a escribirlo. Tanto, que he dejado de lado lo que estaba haciendo.

—Era un cuento muy bonito.

—Normalmente, podría haber esperado. Pero necesito saber por qué había estado la mujer esperando tantos años dentro del castillo. ¿Había sido un maleficio, o se había refugiado por su propia voluntad?

—Eso lo tienes que decidir tú.

—No, eso lo tengo que descubrir.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó entonces, al fijarse en las manos de Boone.

—Me he raspado los nudillos —se encogió de hombros—. Mientras arreglaba la lavadora.

—Deberías haberme avisado para que te lo curara —Ana pasó los dedos sobre los nudillos de él—. ¿Te duele?

—No mucho... Yo siempre doy un beso en las heridas de Jessie para que se curen —dijo Boone.

—Un beso hace milagros —convino Ana. En efecto, agachó la cabeza y le besó los nudillos. Luego usó su don para asegurarse de que no le dolía mucho ni había riesgo de infección. Descubrió que la piel de los nudillos solo estaba irritada, pero que tenía una jaqueca inaguantable—. Has trabajado mucho, arreglando la casa, escribiendo tu cuento, preocupándote por si has hecho lo más conveniente para Jessie —añadió, sonriente.

—No creí que fuera tan transparente.

—No es tan difícil de ver —Ana colocó las manos en las sienes de Boone y comenzó a masajearlas—. Y te has tomado muchas molestias para prepararme esta cena.

—Quería...

—Lo sé —Ana se mantuvo firme mientras notaba en su propia cabeza el dolor de Boone, que iba aliviándose—. Gracias.

—Un placer.

Y se apoderó de su boca. Ana dejó caer las manos, las apoyó sobre los hombros de él. El dolor que le producía aquel contacto era muy peligroso... y tentador.

—Boone, nos estamos precipitando.

—No iremos más lejos hasta que tú lo digas —susurró él—. Pero no por eso voy a dejar de besarte cada vez que tenga la oportunidad.

—No sé si darte las gracias por eso o no. Sé que debería.

—No. No tienes que darme las gracias por esto ni porque te desee. Las cosas son como son. A veces pienso en Jessie, haciéndose mayor... Y sé que si algún hombre la forzara a hacer algo para lo que no estuviera preparada, tendría que matarlo —Boone dio un sorbo de vino y sonrió—. Y, por supuesto, si ella cree que estará preparada para algo de esto antes de cumplir... digamos los cuarenta, tendré que encerrarla en su habitación hasta que se le pase.

Ana se echó a reír y, entonces, se dio cuenta de que allí, pegada a Boone, estaba muy, muy cerca de enamorarse de él.

En cuanto lo estuviera, podría entregarse. Y no se le pasaría por más que la encerraran en su habitación.

—Hablas como un padre paranoico.

—La paranoia y la paternidad van de la mano. Créeme. Y si no, espera a que Morgana dé a luz. Nash empezará a pensar en seguros médicos e higiene bucodental. Un estornudo a medianoche le dará un susto de muerte.

—Morgana lo calmará. Un padre paranoico solo necesita una madre sensata para... —dejó la frase en el aire—. Lo siento.

—No importa. Es más fácil cuando la gente no se siente obligada a esquivar el tema. Alice murió hace cuatro años. Las heridas se curan, sobre todo, si tienes buenos recuerdos —Boone oyó los pasos de Jessie, que se acercaba corriendo—. Y una niña de seis años que te mantenga en forma.

En ese momento, Jessie entró en la cocina y se lanzó a los brazos de Ana.

—¡Has venido! Pensaba que no vendrías nunca.

—Claro que he venido. Nunca rechazo una invitación a cenar de mis vecinos favoritos.

Boone las miró y se dio cuenta de que su dolor de cabeza había desaparecido. ¡Qué raro!, pensó mientras empezaba a servir el pollo. Ni siquiera había llegado a tomarse una aspirina.

No había sido lo que pudiera decirse una velada romántica. Había encendido dos velas y había puesto algunas flores para decorar la mesa. Cenaron en el comedor, por cuya ancha ventana se podía oír la música del mar y el trino de los pájaros. La ambientación era perfecta.

Pero no hubo promesas ni secretos susurrados. Si no risas y la voz alegre de una niña. No hablaron de cómo iluminaban las velas la piel de Ana, sus ojos grises, sino de las clases de Jessie, de lo que Daisy había hecho aquel día y del cuento de hadas al que aún seguía dándole vueltas Boone.

Después de cenar y de que Jessie les contara todo sobre su nueva amiga Lydia, Ana anunció que ellas se ocupaban de fregar los platos.

—No, ya lo hago yo luego —Boone estaba muy a gusto en el comedor y recordaba el caos que reinaba en la cocina—. Los platos pueden esperar.

—Tú has cocinado —Ana ya se había levantado para recoger los platos—. Cuando mi padre cocina, mi madre friega. Y viceversa. Son las reglas de los Donovan. Además, la cocina es un buen sitio para hablar entre mujeres, ¿verdad, Jessie?

Jessie no sabía a qué se refería, pero la idea le gustó de inmediato.

—Puedo ayudar. Casi no rompo platos.

—Y los hombres no pueden entrar en la cocina mientras las mujeres hablan —prosiguió Ana, en tono conspirador—. Me parece que deberías sacar a pasear a Daisy por la playa —le sugirió a Boone.

—Yo no... ¿De verdad?

—De verdad. Y tómate tu tiempo. Jessie, el otro día, vi un vestido precioso. Era azul, igual que tus ojos, y tenía un lazo muy grande —Ana se detuvo y miró a Boone—. ¿Todavía sigues aquí?

—Ya me iba.

Mientras salía al crepúsculo de la noche, seguido por la juguetona Daisy, pudo oír las risas alegres de Jessie y Ana.

—Papá me ha dicho que naciste en un castillo.

—Sí, en Irlanda.

—¿Un castillo de verdad?

—De verdad. Un castillo junto al mar. Tiene torres, pasadizos secretos y puente levadizo.

—Como en los libros de papá.

—Muy parecido. Es un palacio mágico —dijo Ana, recordando las animadas conversaciones que mantenía con su familia en aquella enorme cocina—. Mi padre y sus hermanos nacieron allí, y mi abuelo y mi tatarabuelo y así durante generaciones y generaciones.

—Si yo naciera en un castillo, viviría allí siempre —aseguró Jessie mientras ayudaba a Ana con los platos—. ¿Por qué te fuiste?

—Sigue siendo mi casa, pero a veces tienes que marcharte, formar tu propio hogar.

—Como papá y yo.

—Exacto. ¿Te gusta vivir en Monterrey?

—Mucho. Mi abuela dice que me entrará morriña dentro de poco. ¿Qué es morriña?

—Nostalgia —contestó Ana—. Si algún día echas de menos Indiana, trata de recordar que el mejor sitio suele ser aquel en el que uno está.

—A mí me gusta estar con papá, aunque me llevara a la Conchinchina —Jessie tomó una cacerola y empezó a secarla—. La abuela Sawyer dice que papá me habría llevado hasta a la Conchinchina. ¿Es un lugar de verdad?

—Es una expresión para cuando te vas muy lejos. Tus abuelos te echan de menos, eso es todo, cielo.

—Yo también los echo de menos, pero hablo con ellos por teléfono y papá me ayudó a escribirles una carta en el ordenador. ¿Crees que podrías casarte con papá para que la abuela Sawyer dejara de atosigarlo?

—No... —respondió Ana, a la cual se le cayó la sartén que estaba enjabonando, de la sorpresa que se había llevado.

—Le he oído decir que la abuela Sawyer no deja de atosigarlo con que se case, para que no esté solo y yo no tenga que crecer sin una madre. Lo dijo como cuando yo hago algo mal o Daisy le muerde los zapatos o la almohada. Y dijo que se negaba a atarse solo para contentarla a ella.

—Ya veo...

—¿Crees que papá está solo? —le preguntó Jessie.

—No, no lo creo. Creo que es muy feliz contigo y con Daisy. Si decidiera casarse algún día, sería porque habría encontrado a alguien a quien los tres quisierais mucho.

—Yo te quiero.

—Y yo a ti, cielo —Ana se agachó y le dio un abrazo a la niña.

—¿Tú quieres a mi papá?

—Es diferente —contestó Ana con prudencia—. Cuando se es mayor, querer significa más cosas. Pero estoy muy contenta de que hayáis venido a vivir aquí y seamos todos amigos.

—Papá no ha invitado a cenar a ninguna otra mujer.

—Solo lleváis dos semanas aquí. Es poco tiempo.

—Quiero decir nunca. En Indiana tampoco. Por eso creía que te ibas a casar con él y a vivir con nosotros, para que la abuela Sawyer dejara de atosigarlo y yo no fuera una pobre niña sin mamá.

—No —Ana contuvo las ganas de reír—. Significa que nos caemos bien y nos apetecía cenar juntos... ¿Siempre cocina así? —preguntó después de mirar por la ventana y asegurarse de que Boone no estaba cerca.

—Siempre arma un lío muy grande y a veces dice esas palabras... Ya sabes.

—Sí.

—Las dice cuando tiene que limpiar. Y hoy estaba de mal humor porque Daisy le ha mordido la almohada y había plumas por todas partes y la lavadora se ha roto y quizá tenga que irse de viaje de negocios.

—Muchas cosas para un solo día —Ana se mordió un labio. No quería aprovecharse de la situación, pero tenía curiosidad—. ¿Se va a ir de viaje?

—Creo que a un sitio donde hacen películas, porque quieren hacer una con uno de sus cuentos.

—¡Qué bien!

—Tiene que pensárselo. Eso es lo que dice cuando no quiere decir sí, pero probablemente acabará haciéndolo.

En esta ocasión, Ana no se molestó en contener la risa.

—Está claro que lo conoces bien —comentó. Cuando terminaron de fregar, Jessie estaba bostezando.

—¿Quieres subir a ver mi habitación?

—Por supuesto, vamos.

Ya no había cajas por el suelo, advirtió Ana al salir de la cocina. Pasaron al salón, que daba a la terraza, por un lado, y a unas escaleras. Los muebles de la pieza parecían cómodos y resistentes, y tenían colores brillantes, para poder aguantar las manos y los pies de una niña activa.

No habría sobrado un ramo de flores en la ventana, pensó Ana. Ni velas aromáticas en la mesa. Quizá un par de cojines aquí y allá. Con todo, había objetos personales, fotografías enmarcadas, el reloj del abuelo, que le daban al salón un aire muy acogedor.

El hecho de que hubiera un poco de polvo sobre alguna estantería le daba un toque más hogareño incluso.

—Papá me ha dicho que cuando hayamos terminado de instalarnos podré elegir el papel de mi habitación —dijo Jessie una vez en la planta de arriba—. Papá duerme ahí. Tiene su propio cuarto de baño, con una bañera grande que hace burbujas. Yo uso el baño de aquí. Tiene bañera, dos lavabos y una cosa de esas pequeñas que parecen un retrete pero no lo es.

—¿Un bidé?

—Supongo. Papá dice que lo usan más las mujeres. Esta es mi habitación.

Estaba a la izquierda de la de Boone y era una auténtica delicia, toda de rosa y blanco, con la cama en el centro, varias estanterías llenas de muñecas y libros y juguetes brillantes, un armario con un espejo ovalado y un pupitre infantil, cubierto de lápices de colores.

En las paredes, había dibujos de varios cuentos: Cenicienta bajando las escaleras de un castillo reluciente, con un zapato de cristal en uno de los escalones; un elfo de uno de los cuentos de Boone y, para sorpresa de Ana, un dibujo de un cuento de su tía Bryna.

—Esto es de Las cuatro esferas doradas.

—La mujer que lo escribió se lo mandó a papá para mí cuando yo era pequeñita. Después de los de mi papá, sus cuentos son mis favoritos.

—No lo sabía —murmuró Ana, aún extrañada, pues era la primera vez que su tía le regalaba uno de sus dibujos a alguien que no pertenecía a la familia.

—Papá hizo el elfo —señaló Jessie—. Los demás los hizo mi mamá.

—Son preciosos —aseguró Ana.

—Los dibujó para mí cuando era un bebé. La abuela dice que papá debía guardarlos para que no me pusiera triste. Pero no me ponen triste. Me gusta mirarlos.

—Tienes mucha suerte por poder recordar a tu mamá con unos dibujos tan bonitos.

—También tengo muñecas, pero no juego mucho con ellas —Jessie se frotó los ojos y contuvo un bostezo—. ¿Te gusta mi habitación?

—Es preciosa Jessie.

—Puedo ver el agua y tu jardín desde la ventana —dijo la niña, corriendo las cortinas para enseñarle la vista a Ana—. Y esa es la cama de Daisy, aunque ella prefiere dormir conmigo —añadió, apuntando hacia una cama de mimbre con un cojín rosa.

—Quizá podrías tumbarte hasta que Daisy vuelva.

—Quizá —Jessie miró a Ana con desconfianza—. En realidad no estoy cansada. ¿Te sabes algún cuento?

—Seguro que se me ocurre alguno —repuso Ana mientras la niña se sentaba en la cama—. ¿Qué clase de cuentos te gusta?

—Los de magia.

—Los mejores —Ana pensó unos segundos, sonrió y empezó a hablar—. Irlanda es un país viejo. Y está lleno de lugares secretos, colinas oscuras y campos verdes, agua tan azul que duele mirarla durante mucho tiempo. La magia reina allí desde hace siglos, y sigue siendo un lugar seguro para las hadas, los elfos y las brujas.

—¿Para las brujas buenas o las malas?

—Para las dos, pero siempre ha habido más buenas que malas.

—Las buenas brujas son guapas —dijo Jessie mientras le acariciaba un brazo a Ana—. Por eso las puedes distinguir. ¿Es un cuento sobre una bruja buena?

—Sí. Una bruja muy buena y muy guapa. Y de un brujo muy bueno y muy guapo también —contestó Ana—. Un día, hace no muchos años, una brujita bonita viajó con sus dos hermanas para visitar a su abuelo. Era un brujo muy poderoso, pero se había hecho mayor y se aburría. A poca distancia de la casa donde vivía, había un castillo en el que vivían tres hermanos. Eran trillizos y también eran brujos. Durante años y años, el brujo viejo y la familia de los tres hermanos habían sido enemigos. Nadie recordaba ya por qué se habían enfadado, pero las familias de unos y otros no se habían hablado durante toda una generación. Pero la brujita, además de guapa, tenía mucho carácter y era muy curiosa. Así que un día de verano salió de la casa de su abuelo y recorrió el campo hasta llegar al castillo del enemigo de su abuelo. En medio del camino había un estanque, donde se detuvo para refrescarse los pies y contemplar el castillo desde la distancia. Mientras estaba sentada, un sapo se acercó a ella y se puso a hablarle.

—¿Por qué paseas por mi territorio? —le preguntó el sapo.

—¿Tu territorio? —respondió la brujita, a la que no la extrañó nada que el sapo pudiera hablar—. Los sapos deben estar en el agua. Yo camino por donde quiero.

—Pero tienes los pies en mi agua. Tienes que pagarme una multa.

—Yo no le pago nada a un simple sapo —contestó la brujita riéndose.

—No quiero dinero —dijo el sapo, sorprendido por la actitud de la brujita. Después de todo, no era normal que los sapos hablaran. Le explicó que no era un sapo normal y que, en realidad, lo que quería era que la brujita le diese un beso. Esta dijo que no creía que fuera a convertirse en un apuesto príncipe y que

se negaba a besarlo, así que el sapo, desilusionado, realizó un conjuro y el viento empezó a soplar. Pero la brujita se limitó a bostezar y acabó tirando al sapo al río. Cuando salió a la superficie, se había convertido en un hombre joven, que estaba muy furioso por la falta de respeto de la brujita. Nadó hasta la orilla y, como era su tierra y su agua, tenía derecho a besarla. Y la besó... De pronto, el enfado se le pasó, y el calor que sentía en el pecho se transformó en amor. Y como también la brujita se enamoró del príncipe, se casaron y fueron felices para siempre.

Ana arrojó a Jessie, que se había quedado dormida a la mitad del cuento. Al darse la vuelta, descubrió que Boone la había estado escuchando.

—Un cuento muy bueno para una aficionada.

—Me lo contaron mis padres —dijo Ana, recordando la cantidad de veces que su padre le había contado cómo había conocido a su madre.

—Ten cuidado, podría robártelo —bromeó Boone mientras Daisy se tumbaba junto a Jessie.

—¿Te ha gustado el paseo?

—Sí, aunque al principio me sentía culpable por dejarlos con los platos —respondió Boone. Luego le dio un beso de buenas noches a Jessie—. Una de las cosas más envidiables de los niños es poder quedarse dormidos de esta manera.

—¿Sigues con problemas?

—Tengo muchas cosas en la cabeza —Boone tomó una mano de Ana y la sacó de la habitación, dejando la puerta abierta, como siempre hacía—. A ti sobre todo, pero hay otros temas.

—Boone, de verdad, podría darte unas hierbas que...

—Preferiría que me dieras sexo.

—No me tomas en serio —protestó Ana, ruborizada, mientras bajaban las escaleras.

—Al contrario.

—Me refiero como herbolaria.

—No entiendo de eso —contestó él, al tiempo que salían al porche—. ¿Cómo te metiste en algo así?

—Siempre me ha interesado. En mi familia ha habido curanderos durante generaciones.

—¿Médicos?

—No exactamente.

—O sea, que no querías ser doctora —dijo Boone, ya en la cocina, mientras servía vino para los dos.

—No me sentía capacitada para serlo.

—¡Qué raro que digas eso, siendo una mujer moderna e independiente!

—Lo uno no tiene que ver con lo otro —replicó Ana—. Yo procuro ayudar a los que me rodean, aunque no siempre es posible. Y me gusta trabajar sola.

—A mí también. Mis padres creían que estaba loco, no se explicaban que me pasara tanto tiempo escribiendo. Y mucho menos cuentos de hadas.

—Seguro que ahora están orgullosos de ti.

—A su manera. Son buenas personas —dijo Boone, que se dio cuenta de que nunca había hablado de ellos con nadie hasta ese momento—. Siempre me han querido mucho. Y adoran a Jessie. Pero les cuesta comprender que yo no quiero las mismas cosas que ellos: una casa en un barrio residencial, un partido de golf y una esposa que cuide de mí.

—Eso no tiene nada de malo.

—Lo sé, pero ya tuve la casa y la esposa. Y prefiero alejarme de ellos para no tener que estar convenciéndolos todo el tiempo de que estoy contento con mi vida tal y como es —Boone le acarició un mechón de pelo—. ¿No te pasa lo mismo con tus padres?, ¿no te atosigan para que te cases con un hombre joven y guapo y crees una familia?

—No, mis padres son muy comprensivos —respondió ella, sonriente—. Me dejan que tome mis decisiones... No me habías dicho que tenías un dibujo de mi tía Bryna, por cierto.

—Cuando me contaste que eras sobrina de ella, estabas dispuesta a mordirme y escupirme luego. No me pareció oportuno.

—Pues está claro que tiene un gran concepto de ti. Solo le ha dado uno a Nash, y después de que se casara con Morgana.

—¿Sí? Se lo restregaré la próxima vez que lo vea —Boone le acarició una mejilla—. Hace mucho que no me siento en un porche y beso a una mujer. Me pregunto si habré perdido práctica.

Y le rozó los labios una, dos, tres veces, hasta que Ana entreabrió la boca y le dio la bienvenida. Boone le quitó de la mano la copa de vino, introdujo la lengua con suavidad y la saboreó.

Era una sensación cálida, tentadora, excitante y relajante al mismo tiempo. Una mezcla de fuego y placidez que le permitía controlar sus instintos más primitivos. Si todavía no podía entregarse a ella a fondo, al menos le daría todo su cariño y su ternura.

Ana jamás había imaginado que ningún hombre fuera a abrazarla de ese modo. Notaba la lengua de Boone entre los labios, sus manos por su cuerpo. Ana arqueó la espalda ofreciéndose, invitándolo a que siguiera adelante y él supo que se estaba rindiendo. Continuó acariciándolo, a sabiendas de que podría perder el control y el corazón de Ana se aceleró...

Era una tortura no satisfacer lo que ambos sentían, no bajarle el vestido y darse un festín con sus pechos. Al notar que se le habían endurecido los pezones, gimió y volvió a apoderarse de su boca.

La besó con avidez, desesperadamente. Y también ella lo acarició con urgencia. Sabía que ya no había marcha atrás. No harían el amor en ese momento, allí, en un porche y bajo la ventana de Jessie, que podría despertarse y buscar a su padre a medianoche.

Pero se había enamorado. Eso ya no podría cambiarlo, como no podía cambiar la sangre que corría por sus venas.

Y por eso, pronto, muy pronto, llegaría el momento en que le entregaría lo que no le había dado a ningún otro hombre.

—No tienes ni idea de lo que me estás haciendo —susurró Ana por fin, escondiendo la cara sobre el pecho de él.

—Entonces, cuéntamelo —repuso Boone mientras le mordisqueaba el lóbulo de una oreja—. Quiero oírtelo decir.

—Te deseo —murmuró ella—. Pero me asusta no dominar la intensidad de mis sentimientos.

—A mí me pasa lo mismo —repuso Boone, jadeante—. Y no puedo negar que quiero llevarte a mi cama tanto como quiero seguir respirando.

—¿Crees en lo inevitable, Boone?

—Sí.

—Yo también. Creo en el destino y en los caprichos de los hados. Cuando te miro, veo lo inevitable —Ana se levantó y puso una mano sobre el hombro de él, para que este no se pusiera de pie—. ¿Puedes aceptar que tengo secretos que no puedo contarte?, ¿que hay partes de mí que no compartiré? No me respondas ahora. Necesitas pensártelo con detenimiento. Igual que yo —añadió ante la expresión perpleja de Boone.

Luego se agachó para darle un beso y absorbió las preocupaciones de él.

—Que duermas bien —le dijo, segura de que esa noche sí lo conseguiría. Y de que ella no pegaría ojo.

7

El único regalo que Ana se hacía por su cumpleaños era darse el día libre. Podía holgazanear cuanto quisiera, despertarse temprano y desayunar un helado o quedarse en la cama hasta las tantas, viendo películas en la televisión.

En esa ocasión, se levantó temprano, se dio un baño de agua caliente, con aceites aromáticos y diversas hierbas con propiedades relajantes. Además, se puso una máscara facial y disfrutó del baño mientras oía música y bebía un zumo.

Después de lavarse la cabeza con un champú de camomila, se cubrió el cuerpo con una bata sedosa de color crema.

Al regresar al dormitorio, consideró la posibilidad de volver a meterse en la cama, pero, en el centro de la pieza, donde no había habido más que una alfombra al irse al baño, encontró un cofre de madera, reluciente como si fuera un espejo.

Era antiguo, muy antiguo, y le había gustado desde que era pequeña y vivía en el Castillo de los Donovan. La leyenda decía que había estado en Camelot, en los tiempos de Merlín y Arturo.

Se echó a reír de felicidad. Siempre conseguían sorprenderla, pensó Ana. Sus padres, sus tíos y tías siempre encontraban un regalo especial para ella.

Ahora le habían mandado el cofre desde Irlanda, uniendo los poderes sobrenaturales de los seis brujos. Habían atravesado el aire y el tiempo, mediante métodos que nada tenían que ver con el correo convencional.

Corrió el pestillo del cofre y aspiró una fragancia seca, aromática, como de pétalos y cenizas de una hoguera para un hechizo nocturno.

Notaba un poder sobrenatural, así que se arrodilló y pronunció unas palabras en una lengua antigua, la de los Hombres Sabios. El viento ahuecó las cortinas, el aire cantó, sonaron las cuerdas de un arpa y, de pronto, se hizo el silencio.

En el interior del cofre había un amuleto rojo y verde que había pertenecido a la familia de su madre desde hacía muchas generaciones. Era una piedra de gran poder curativo. Las lágrimas se le agolparon en los ojos. Aquel amuleto solo cambiaba de manos una vez cada cincuenta años y ahora se lo habían cedido a ella.

Era su legado, pensó mientras lo acariciaba. Luego lo devolvió al cofre y vio el siguiente regalo. Era una bola transparente con la que podía mirar el universo, de lo que dedujo que se la habían mandado los padres de Sebastian. Y al lado había una piel de oveja con un cuento inscrito en una lengua antigua, obsequio de tía Bryna y tío Matthew.

Ana sabía que el amuleto era de su madre y que también su padre le habría buscado algo especial. Lo encontró y se echó a reír: era un sapo, más pequeño que una uña, esculpido en jade.

—Típico de ti, papá —musitó Ana, sonriente. Lo guardó, cerró el cofre y se puso de pie. Seguro que en Irlanda había seis personas esperando a que llamara para saber si le habían gustado los regalos.

De camino al teléfono, oyó que llamaban a la puerta. El corazón le dio un vuelco, luego se tranquilizó. Irlanda tendría que esperar.

Boone llevaba el regalo en la espalda. Tenían otro en casa, que había elegido con Jessie, pero ese quería dárselo él. A solas.

La oyó ir hacia la puerta y sonrió. Luego, al verla, se quedó sin palabras: estaba radiante, con el pelo suelto cayéndole sobre una bata. Los ojos parecían más profundos. ¿Cómo era posible que fuesen claros como el agua y, sin embargo, que parecieran ocultar un millar de secretos?

—¿Estás bien, Boone? —le preguntó Ana entre risas.

—Sí, sí —contestó él, medio hipnotizado—. ¿Te he despertado?

—No —respondió ella mientras se apartaba para dejarlo pasar—. Llevo un rato levantada. Pero estoy vagueando... ¿No entras? —añadió, al ver que seguía quieto.

—Sí, claro —Boone aceptó la invitación, pero guardando las distancias con cuidado.

Había hecho un gran esfuerzo durante las dos semanas anteriores, resistiendo la tentación de verse a solas con ella demasiado a menudo y, en tales ocasiones, hablando de cualquier cosa.

Le había costado contenerse, pero ahora, delante de Ana, estando su casa vacía, con aquel misterioso perfume perturbándole los sentidos, resultaba una tortura.

—¿Te pasa algo? —preguntó ella, aunque sabía a qué se debía el azoro de Boone.

—No... ¿qué tal estás?

—Bien —Ana esbozó una amplia sonrisa—. Iba a prepararme un té. ¿Me acompañas?

—Perfecto —aceptó Boone, que aún no acertaba a articular dos palabras seguidas. La siguió a la cocina y, cuando Ana se agachó para acariciar a Quigley, la bata se abrió ligeramente, dejando al descubierto buena parte de una de sus piernas.

—¿Que tal el hisopo?

—Eh...

—El esqueje que te di para que lo plantaras en tu jardín —le recordó Ana.

—Ah, eso. Muy bien, estupendo.

—Tengo algo de tomillo en el invernadero. Quizá te apetezca llevarte un poco. Lo puedes poner en la ventana y luego usarlo para cocinar —dijo ella cuando la tetera comenzó a pitar.

—Buena idea —contestó Boone, algo más calmado. Jamás había imaginado que pudiera ser tan seductor observar a una mujer preparando una taza de té—. Jessie no para de mirar las semillas de caléndula que le diste.

—Que no las riegue demasiado... ¿Y bien?

—¿Qué?

—¿Me vas a enseñar lo que tienes en la espalda o no? —le preguntó Ana, sonriendo.

—No puedo engañarte, ¿eh? —Boone sacó una caja envuelta en papel de regalo—. Feliz cumpleaños.

—¿Cómo lo has sabido?

—Me lo dijo Nash. ¿No vas a abrirlo?

—Por supuesto que sí —Ana rasgó el papel y vio una cajita con el logo de la tienda de Morgana—. Excelente elección. No creo que te hayas equivocado comprándome algo en Hechicera —luego abrió la caja y exhaló un delicado suspiro al ver la exquisita estatua de una sacerdotisa, tallada en ámbar.

—¿Te gusta?

—Es preciosa. De verdad.

—Pasé por la tienda la semana pasada y Morgana acababa de recibirla. Me acordé de ti y...

—Gracias —Ana le hizo una caricia en la cara—. No podías haber encontrado nada mejor.

Luego le rozó los labios. Sabía perfectamente lo que estaba haciendo, así como sabía que Boone estaba haciendo un gran esfuerzo para no perder el control.

Pero ya no tenían por qué seguir conteniéndose. Ana se había estado preparando para ese momento, para seducir a Boone y entregarle su virginidad.

—Ana...

—¡Chiss! —le puso un dedo en los labios y luego posó la boca sobre la de Boone—. Bésame.

¿Cómo no iba a besarla si se lo imploraba con tanta dulzura? Puso las manos en sendas mejillas de Ana, asegurándose de que no la apretaba demasiado fuerte... y el teléfono sonó.

—Será mejor que me vaya —murmuró Boone, entre frustrado y aliviado.

—No —repuso ella, sonriendo—. Quédate, por favor. ¿Por qué no sirves el té mientras yo contesto?

Servir el té, pensó él. Tendría suerte si lograba levantar la tetera, de tanto como le temblaba el pulso.

—¡Mamá! —exclamó Ana tras descolgar el auricular de la pared—. Gracias, gracias a todos. Sí, me ha llegado esta mañana. Una sorpresa estupenda... Claro, sí, sí, estoy bien... Papá, claro que sé lo que significa el sapo. Me encanta. Y te quiero. No, lo prefiero a uno de verdad, gracias... ¿Tía Bryna? Es un cuento precioso. Sí, estoy bien. Morgana también, y los gemelos. No mucho ya. Estaréis para cuando llegue el momento —fue diciendo entre risas.

Mientras tanto, Boone daba vueltas por la cocina. Le había entregado una taza a Ana y daba sorbos a un té que estaba delicioso. Se preguntó qué diablos le habría puesto, qué diablos estaba haciendo con él esa mujer.

Podía manejar la situación, se recordó. Se tomarían una taza de té, sin ponerle la mano encima, y luego se escaparía y se refugiaría en el trabajo durante el resto del día para no pensar en ella.

—Sí, yo también te echo de menos. A todos. Nos vemos en un par de semanas. Un beso —se despidió Ana—. Mi familia —le dijo a Boone después de colgar.

—Ya imaginaba.

—Me han mandado un cofre con regalos esta mañana y no había tenido la oportunidad de llamarlos para darles las gracias.

—¡Qué detalle! Mira, creo que... ¿esta mañana? —preguntó él con el ceño fruncido—. No he visto ningún camión de Correos.

—Ha venido muy temprano... Correo especial, digamos. Están deseando venir a finales de mes.

—Te alegrarás de verlos.

—Siempre me alegra. Vinieron un par, de días en verano, pero con la emoción de la boda de Sebastian y Mel, no tuvimos mucho tiempo para charlar tranquilamente —Ana abrió la puerta y dejó que Quigley saliera de la cocina—. ¿Quieres más té?

—No, gracias. Creo que me voy. Tengo que trabajar —rehusó Boone, camino de la salida—. Feliz cumpleaños, Ana.

—Boone, todos los años me hago un regalo por mi cumpleaños —dijo ella, colocando una mano en el hombro izquierdo de él—. Un día para hacer lo que quiera. Lo que me apetezca. Y he elegido estar contigo. Si todavía lo deseas.

Boone no comprendía cómo podía estar tan tranquila. Era como si le estuviera hablando del tiempo.

—Sabes que te deseo.

—Lo sé —Ana dio un paso hacia adelante, sonriente, y él dio uno hacia atrás. ¿Sería eso la seducción?, se preguntó ella—. Se nota cuando te miro, lo noto cuando me tocas. Has tenido mucha paciencia, has sido muy amable. Has cumplido tu promesa de que no pasaría nada entre nosotros hasta que yo lo decidiera.

—Hago lo que puedo —comentó Boone, dando un nuevo paso hacia atrás—. Pero no es fácil.

—Para mí tampoco —Ana se quedó quieta—. Solo tienes que aceptarme, aceptar que estoy dispuesta a darte todo lo que puedo. Conformarte con eso.

—¿Qué me estás pidiendo?

—Que seas mi primer hombre —dijo ella sin rodeos—. Que me enseñes qué es hacer el amor.

—¿Estás segura? —le preguntó Boone, acariciándole un mechón de pelo.

—Del todo —Ana le tendió una mano—. ¿Me llevas a la cama y me haces el amor?

¿Cómo responder? No había palabras para describir lo que estaba sintiendo en ese momento. Así que no gastó saliva y se limitó a levantarla en brazos.

La llevó como si fuera la sacerdotisa de ámbar que le había regalado. De hecho, Ana estaba rodeada de cierta aura mágica y poderosa, aunque también había fragilidad en el hecho de que aún fuera virgen.

Mientras subía las escaleras, el pulso se le aceleró de temor y anhelo al mismo tiempo.

Habría preferido que hubiera sido de noche, con la luz de la luna filtrándose por la ventana y una suave música acariciándoles los oídos. Por otra parte, algo le decía que lo correcto era hacerlo por la mañana, estando el sol en lo alto, el cielo azul, acompañados por los trinos de los pájaros.

—¿Por dónde? —preguntó.

Ana señaló hacia su habitación. Olía a ella, era una mezcla de fragancia femenina y perfumes diversos, que no podía identificar. El sol entraba por la ventana e iluminaba la cama y los objetos cristalinos que decoraban el dormitorio, los cuales despedían rayos de arco iris.

Era una tontería estar nerviosa, se dijo Ana mientras Boone la posaba en la cama. Pero las manos le temblaron cuando se abrazó a él. Quería que sucediese. Quería a Boone. Pero la calma de segundos atrás había desaparecido de repente.

Boone veía la ansiedad en los ojos de Ana, reflejo de la que él mismo sentía. Era tan frágil y deliciosa. Lo había elegido a él y Boone sabía que debía mostrarse tierno.

—Anastasia —susurró mientras le daba un beso en una mano—. No te voy a hacer daño. Te lo juro.

—Lo sé —enlazó los dedos y deseó estar segura de si el temor que sentía se debía a la relevancia de aquel primer encuentro íntimo o a la profundidad de sus sentimientos hacia Boone.

Este se agachó para besarla en la boca. Un contacto ligero y provocador que detuvo el tiempo y suspendió los relojes. Luego le rozó el cabello, deslizando la mano por su larga melena, extendida sobre la almohada como hilos de oro.

Separó los labios para ir besándole la nariz, las mejillas, el cuello, hasta que Ana fue rindiéndose al placer de aquel ritmo lento, de aquella voluptuosidad tan gratificante.

Lo oyó decir piropos, pronunciar promesas con un tono de voz ronco y seductor, que la hizo sonreír justo antes de que sus bocas volvieran a juntarse.

Debía haber imaginado que sería así de bonito. Boone la hacía sentirse amada, idolatrada, segura. No le importó que le bajara la bata lo justo para besarle los hombros. De hecho, ansiosa por sentir la piel de Boone, estiró las manos para deshacerse de la camisa que le cubría el pecho y la espalda.

Sentir las caricias de Ana lo hizo gemir de excitación, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no abanzarse sobre ella con urgencia.

Abrió la bata de Ana, cuya piel suave y fragante era una incitación irresistible. Cerró entonces la boca sobre sus pechos y usó la lengua y los labios con habilidad para proporcionarle más y más placer.

Pero, ¿cómo adivinar dónde tocarla, dónde saborear para estremecerla? Y, sin embargo, la intuición lo guiaba con acierto, sugería caricias y susurros mientras el aire se cargaba con la fragancia de los aceites aromáticos, las sábanas se iban calentando y los cuerpos se humedecían de pasión.

Ana tenía los ojos cerrados, estaba flotando en ese espacio mágico que habían creado entre los dos, y su respiración se entrecortaba segundo a segundo...

De pronto notó una llamarada de calor en su interior, seguida de un espasmo de placer que la dejó aturdida y extática.

—No. Boone, no...

—Ana, cariño —la llamó él con suavidad—. No tengas miedo.

—Sí... —Ana lo abrazó con fuerza y sintió los latidos de Boone—. Enséñame más.

De modo que le quitó la bata del todo y la contempló desnuda a la luz del sol. Ana había abierto los ojos y lo estaba mirando con ardor, entregada a él con una confianza conmovedora.

Y le enseñó más.

Los temores se disiparon. No hubo lugar para ellos con el alud de emociones que experimentó. Y cuando volvió a elevarla a las cotas más altas del placer, Ana disfrutó de aquella explosión de calor.

Boone seguía conteniéndose, asombrado por la sensibilidad de Ana, que respondía a cada roce y cada beso con gemidos tórridos y caricias suplicantes. Había llegado el momento. Contuvo la respiración, con la sangre palpitándole en las sienes, la penetró y la abrazó después de que ella gritara... consciente de que tendría que parar, por más que su cuerpo quisiera consumir el acto, si Ana se lo pedía.

Pero ella se limitó a susurrar su nombre mientras se aferraba a él. La punzada de dolor había dado paso a un placer más intenso, con el que jamás había soñado siquiera.

Y se movió contra Boone, dejándose llevar por un instinto viejo como el tiempo.

Él se hundió más y más, colmándola, empujándola hacia el desbordamiento final, hasta que ambos gritaron y Boone cayó sobre ella y escondió la cara en su cabello, sin dejar de abrazarla.

Miró el baile de luz en la pared, escuchó la respiración serena de Ana, que yacía a su lado, abrazándolo, acariciándole el pelo con las manos.

No había pensado que pudiera ser tan fantástico. Había estado con otras mujeres antes, había amado a Alice con todo su corazón, pero esta unión había sido superior a cualquier otra.

Le dio un beso en un hombro y se incorporó para mirarla a la cara. Tenía los ojos cerrados, estaba sofocada y relajada. Se preguntó si Ana era consciente de cómo había cambiado la relación entre ellos esa mañana.

—¿Estás bien?

Ana negó con la cabeza, despertando una momentánea inquietud en él.

—Bien es poco —respondió por fin—. Estoy sensacional. Tú eres sensacional. Esto es sensacional —añadió sonriendo.

—Creo que nunca había estado tan preocupado —confesó Boone mientras le daba un beso fugaz en los labios—. ¿No te arrepientes?

—¿Parezco arrepentida? —Ana enarcó una ceja.

—No —dijo él mientras le acariciaba la cara con un dedo—. Pareces complacida —añadió con satisfacción.

—Me siento muy complacida. Y adormilada —dijo ella mientras estiraba los brazos.

—Feliz cumpleaños.

—Ha sido el regalo más precioso que jamás he tenido.

—Lo bueno es que lo puedes disfrutar una y otra vez.

—Mejor aún —Ana sonrió—. Has sido muy bueno conmigo, Boone —añadió con solemnidad.

—Yo no lo consideraría un acto altruista. He deseado que llegara este momento desde la primera vez que te vi.

—Lo sé. Me asustaba... y me excitaba al mismo tiempo —Ana posó la mano sobre el pecho de él y deseó que pudieran permanecer así el resto de sus vidas.

—Esto cambia las cosas.

—Solo si tú quieres.

—Y quiero —Boone la miró de frente y habló con suavidad y seriedad a la vez—. Quiero que formes parte de mi vida. Quiero estar contigo cuanto más mejor... y no solo en la cama.

—Ya formo parte de tu vida —respondió Ana. Pero no podía abrirse a él del todo, hablarle de su legado.

—¿Pero? —preguntó Boone, que advirtió cierto temor en los ojos de ella.

—Nada de peros —se apresuró a responder Ana, al tiempo que lo abrazaba. Luego lo besó y supo que lo estaba engañando para ocultarle parte de su personalidad—. Estaré aquí para ti siempre que quieras, te lo prometo.

Boone estaba desconcertado. ¿Cómo podía haberse enamorado de ella por haberle hecho el amor una vez? Todo había sucedido muy rápido. Tenía que tener cuidado. Además, no podía olvidarse de Jessie...

Lo que ocurriera con Ana afectaría a su hija. De modo que no podía equivocarse, actuar llevado por un impulso. No debía comprometerse hasta no estar seguro de lo que hacía.

—Iremos despacio —propuso Boone—. Pero si llama otro hombre a tu puerta pidiéndote una taza de azúcar...

—Lo echaré a patadas —Ana rió—. No habrá otros hombres. Tú me haces feliz.

—Puedo hacerte más feliz.

—¿Ah, sí? —repuso ella con voz pícaro.

—No en ese sentido —contestó Boone, halagado—. No ahora mismo, por lo menos. Estaba pensando en prepararte algo de comer mientras tú haces el vago en la cama y me esperas. Ya haremos luego el amor otra vez, y otra...

—¿Por qué no lo hacemos al revés? Tú me esperas y yo preparo la comida —repuso Ana, cuya cocina tenía muchas botellas con líquidos y hierbas que Boone podía confundir y usar equivocadamente.

—Es tu cumpleaños —objetó él.

—Exacto —Ana le dio un beso antes de salir de la cama—. Y por eso hago todo como yo quiero. No tardaré mucho.

Tampoco era un mal trato, se dijo Boone mientras descansaba sobre el colchón, con las manos bajo la nuca.

Ana se ajustó la bata mientras bajaba a la cocina. El amor hacía cosas increíbles al corazón, pensó. Era mejor que cualquier poción que pudiera preparar. Quizá más adelante, cuando hubiera amor suficiente, podría entregarse a Boone por completo.

Porque Boone no era Robert. Hasta se avergonzaba de haberlos comparado. Pero no quería volver a sufrir, el riesgo era muy grande y estaba siendo un día maravilloso.

Optó por unos sándwiches. No era lo más distinguido, pero resultaban perfectos para comer en la cama. Unos sándwiches y vino de la cosecha de su padre. Abrió la nevera, cubierta por dibujos de Jessie, y oyó a Morgana al otro lado del cristal de la puerta.

—Ni siquiera está vestida —dijo esta—. Ya me lo imaginaba.

Ana se dio media vuelta y vio que no solo estaba su prima, sino también Nash, y Sebastian y Mel.

—Hola —los saludó sin poder evitar ruborizarse—. No os he oído llegar.

—Claro, como es tu cumpleaños y solo piensas en ti... —la provocó Sebastian en broma.

Uno tras otro la felicitaron y abrazaron, al tiempo que le llenaban las manos de regalos.

—Busca unas copas, Mel. Que empiece la fiesta —dijo Nash mientras abría una botella de champán—. Tú tomarás zumo de manzana, cariño —añadió, guiñándole un ojo a Morgana.

—Estoy demasiado gorda para discutir —se resignó esta—. Bueno, ¿has tenido noticias de Irlanda?

—Sí, me ha llegado un cofre esta mañana. Es fantástico... Las copas están en aquel armario

—le indicó Ana a Mel—. Con regalos dentro. He hablado con ellos... Oye, tengo que...

—Estrenar la botella —completó Sebastian—. Anastasia, cariño, estás radiante. Los veintisiete te sientan de maravilla.

—Os agradezco muchísimo que hayáis venido —dijo Ana, ruborizada—. Pero, ¿podéis disculparme un minuto?

—No hace falta que te vistas. Estamos en familia —respondió Nash—. Y es verdad, estás preciosa.

—Ya, pero tengo que...

—Ana, tengo una idea mejor —la voz de Boone hizo callar a todos—. ¿Por qué no...? —se quedó de piedra al entrar en la cocina, sin camisa y descalzo, y encontrarse con toda la familia de ella.

—¡Ahí va! —exclamó Mel.

—¿Visitando a la vecina? —preguntó Sebastian.

—Cállate —le ordenó Morgana a su primo—. Parece que os hemos interrumpido.

—Lo habríamos hecho si hubiésemos llegado un poco antes —susurró Nash al oído de Mel.

—Mi familia me ha organizado una fiesta —le dijo Ana a Boone—. Parece que les hace mucha gracia que tenga una vida privada... aunque no sea asunto suyo.

—Siempre refunfuña cuando la sacas de la cama —comentó Sebastian, resignado a aceptar la presencia de Boone—. Mel, parece que hace falta otra copa de champán.

—Ya la he llenado —se adelantó ella, al tiempo que se la ofrecía a Boone—. Si no puedes con ellos...

—Está claro, me uno —Boone dio un sorbo y suspiró. Era obvio que tendría que cambiar los planes para el resto del día—. ¿Alguien ha traído una tarta?

Morgana rió y apuntó hacia una caja.

—Nash, acércale un cuchillo a Ana para que corte el primer trozo. Creo que nos ahorraremos lo de las velas —dijo con una sonrisa pícar—. Parece que su deseo ya se ha cumplido.

8

Ana estaba demasiado acostumbrada a su familia para enfadarse o sentirse violenta durante mucho tiempo. Y estaba feliz junto a Boone. Con el paso de los días, ambos avanzaban despacio, con cautela, hacia la cimentación de su relación de pareja.

Si se había entregado a él en cuerpo y alma, todavía no le había confiado sus secretos.

Por su parte, aunque los sentimientos de Boone hacia ella habían madurado, floreciendo en un amor que no imaginaba que podría volver a sentir, quería tomar tantas precauciones como Ana antes de dar el paso final que uniría sus vidas.

No podían olvidarse de Jessie, cuyas necesidades debían anteponer a sus propios deseos.

Si durante el día le robaban horas a la mañana o a la tarde para estar juntos, por la noche dormían cada uno en su casa. Ana se preguntaba cuánto tiempo duraría ese mágico interludio.

La noche de Halloween se acercaba cada vez más. La idea de presentar a Boone a toda su familia la ponía nerviosa.

La mañana del treinta y uno se fue a casa de Morgana, para ayudarla con los preparativos de la cena de Halloween.

—Podía haberle pedido a Nash que cocinara —comentó Morgana mientras se echaba la mano a su dolorida espalda.

—Podías pedirle cualquier cosa —dijo Ana, que estaba troceando cordero para el tradicional estofado irlandés—. Pero está tan entretenido preparando los efectos especiales, que es una lástima distraerlo.

—Se creará que puede superar la magia de los profesio...

—¿Estás bien? —le preguntó Ana al ver la cara crispada de su prima.

—Tranquila, todavía no estoy de parto. Aunque ya me gustaría. Estoy tan incómoda —dijo Morgana—. Soy una llorica —añadió sonriente.

—Puedes lloriquear lo que quieras. Toma, bébete esto —Ana, siempre preparada, vertió un líquido en una taza.

—Si sigo bebiendo y comiendo, explotaré —repuso Morgana después de obedecer—. Anda, cuéntame algo que me distraiga. Estoy harta de pensar en lo gorda y gruñona que estoy.

—No estás gorda, y solo estás un poco gruñona —dijo Ana—. ¿Sabías que Sebastian y Mel están trabajando juntos en otro caso? —añadió para distraer a su prima.

—No —contestó esta con interés—. Me sorprende. A Mel le gusta mucho trabajar sola.

—Pues parece que esta vez ha cedido. Una fuga de un chico de doce años. Los padres están histéricos. Cuando hablé con ella anoche, me dijo que tenía una pista y que sentía no tener libre esta tarde para echarle una mano.

—Tener a Mel en la cocina no es precisamente la mejor ayuda —bromeó Morgana, que ya le había tomado mucho cariño a su cuñada—. Es estupenda para Sebastian, ¿verdad?

—Sí —Ana sonrió mientras mezclaba el cordero con las patatas y las cebollas—. Cabezota, voluntariosa y con un corazón de oro. Justo lo que Sebastian necesita.

—¿Y has descubierto ya lo que tú necesitas?

Al principio no respondió, aunque no la sorprendió que Morgana se interesara por su relación con Boone.

—Estoy muy contenta —dijo por fin.

—Me gusta. Me dio buena espina desde la primera vez que lo vi.

—Me alegra.

—Y a Sebastian también le cae bien... aunque tiene ciertas reservas. No le hizo mucha gracia sorprenderos el día del cumpleaños —comentó Morgana, sonriente.

—No es asunto suyo.

—Pero te quiere —Morgana le dio un pellizco afectuoso—. Se preocupa por ti porque eres la más pequeña... y porque tu don te hace más vulnerable.

—Sé defenderme, Morgana, y tengo sentido común.

—Lo sé, cariño, yo... —los ojos se le humedecieron—. Ha sido tu primera vez... perdona, nunca he sido tan sentimental.

—Sí lo eras, pero sabías ocultarlo mejor —Ana dejó el estofado y miró a su prima—. Fue precioso. Y él fue muy atento. Sabía que había un motivo para esperar tanto: estaba esperando a Boone.

—Estás enamorada de él —sentenció Morgana.

—Sí, muy enamorada —corroboró Ana.

—¿Y él de ti?

—No lo sé.

—¡Ana!

—No quiero aprovecharme de mi don —argumentó con firmeza—. No sería justo, teniendo en cuenta que no le he dicho lo que soy ni me he atrevido a decirle lo que siento por él. Sé que está a gusto conmigo. No necesito poderes sobrenaturales para estar segura de eso. Y con eso basta. Cuando haya más, si llega a haberlo, me lo dirá.

—Nunca dejará de sorprenderme lo testaruda que eres.

—Soy una Donovan —contestó Ana.

—Eso es verdad —Morgana sonrió—. Deberías decírselo... Ya sé que es odioso recibir consejos que no quieres oír, pero tienes que olvidarte del pasado y afrontar el futuro.

—Estoy afrontando el futuro. Me gustaría que Boone formara parte de él. Pero necesito más tiempo —la voz de Ana se quebró—. Morgana, lo conozco: es un buen hombre. Es atento, imaginativo y generoso... Y tiene una niña.

—¿Eso es lo que te da miedo?, ¿educar a la hija de otra mujer?

—No, no. Jessie es un cielo. Antes de enamorarme de Boone, ya estaba enamorada de ella. Y su padre la adora, como debe ser. Haría lo que fuera por cualquiera de los dos.

—¿Entonces?

—¿Echamos más huevos? —trató de escabullirse Ana—. Ya sabes que a tío Douglas lo encantan los huevos duros.

—Anastasia —le llamó la atención Morgana.

—No sabes lo afortunada que eres de tener a Nash. Alguien que te quiera como eres.

—Claro que lo sé —dijo Morgana con suavidad—. ¿Qué tiene que ver Nash con esto?

—¿Cuántos hombres nos aceptarían tal como somos? ¿Cuántos querrían que la madre de sus hijos fuera una bruja?

—¡Por todos los santos, Anastasia! —exclamó Morgana—. Hablas como si voláramos en escoba.

—¿Acaso no piensa eso la mayoría? Robert...

—Al diablo con Robert.

—Está bien, olvidémoslo —convino Ana—. Pero, ¿cuántas veces, a lo largo de los siglos, nos han perseguido, temido, desterrado por el mero hecho de nacer brujas? No me avergüenzo de mi sangre, no reniego de mi don ni de mi legado. Pero no soportaría decírselo y que Boone me mirara como si... como si tuviera un caldero en el sótano con sapos y lenguas de lobo.

—Si te quiere...

—Sí, ahí está la cuestión —enfaticó Ana—. Ya lo veremos. Ahora, creo que deberías echarte una horita.

—No cambies de tema —dijo Morgana. Entonces vio aparecer a Nash: llevaba telarañas en el pelo, de pega, claro está, y los ojos le brillaban como a un chiquillo.

—Tenéis que ver esto. Es increíble. Soy tan bueno que me doy miedo —dijo Nash—. Venga, no os quedéis ahí paradas.

—Aficionados —Morgana suspiró y se puso de pie.

Estaban admirando el fantasmagórico espectáculo del recibidor cuando Ana oyó la llegada de un coche.

—Ya están aquí —exclamó esta, ansiosa por ver a su familia. Entonces, cuando ya estaba abriendo la puerta, se frenó en seco y se giró hacia Morgana.

—Cariño —le preguntó Nash, más pálido que sus fantasmas—. ¿Estás...?

—Tranquilo —Morgana suspiró—. Parece apropiado dar a luz en Halloween.

—No te preocupes por nada —tranquilizó Douglas Donovan a Nash. Había elegido una corbata negra para la ocasión, combinada con unas zapatillas naranjas fosforescentes—. Es la cosa más natural del mundo. Y una noche perfecta, además.

—Sí —dijo Nash con un nudo en la garganta. La casa estaba llena de gente... de brujos, para ser más exactos. Y su esposa estaba sentada tan tranquila, como si no llevara tres horas con trabajo de parto—. Quizá ha sido una falsa alarma.

—Tú déjala en manos de Ana. Ella se ocupará de todo —le dijo Camilla. —Cuando tuve a Sebastian, estuve trece horas hasta que di a luz. Nos reímos mucho, ¿verdad, Douglas?

—Después de que dejaras de insultarme, querida.

—Por supuesto —Camilla fue a la cocina para echar un vistazo al estofado.

—Me habría convertido en una lagartija si no hubiera estado demasiado ocupada dando a luz —le confesó Douglas.

—No sabes cómo me alivia oír eso...

—Mamá —Morgana apretó la mano de su madre—. Rescata a Nash de tío Douglas.

Bryna obedeció y, nada más levantarse, Padrick, el padre de Ana, ocupó el asiento que quedaba libre.

—¿Cómo estás?

—Muy bien —Morgana se incorporó para darle un beso a su tío—. Me alegra que estéis todos aquí.

—¿Dónde íbamos a estar si no? —respondió Padrick. Luego miró a su hija y sonrió—. Estás preciosa, cariño. Igualita que tu padre.

—Cómo no —Ana le devolvió la sonrisa sin dejar de acariciar los hombros de Morgana—. Respira profundo, cariño.

—¿Le damos una de nuestras hierbecitas? —propuso Padrick.

—Todavía no. Pero acércame el bolso. Puede que lo necesite dentro de poco —respondió Ana, que, gracias a su don empático, sabía que Morgana estaba más incómoda de lo que dejaba ver—. Voy a tener que llevarte arriba pronto.

—Todavía no —Morgana acarició la mano de su prima—. Estoy tan a gusto con todos... Por cierto, ¿dónde está tía Maureen?

—Mamá está en la cocina, discutiendo con Camilla sobre el estofado lo más probable.

—Me comería cuatro ollas yo sola —murmuró Morgana.

—Luego —le prometió Ana. Al oír que la puerta se abría, añadió—: Creo que ha llegado Sebastian. Está con Mel, criticando los efectos especiales de Nash.

—Aficionados —repitió Morgana.

—Y Lydia estaba muy asustada y gritaba y gritaba —dijo Jessie, que estaba contando los sustos que se habían llevado sus compañeros en la casa encantada que habían preparado los profesores del colegio—. Y Frankie comió tantos caramelos que acabó vomitando.

—Parece que lo habéis pasado bien —comentó Boone, que, para prevenir que a Jessie le pasara lo mismo, ya le había quitado la mitad de los caramelos que había encontrado en la mochila.

—Mi disfraz ha sido el mejor —aseguró la niña mientras salían del coche. Boone, complacido por el resultado de dos días de trabajo, miró con agrado el vestido de hada que llevaba Jessie—. Y tú eres el príncipe más guapo —añadió la pequeña.

—¿Y qué soy cuando no me disfrazo?

—El sapo feo —bromeó Jessie—. ¿Crees que sorprenderé a Ana?, ¿crees que me reconocerá?

—Imposible. Casi no te reconozco ni yo —contestó Boone.

—Vamos a conocer a toda su familia —comentó Jessie. ¡Como si Boone necesitara que se lo recordasen! Llevaba preocupado toda la semana por aquel encuentro—. Y vamos a ver al perro y a la gata de Morgana otra vez.

—Sí —respondió Boone, tratando de no intranquilizarse por la presencia del perro. Puede que Pan pareciese un lobo, pero había sido muy pacífico y juguetón con Jessie la última vez que habían visitado a Morgana.

—Va a ser la mejor fiesta de Halloween del mundo —Jessie se puso de puntillas y pulsó el timbre. Se quedó boquiabierta cuando oyó los gemidos y las cadenas de los efectos especiales de Nash.

—Bienvenidos al castillo encantado —los recibió un hombre con voz fantasmal—. Entrad si os atrevéis.

—¿De verdad está encantado? —preguntó la niña, maravillada.

—Entrad... si os atrevéis —repitió el hombre. Luego se agachó hasta estar a la altura de Jessie y se sacó un conejo de peluche de la manga.

—¡Oooh! —exclamó la niña—. ¿Eres un mago?

—Por supuesto. Igual que todos.

—No, yo soy un hada.

—¿De dónde es el príncipe que te acompaña? —preguntó el hombre, mirando hacia Boone.

—En realidad es mi papá —Jessie rió—. Y yo soy Jessie.

—Y yo Padrick —se presentó este—. ¿Y tú eres?

—Sawyer, Boone Sawyer —respondió el padre de Jessie, estrechando la mano de Padrick—. Somos vecinos de Anastasia.

—Así que vecinos. Supongo que algo más, pero pasad, pasad —los invitó Padrick—. ¿Qué te parece el recibidor? —le preguntó a Jessie.

—¡Fantasmas! —exclamó la pequeña—. ¡Papá, fantasmas!

—No está mal para un aficionado —comentó Padrick—. Por cierto, Ana acaba de llevarse a Nash y a Morgana arriba. Vamos a tener gemelos esta noche. Maureen, cielito, ven a conocer a los vecinos de Ana... Supongo que querrás beber algo —le ofreció a Boone mientras Maureen aparecía con un turbante escarlata.

—Sí, señor —Boone resopló—. Creo que me va a hacer falta.

Mel llamó a la puerta de Morgana antes de entrar. No estaba segura de si se encontraría con el típico ambiente de la sala de parto de un hospital o con un círculo mágico de velas.

Asomó la cabeza y vio a Morgana sobre una cama grande y de aspecto confortable, rodeada de flores y velas. Flautas y arpas llenaban el dormitorio con su música. Morgana parecía un poco sofocada, Nash bastante pálido, pero, por lo demás, todo quedaba dentro de los límites de la normalidad.

—Pasa, Mel —le dijo Ana—. Tú ya eres casi una experta. Al fin y al cabo, nos ayudaste a Sebastian y a mí a que su yegua pariera.

—Gracias por la comparación —murmuró Morgana.

—No quiero interrumpir, pero... ¡Dios! —Mel dejó la frase colgando al ver que Morgana echaba la cabeza hacia atrás y empezaba a resoplar como una máquina de vapor.

—Tranquila, tranquila —Nash agarró la mano de su esposa y miró el reloj para controlar la frecuencia de las contracciones—. Lo estamos haciendo muy bien.

—¿Estamos? —gruñó ella—. ¡Una porra! Ya me gustaría verte a ti...

—Respira —le recomendó Ana mientras colocaba unos cristalitos sobre la tripa de su prima, es decir, flotando en el aire, sin tocarla.

Mel ni siquiera respingó. Al fin y al cabo, ya llevaba dos meses casada con un brujo parapsicólogo.

—Muy bien, cariño —Nash le dio un beso en la mano—. Ya estás terminando.

—No me sueltes —le pidió Morgana cuando pasó la contracción—. Quédate conmigo.

—Estoy aquí. Eres maravillosa —contestó Nash mientras le humedecía la frente con un paño—. Te quiero, preciosa.

—Más te vale —Morgana sonrió y respiró profundo—. ¿Qué tal lo estoy haciendo, Ana?

—Muy bien. Un par de horas más y habrás terminado.

—Un par de... —Nash se comió las palabras y se forzó a sonreír—. Genial.

Mel carraspeó para llamar la atención de Ana.

—Perdona, nos habíamos olvidado de ti.

—No importa. Simplemente, quería que supieras que ha venido Boone... con Jessie.

—Ah —Ana se secó la frente con la manga de la camisa—. Se me había olvidado. Ahora bajo.

—Morgana, estamos todos contigo —la animó Mel.

—Perfecto, ¿me cambias el sitio? —respondió ella, sonriente.

—Esta vez no, gracias.

—No tardes mucho —le suplicó Nash a Ana mientras esta y Mel salían del dormitorio.

—No te preocupes. En seguida viene tía Bryna. Además, necesitamos brandy.

—¿Brandy? Se supone que no debe beber.

—Para ti —contestó Ana, justo antes de salir de la habitación.

Nada más bajar, vio que Jessie estaba muy entretenida, contando a todo el mundo lo que había pasado durante la fiesta de Halloween de su colegio. Al verla con dos peluches, dedujo que su padre ya le había hecho uno de sus trucos.

Esperaba que hubiese sido discreto.

—¿Qué tal van las cosas arriba? —preguntó Bryna.

—Perfecto. Serás abuela antes de medianoche.

—Muchas gracias, Anastasia —Bryna le dio un beso en la mejilla—. Me gusta mucho tu hombrecito.

—No es mi... —pero su tía ya estaba subiendo las escaleras.

Y allí estaba Boone, frente a la chimenea, bebiendo uno de los cócteles de su padre y atendiendo a una de las historias de tío Douglas.

—Así que, claro, dejamos que el pobre diablo pasara la noche en nuestro castillo. ¿Y cómo nos lo agradeció? Se puso a gritar cosas sobre los fantasmas y el maligno —decía Douglas, que se había calado la cabeza con un sombrero naranja.

—Quizá fue por la armadura que llevabas puesta —terció Matthew Donovan.

—No lo creo. Para mí que fue por el gato de Maureen.

—¿Qué pasa con mis gatos? —preguntó esta, ofendida.

—Yo tengo una perrita —intervino Jessie—. Pero también me gustan los gatos.

—¿Sí? —Padrick se acercó a Jessie y sacó un gatito de peluche de las alas del disfraz de la niña—. ¿Qué te parece este?

—¡Oh! —Jessie se frotó la cara contra el peluche y luego se sentó sobre las piernas de Padrick y le dio un beso en la mejilla.

—Nunca cambiarás, papá —dijo Ana mientras le daba un beso en la calva.

—¡Ana! —Jessie botó sobre las piernas de Padrick—. ¡Tu papá es la persona más divertida del mundo!

—A mí también me gusta —dijo Ana—. Pero, ¿quién eres tú?

—Soy Jessie —contestó esta, riéndose.

—No, ¿seguro?

—Sí, papá me ha disfrazado de hada para Halloween —explicó la niña, entusiasmada.

—El caso es que tu voz se parece a la de Jessie —siguió jugando Ana—. Dame un beso a ver si es verdad.

Jessie bajó de las rodillas de Padrick y le dio un beso a Ana, contentísima por el éxito de su disfraz.

—¿No me has reconocido?, ¿de verdad?

—Me has engañado del todo. Estaba segura de que eras un hada de verdad —aseguró Ana—. Perdona, no puedo quedarme.

—Lo sé. Estás ayudando a que Morgana saque los bebés. ¿Vienen juntos o de uno en uno?

—De uno en uno, espero —Ana rió y miró a Boone—. Ya sabes que podéis quedaros el tiempo que queráis.

—No te preocupes por nosotros. ¿Cómo está Morgana?

—Muy bien. El que está más nervioso es Nash. Voy a ver si le subo una copa de brandy.

—Siempre me ha caído bien ese chico —comentó Matthew, al que también le gustaba el brandy. Le pasó una copa a Ana y, en el roce, esta notó que tenía sus cinco sentidos en su hija.

—No te preocupes, tío Matthew —lo tranquilizó Ana.

—Está en las mejores manos. No conozco a nadie mejor, Anastasia —dijo Matthew—. Boone, quizá quieras acompañarla arriba.

—Por supuesto —aceptó Boone—. Tu familia... —añadió luego, mientras subía las escaleras con Ana.

—¿Sí? —preguntó ella con rigidez.

—Es increíble. Absolutamente increíble. No es normal encontrarse en medio de un grupo de desconocidos, con una mujer a punto de dar a luz en una habitación, con un lobo... porque ese perro no es un perro... por no hablar de los fantasmas del recibidor.

—Estamos en Halloween —le recordó ella.

—Creo que no tiene tanto que ver con la fecha —Boone se paró al terminar de subir las escaleras—. No recuerdo haberme entretenido tanto. Son fabulosos, Ana. Tu padre es un mago increíble. Te juro que no sé de dónde se saca los peluches.

—Sí... tiene mucho talento.

—Podría ganarse la vida con esos trucos. De verdad, esta siendo una fiesta maravillosa —Boone le hizo una caricia en el cuello—. Solo faltabas tú ahí abajo.

—Me preocupaba que te sintieras incómodo.

—No, aunque no creo que vaya a poder llevar a cabo mi plan de seducirte con una historia de miedo, para que te echas en mis brazos pidiéndome que te proteja.

—No me asusto fácilmente —contestó Ana, sonriendo. —Te recuerdo que crecí en un castillo.

—Y con un tío que se pasea por casa en armadura —añadió Boone, para darle un beso fugaz sobre los labios a continuación.

—Eso es lo de menos —Ana giró la cabeza para cambiar el ángulo del beso—. Solíamos jugar a las mazmorras. Una vez me pasé una noche entera encerrada en una torre para demostrarle a Sebastian que no tenía miedo.

—¡Qué valiente!

—Y testaruda. Y tonta. No recuerdo haber estado más incómoda en toda mi vida. Por lo menos, hasta que Morgana hizo aparecer una almohada y una manta.

—¿Hizo aparecer? —repitió Boone.

—Me trajo, quiero decir —se corrigió Ana, y lo besó con más ardor, para que Boone no pensara más que en ella.

Cuando la puerta del dormitorio se abrió, se giraron como dos chiquillos traviesos. Bryna alzó las cejas, se hizo cargo de la situación y sonrió.

—Perdona que os interrumpa, pero creo que Boone puede ayudarnos.

—¿Ahí dentro? —preguntó él, asombrado.

—No —Bryna rió—. Aquí fuera. Me parece que a Nash le viene bien salirse un rato y charlar un poco con un amigo.

—Pero solo un minuto —apuntó Ana—. Morgana necesita a Nash a su lado.

Antes de que Boone pudiera decir nada, Nash salió de la habitación y las dos mujeres entraron a atender a Morgana.

—No pensé que fuese a durar tanto —dijo Nash después de tomar un sorbo de la copa de brandy que Boone le ofrecía—. Ni que fuera a dolerle tanto. Si esto sale bien, juro que no volveré a tocarla.

—Ya.

—Lo digo en serio —insistió Nash.

—Oye, no pretendo inmiscuirme; pero, ¿no te sentirías más seguro si Morgana estuviera en un hospital, con un médico y todos los aparatos médicos necesarios?

—¿Un hospital? No —rechazó Nash—. Morgana nació en esa misma cama. No permitiría que los bebés naciesen en otro sitio. Y creo que yo tampoco.

—¿Y lo del médico?

—Ana es la mejor. Morgana no podría estar en mejores manos —aseguró Nash.

—Supongo que lo habrá hecho ya antes.

—No, es la primera vez que está embarazada.

—Me refiero a Ana —Boone rió—. Ya ha asistido como comadrona a otras mujeres.

—Ah, sí. Seguro. Sabe lo que hace. En realidad, creo que me volvería loco si no estuviera ella aquí —Nash dio otro sorbo de brandy—. Pero jamás pensé que fuese a durar horas. No sé cómo puede soportarlo. No sé cómo lo soporta ninguna mujer. Podía hacer algo para remediarlo. Maldita sea, es una bruja.

—No es momento de insultarla, hombre —Boone le dio una palmada en la espalda—. Las mujeres se ponen un poco gruñonas cuando están de parto, pero tienen derecho.

—No, quiero decir... —Nash se detuvo, consciente de que estaba a punto de meter la pata—. Tengo que serenarme

—Sí.

—Estoy seguro de que todo va a salir bien. Ana no permitiría que ocurriera nada. Pero duele tanto verla sufrir...

—Cuando se ama a alguien, es lo más duro del mundo. Pero se supera. Y, en este caso, el sufrimiento merece la pena

—Jamás pensé que pudiera sentir algo así por nadie. Morgana es todo para mí.

—Te entiendo.

—¿Lo dices por Ana y tú?

—Es posible. Sé que es muy especial.

—Sí que lo es —Nash se detuvo para escoger las palabras con cuidado. Ser leal a Ana y a su amigo al mismo tiempo no era nada sencillo—. Serás capaz de comprenderla, Boone. No te resultará difícil con tu imaginación. Es una mujer muy especial, distinta a cualquier mujer que hayas conocido. Si la quieres y deseas que forme parte de tu vida y de la de Jessie, no dejes que sus peculiaridades te bloqueen.

—Creo que no te entiendo —dijo Boone con el ceño fruncido.

—Solo recuerda lo que te he dicho. Y gracias por la copa —respiró profundo. Dio un último sorbo y regresó junto a su esposa.

9

—Respira. Vamos, cariño, respira.

—Estoy respirando —murmuró Morgana—. ¿Qué demonios crees que hago sino respirar?

Nash ya había pasado el momento de más nervios. Ana decía que los gemelos ya estaban ahí y Nash se aferraba a esas palabras con la misma fuerza que Morgana a su mano.

—Gruñes, protestas, refunfuñas —Nash le dio un beso en los labios—. No estarás pensando en convertirme en un lagarto, ¿verdad?

Morgana rió, jadeó y resopló.

—Seguro que se me ocurre algo más original —contestó sonriente—. ¿Tengo que incorporarme más, Ana?

—Nash, ponte en la cama de al lado y sujétale la espalda. Ya casi está —contestó ella. Luego arqueó la espalda, para aliviar el dolor de espalda de su prima, y comprobó de nuevo si todo iba bien. Había mantas calientes, agua caliente, pinzas y tijeras esterilizadas... y cristales protectores en derredor.

Bryna permanecía de pie junto a su hija. Recordaba las horas que ella misma había pasado en esa misma habitación para traer al mundo a Morgana... su niña.

—No empujes hasta que yo te lo diga —Ana la guió mientras notaba la llegada de la siguiente contracción—. Así muy bien. Ya casi están aquí, te lo prometo... ¿Sabéis ya cómo se van a llamar?

—A mí me gusta Curly y Moe —dijo Nash mientras respiraba al compás de Morgana, la cual acertó a darle un pequeño manotazo en una mano—. Está bien, está bien: Ozzie y Harriet, pero solo si tenemos uno de cada.

—No me hagas reír ahora, idiota —protestó Morgana—. Quiero empujar, tengo que empujar.

—Si son dos niñas —prosiguió Nash—, se llamarán Lucy y Ethel —añadió mientras le daba un beso en la mejilla a Morgana.

—Dios, Ana, tengo que...

—¡Ahora! —indicó esta—. ¡Empuja!

Morgana echó la cabeza hacia atrás y luchó por dar a luz a los bebés que llevaba dentro.

—¡Dios! —exclamó en un esfuerzo. Afuera, un rayo quebró el cielo, despejado, y un trueno estalló como un látigo celestial.

—Muy bien, campeona —dijo Nash—. ¡Dios!, ¡mira!, ¡mira eso!

A los pies de la cama, Ana giró una cabecita para que pudieran salir los hombros.

—Aguanta, cariño. Sé que es duro, pero aguanta un minuto —le dijo a su prima—. Así, muy bien.

—Tiene pelo —susurró Nash, casi sin voz. Su cara estaba tan húmeda de sudor y lágrimas como la de Morgana—. ¡Mira, mira!, ¿qué es?

—Todavía no lo sabemos —respondió Ana, sonriendo—. Bien, un último esfuerzo y descubriremos si es Ozzie o Harriet.

Morgana soltó una risotada y Ana recogió al bebé. Cuando rompió a llorar, Nash escondió la cara en el pelo enmarañado de su esposo.

—Morgana, cariño, Morgana, nuestro bebé...

—Nuestro bebé —repitió ella, que ya había olvidado todo el dolor. Con los ojos relucientes, estiró los brazos para que Ana le entregara al bebé.

—¿Qué es? —preguntó Nash mientras acariciaba la cabecita del recién nacido—. Se me ha olvidado mirar.

—Habéis tenido un niño —los informó Ana.

Con el llanto del bebé, las conversaciones de abajo se suspendieron de inmediato. Todos miraron hacia las escaleras: silencio, quietud. Conmovido, Boone miró a Jessie, que dormía plácidamente en el sofá, apoyando la cabeza sobre las piernas de Padrick.

—Tenemos un nuevo Donovan —dijo Douglas. Luego tomó una copa y la alzó para brindar. —Un nuevo heredero.

—Bendito sea —dijo Camilla, con los ojos humedecidos, mientras le daba un beso a su cuñado Matthew.

Cuando Boone se iba a unir a las felicitaciones, Sebastian encendió una vela blanca y luego una amarilla. Agarró una botella de vino, la descorchó y lo sirvió en un cáliz de plata.

—Las estrellas nacen de noche. Su vida es brillar y el brillo del amor da nuevas vidas. Magia de la luna, poderes del sol, dones de la sangre, luz del corazón.

Sebastian le pasó la copa a Matthew, que fue el primero en beber. Fascinado, Boone miró a los Donovan pasarse el cáliz de vino de uno a otro. ¿Una tradición irlandesa?, se preguntó. Desde luego, era mucho más conmovedor que repartir puros.

Cuando le entregaron el cáliz, se sintió honrado y abrumado. Y justo al empezar a beber, sonó un segundo llanto, anunciando una nueva vida.

—Dos estrellas —dijo Matthew henchido de orgullo—. Dos descendientes.

Padrick rompió la solemnidad del ambiente lanzando confeti. Luego sopló un matasuegras y su mujer se echó a reír.

Pero todos se callaron cuando Bryna apareció. Se dirigió a su marido, que la abrazó con fuerza.

—Están todos bien —anunció ella entre lágrimas—. Tenemos un nieto y una nieta, amor. Y nuestra hija nos invita a todos a que subamos a darles la bienvenida.

Boone, que no quería estorbar, se rezagó mientras el grupo subía las escaleras.

—¿No vienes? —le preguntó Sebastian.

—Creo que la familia...

—La familia te ha aceptado —atajó Sebastian, que no estaba seguro de si coincidía con el resto de los Donovan. No porque Boone le cayera mal, sino porque no había olvidado el daño que le había hecho Robert.

—Una forma extraña de expresarlo —dijo Boone, tratando de no alterarse—. Sobre todo, teniendo en cuenta que tú no estás de acuerdo.

—Da lo mismo —Sebastian le lanzó una mirada de advertencia y desafío. Luego, al ver a Jessie en el sofá, se ablandó—. Supongo que Jessie se sentiría decepcionada si no la despiertas y la llevas arriba.

—Pero tú preferirías que no lo hiciese.

—A Ana le dolería que no subieras. Y eso es lo que importa —replicó Sebastian—. Anastasia no llora, pero va a llorar por ti. Y como la quiero, tendré que perdonarte.

—No entiendo...

—Pero yo sí —lo cortó Sebastian—. Despierta a la niña y ven con nosotros. Es una noche para los pequeños milagros.

Sebastian no sabía por qué lo enojaba tanto la actitud de Sebastian. El no tenía por qué darle explicaciones a un primo entrometido y sobreprotector.

—¿Papi? —dijo de pronto Jessie, con voz adormilada.

—Hola, pequeña —Boone se agachó y levantó a la niña en brazos—. ¿Sabes qué?

—Tengo sueño —Jessie se frotó los ojos.

—En seguida nos iremos a casa. Pero creo que hay algo que te gustaría ver antes —Boone apoyó la cabeza de la niña sobre un hombro y subió las escaleras.

Estaban todos reunidos, hablando ruidosa y animadamente. Nash estaba sentado al borde de la cama junto a Morgana, sujetando a uno de los bebés y riendo como un tonto.

—Se parece a mí, ¿verdad? —preguntó sin dirigirse a nadie en concreto—. La nariz es mía. Mi hijo tiene mi nariz.

—Esa es Allysia —lo corrigió Morgana mientras acariciaba la cara de su hijito—. Yo tengo a Donovan.

—Pues eso, Allysia tiene mi nariz —dijo Nash. Luego miró a Donovan—. Y él tiene mi barbilla.

—La barbilla de los Donovan —objetó Douglas—. Está clarísimo.

—Porque tú lo digas —intervino Maureen.

Mientras discutían, Jessie se desperezó y preguntó ilusionada:

—¿Son los bebés?, ¿han nacido ya?, ¿puedo verlos?

—Dejad que pase la niña —pidió Padrick.

Jessie seguía agarrada al cuello de su padre.

—¡Ah! —exclamó cuando Ana se colocó a los bebés en sendos brazos, para que la niña pudiera verlos—. Parecen hadas pequeñitas —dijo mientras tocaba con delicadeza los mofletes de los dos.

—Es que son hadas —Padrick le dio un beso a Jessie en la nariz—. Un hada y un duendecillo.

—Pero no tienen alas —dijo Jessie, riéndose.

—No están a la vista —Padrick le guiñó un ojo a su hija—. Pero las tienen en el corazón.

—El hada y el duendecillo necesitan descansar —dijo Ana, al tiempo que le devolvía los bebés a Morgana—. Y su mamá también.

—Estoy perfectamente.

—Aun así —insistió Ana, con un tono de voz que hizo que la familia empezara a desalojar la habitación.

—Boone —lo llamó Morgana—. ¿Te importa esperar a Ana y acercarla a casa? Está muy cansada.

—Estoy bien —se adelantó Ana—. No es nece...

—Encantado —repuso él—. Te esperamos abajo —añadió mientras Jessie bostezaba de nuevo.

Tardó un cuarto de hora en darle las instrucciones pertinentes a Nash. Morgana ya estaba adormilada cuando Ana cerró la puerta y dejó a solas a la nueva familia.

Estaba agotada después de doce horas de trabajo de parto, absorbiendo el dolor y el cansancio de su prima tanto como había podido. El cuerpo le pesaba y tenía la cabeza embotada.

Antes de bajar las escaleras, se puso recta y sacó un amuleto para recuperar unas pocas energías.

Al llegar al salón, ya se sentía un poco más fuerte. Boone estaba medio adormilado en una silla junto a la chimenea, con Jessie acurrucada sobre el pecho. Este, guiado por un sexto sentido, abrió los ojos y sonrió al verla.

—Hola, campeona. Debo decir que el escenario de arriba me parecía bastante raro, con todas esas velas y flores, pero has hecho un gran trabajo.

—Siempre es una maravilla traer una nueva vida al mundo. No tenías por qué haberte quedado todo el tiempo.

—Quería —Boone le dio un beso a Jessie en la cabeza—. Y ella también. El lunes será la estrella del colegio cuando cuente esta historia.

—Ha sido una noche muy larga para ella. Seguro que no la olvidará nunca —Ana se frotó los ojos—. ¿Dónde están todos?

—En la cocina, desvalijando la nevera y emborrachándose. Decidí pasar. Ya he tomado más vino del que acostumbro —Boone sonrió—. Hace un ratito habría jurado que la casa estaba temblando, así que he cambiado al café —añadió, apuntando hacia la taza que había sobre la mesa pegada al sofá.

—Y tienes cafeína en el cuerpo para estar despierto toda la noche —completó Ana—. Voy a avisar de que nos vamos. Si quieres, ve metiendo a Jessie en el coche.

Una vez afuera, Boone aspiró una bocanada del aire fresco de la noche. Ana tenía razón: estaba muy despierto. Tendría que trabajar un par de horas hasta que los efectos del café desaparecieran, y al día siguiente estaría cansado. Pero había merecido la pena, se dijo mirando hacia la ventana de Morgana.

—Una noche hermosa —murmuró Ana después de que Boone tumbara a Jessie en el asiento trasero—. No falta ni una estrella.

—Dos estrellas, dos descendientes —dijo él mientras le abría la puerta a Morgana—. Eso es lo que Matthew ha dicho. Ha sido todo muy bonito. Sebastian hizo un brindis sobre la vida y los dones y las estrellas, y todos se pasaron un cáliz de vino. ¿Es una tradición irlandesa?

—Más o menos —contestó Ana. Luego bostezó y, segundos después, se quedó dormida.

Cuando Boone aparcó ya en casa, se preguntó cómo haría para llevar a las dos a la cama. Se echó a Jessie a un hombro y abrió la puerta de Ana, pero esta ya se había despertado.

—Espérame. La acuesto y te echo una mano —le propuso Boone.

—No, estoy bien. Yo te ayudo con ella —Ana rió mientras recogía los peluches que Padrick le había regalado—. Papá siempre se excede. Espero que no te hayas molestado.

—¿Estás de broma? Se ha portado de maravilla —aseguró Boone—. Y tu madre también la ha encantado. Todos, pero tu padre es su héroe. Seguro que ahora no parará de decirme que vayamos a Irlanda para visitar su castillo.

—Por él encantado —Ana agarró las alas del disfraz de Jessie y siguió a Boone a su casa.

—Déjalas en cualquier sitio. ¿Quieres un brandy?

—No, de verdad —Ana dejó los peluches y las alas en el sofá—. Pero no me vendría mal un té. Puedo prepararlo mientras la acuestas.

—Vale, no tardaré mucho —dijo él. Luego, al entrar en la habitación de la niña, oyó un tímido ladrido—. Pues sí que vas a intimidar a un ladrón con ese ladrido. Además, somos nosotros, atontada —añadió, dirigiéndose a Daisy, que ya estaba moviendo el rabo, feliz por la llegada de sus amos.

Boone le quitó los zapatos y el vestido a Jessie, la metió en la cama y le dio un beso de buenas noches. Luego regresó a la cocina.

—Puestos a quedarnos con una perra, ya podíamos haber elegido a una inteligente. Habría sido... —pero dejó la frase suspendida. El agua de la tetera ya estaba hirviendo, Ana tenía la cabeza apoyada sobre la mesa y estaba profundamente dormida.

Quizá por el efecto de la luz, su cara parecía pálida y delicada. El cabello le caía con suavidad y tenía los labios entreabiertos.

—Anastasia, eres preciosa —dijo Boone, acariciándole el cabello. Nunca la había visto dormir y, de pronto, sintió la necesidad de llevarla a su cama y poder verla a su lado al día siguiente al despertar—. ¿Qué voy a hacer?

Suspiró y apagó la tetera. Luego la levantó en brazos, con la misma delicadeza con que había tratado a Jessie, subió las escaleras y la acostó sobre su propia cama.

—No sabes cómo he deseado verte aquí —le susurró mientras le quitaba los zapatos—. En mi cama toda la noche.

Luego la tapó con las sábanas, Ana suspiró, cambió de postura y se agarró a la almohada. Boone sintió un nudo en el estómago, se inclinó hacia ella y le rozó los labios.

—Buenas noches, princesa.

Jessie se despertó. Había tenido una pesadilla sobre la casa encantada del colegio y quería refugiarse en su padre. Él siempre espantaba a los fantasmas.

Se acercó de puntillas a la cama de Boone, se metió dentro y solo entonces se dio cuenta de que no era él quien dormía, sino Ana.

Jessie se incorporó y jugueteó con el pelo de Ana, que murmuró en sueños y la rodeó con un brazo en un gesto cariñoso. Jessie se quedó quieta: era otro cuerpo el que la protegía, pero se sentía tan querida y segura como cuando se acurrucaba junto a su padre. Apoyó la cabeza sobre el seno de Ana y se quedó dormida.

Al despertar, Ana notó unos bracitos alrededor. Desorientada, miró hacia abajo y vio a Jessie. Luego miró en derredor y comprendió que no estaba en su habitación. Ni en la de Jessie. Sino en la de Boone.

Siguió abrazando a la pequeña mientras trataba de reconstruir lo que había ocurrido.

Lo último que recordaba era haberse sentado en la cocina después de poner agua a calentar para un té. Había apoyado la cabeza sobre la mesa un segundo y, obviamente, se había quedado dormida.

¿Dónde estaba Boone?

Giró la cabeza despacio y no supo si sentirse aliviada o decepcionada al encontrar vacío el resto de la cama. Quizá fuera una locura, pero habría sido precioso acurrucarse contra él mientras la niña seguía agarrada a ella.

Se giró de nuevo hacia Jessie, que había abierto los ojos y la estaba mirando:

—Tenía una pesadilla —susurró Jessie—. Sobre el jinete descabezado. Se reía y me perseguía.

—Seguro que no te atrapó —Ana le dio un beso en la frente.

—No, me despertó y vine a ver a papá. Él siempre espanta a los monstruos. Los del armario y los de debajo de la cama y los de la ventana y todos.

—A los papás se les da muy bien eso —Ana sonrió, recordando cómo el suyo había fingido perseguirlos con una escoba mágica cuando ella tenía seis años.

—Pero estabas tú y tampoco he tenido miedo contigo. ¿Vas a dormir en la cama de papá ahora?

—No —Ana le acarició el pelo—. Creo que las dos nos quedamos dormidas anoche y tu papá nos metió en la cama.

—Pero es una cama muy grande —comentó Jessie—. Hay sitio. Daisy duerme conmigo, pero papá tiene que dormir solo. ¿Quigley duerme contigo?

—A veces —respondió Ana, aliviada por el cambio de conversación. Lo más probable es que se esté preguntando dónde estoy.

—Yo creo que lo sabe —opinó Boone desde la puerta. Solo llevaba puestos unos vaqueros y tenía al gato de Ana enredado entre los tobillos—. Ha maullado y arañado la puerta hasta que le he dejado pasar.

—Oh, perdón —Ana se echó el pelo hacia atrás y se incorporó—. Seguro que te ha despertado.

—La verdad es que sí —Boone sonrió mientras Quigley saltaba sobre la cama y maullaba, como pidiéndole explicaciones a su ama—. Jessie, ¿qué haces aquí? —añadió, incapaz de expresar lo que sentía al ver a su hija en la cama junto a Ana.

—Tenía una pesadilla —contestó Jessie, al tiempo que acariciaba al gato—. Así que vine a verte, pero estaba Ana. Espantó a los monstruos, igual que tú... ¿Puedo darle de comer? —añadió cuando Quigley maulló.

—Claro, si quieres.

Antes de terminar él la frase, Jessie había salido de la habitación, seguida de cerca por el gato.

—Perdona si te ha despertado —dijo Boone mientras se sentaba en el borde de la cama.

—No lo ha hecho. Al parecer, se metió en la cama y volvió a quedarse dormida. Soy yo la que debería disculparse por causarte tantas molestias. Podías haberme despertado y me habría ido a mi casa.

—Estabas rendida —contestó Boone—. Rendida y preciosa.

—Asistir a una madre parturienta es agotador —Ana sonrió—. ¿Dónde has dormido tú?

—En la habitación de invitados —Boone se echó mano a la espalda—. He descubierto que tengo que cambiar el colchón.

—Haberme metido a mí allí —dijo Ana mientras le masajeaba la parte de la espalda que le dolía a Boone—. Creo que no habría notado la diferencia entre una cama y la tabla de un faquir.

—Quería que estuvieras en mi cama —Boone la miró a los ojos, le acarició el cabello de la nuca y le acercó la cabeza—. Y sigo queriendo.

Entonces la besó, sin tanta delicadeza en esta ocasión. Ana se excitó al instante, pero recordó que Jessie podía subir en cualquier momento.

—Boone.. .

—Solo un minuto —susurró él, desesperado—. Solo quiero un minuto.

Luego la besó de nuevo mientras le acariciaba el cuerpo con las manos. Deseaba poseerla en ese mismo instante, rápida, salvajemente—. ¿Cuánto tiempo puede tardar Jessie en dar de desayunar a Quigley? —preguntó con voz ronca.

—No lo suficiente —Ana sonrió.

—Ya me lo temía —Boone se apartó y deslizó las manos hasta agarrar las de ella—. Jessie lleva unos días pidiéndome que la deje dormir en casa de Lydia. Si lo arreglo, ¿te quedarás conmigo?

—Sí —Ana le dio un beso en la mano y luego se la llevó a una mejilla—. Cuando quieras.

—Esta noche, esta noche —se apresuró a fijar Boone—. Llamaré a la madre de Lydia a ver si es posible... Oye, le prometí a Jess que la invitaría a un helado y quizá comamos fuera. ¿Te apetece venir con nosotros? Si todo sale bien, podríamos dejarla por la tarde en casa de Lydia y luego cenar en algún sitio.

—Me parece bien —aceptó Ana mientras salía de la cama y trataba de estirar las arrugas de su ropa.

—Lo siento, no tuve el valor de desvestirte.

Ana sintió un calambrazo ante la idea de que Boone le desabrochara la blusa. Lento, muy lento, con los dedos ávidos y la mirada ardiente.

—La plancharé y quedará como nueva —contestó ella después de aclararse la garganta—. De todos modos, tengo que acercarme a ver qué tal van Morgana y los gemelos.

—Puedo acercarte.

—No hace falta. Mi padre me recogerá para que pueda traerme el coche. Anoche se quedó allí —recordó Ana—. Bueno, ¿a qué hora nos vemos?

—Al mediodía, dentro de un par de horas —contestó Boone—. Oye, estaba pensando que en vez de cenar fuera... quizá podíamos encargar algo y comérmolo aquí directamente.

—Sí —aceptó ella—. Mejor, mucho mejor —añadió mientras le daba un beso de despedida.

A las cuatro, Jessie estaba en casa de Lydia con su mochila rosa a la espalda, dispuesta a pasarse una noche divertidísima. Lo mejor de todo era que la madre de Lydia había dejado que se llevara también a Daisy.

—Dime que no debo sentirme culpable —dijo Boone mientras miraba a su hija por el retrovisor.

—Culpable, ¿por qué?

—Por querer que mi hija no esté en casa esta noche.

—Boone —dijo Ana, al tiempo que le daba un beso en una mejilla—. Sabes de sobra que Jessie estaba deseando que nos marcháramos para empezar su pequeña aventura en casa de Lydia.

—Sí, pero no la he dejado dormir fuera por darle el capricho. Lo he hecho por mí.

—No por ello va a dejar de disfrutar —respondió Ana—. Sobre todo, teniendo en cuenta que le has prometido dar una fiesta en casa en un par de semanas. Si todavía te sientes culpable, piensa en cómo te vas a sentir cuando hagas de caballito para seis niñas pequeñas durante toda una noche.

—Ya suponía que me ayudarías —dijo él tras simular un escalofrío por la perspectiva de la fiesta.

—Para ser un padre paranoico con sentimiento de culpabilidad, estás haciendo un trabajo estupendo con Jessie.

—Sigue adulándome, me siento mucho mejor.

—No, que acabarás creyéndotelo.

—¿Esas tenemos? Pues ya no te digo cuántos hombres han girado la cabeza para mirarte mientras paseábamos por el muelle antes.

—¿Había muchos?

—Depende de lo que entiendas por muchos. Pero no concretaré, o acabarás creyéndotelo —la imitó Boone—. No entiendo cómo puedes estar tan guapa después de la paliza de anoche.

—Quizá porque he dormido como un tronco —respondió ella—. La que es increíble es Morgana. Cuando fui a verla esta mañana, estaba dando de mamar a los gemelos y parecía que acababa de volver de dos semanas relajantes en un balneario.

—¿Los bebés están bien?

—Están estupendos. Sanos y sonrientes. Nash ya es un profesional cambiando pañales. Asegura que los dos le han sonreído.

Boone conocía esa sensación y se dio cuenta de que la echaba de menos.

—Es un gran hombre.

—Nash es muy especial.

—La verdad es que me sorprendió mucho enterarme de que se había casado. Siempre fue un soltero empedernido.

—El amor lo cambia todo —murmuró Ana—. Tía Bryna dice que es la manifestación más pura de la magia.

—Buena definición. Una vez que te roza, empiezas a pensar que ya nada es imposible. ¿Alguna vez te has enamorado?

—Una —contestó Ana, tratando de no sonar melancólica—. Hace mucho. Pero la magia no fue lo suficientemente poderosa. Al cabo del tiempo, comprendí que la vida no se había terminado y que podía ser feliz sola —añadió, sonriendo.

—Supongo que a mí me pasó algo parecido —murmuró Boone, pensativo—. ¿Ser feliz sola significa que no puedes ser feliz con alguien? —añadió más tarde.

—Supongo que significa que puedo ser feliz tal como están las cosas, hasta que encuentre a alguien que las mejore.

Llegaron a casa y Boone aparcó el coche.

—Entre nosotros hay algo, Ana —dijo él mirándola a los ojos.

—Lo sé.

—Jamás pensé que podría sentir algo tan intenso otra vez. No sé exactamente qué es y quizá me dé miedo saberlo.

—No importa —Ana le agarró una mano—. A veces hay que conformarse con el presente.

—No —rechazó Boone—. Contigo no me basta el presente.

—Yo no soy lo que crees, ni lo que quieres que sea. Boone...

—Eres justo lo que quiero —aseguró él. Y acalló sus dudas con un beso apasionado.

10

Una mezcla de excitación y miedo la sacudió cuando Boone la liberó del cinturón de seguridad y la atrajo con fiereza hacia sí. Este no era el Boone que la había amado con delicadeza, que la había colmado de caricias dulces con paciencia y promesas susurradas. Su amante de plácidos amaneceres y tardes perezosas se había convertido en alguien peligroso, alguien a quien no podía resistirse.

La sangre le hervía mientras Boone recorría su cuerpo con las manos. Ana aceptó el juego y se entregó a él, dispuesta a seguirlo y darle réplica, satisfaciendo sus propios deseos.

Se estremeció cuando la besó con vehemencia, al tiempo que le acariciaba los hombros. Por su parte, Boone estaba tan excitado que se veía capaz de poseerla allí mismo, en el coche, si ninguno de los dos recobraba la cordura a tiempo.

Le abrió la blusa y saboreó la piel desnuda de su cuello, de su escote, paladeándola desesperado.

Por fin se decidió a separarse. Tenía que llevarla a casa. Abrió la puerta y tiró de Ana con urgencia.

—Boone —dijo esta, tratando de seguir el ritmo de él, y perdiendo los zapatos en el camino—. El coche, has dejado las llaves...

—A la porra el coche —Boone volvió a besarla y la dejó sin respiración—. ¿Sabes lo que me haces? Cada vez que te veo...

Pero no pudo terminar la frase. Necesitaba seguir besándola, tocarla, conquistar sus labios, ya contra la puerta de casa. La miró a los ojos y vio su miedo y su excitación. Era como si los dos fueran conscientes de que el animal que llevaba guardando dentro durante semanas se había liberado.

—Dime que me deseas, Ana. Ahora, a mi manera.

—Te deseo —acertó a susurrar ella—. A tu manera, a cualquier manera.

Introdujo las manos dentro de la blusa de ella y la desgarró. Abrió la puerta con el pie y, una vez dentro, la abrazó descontroladamente, sujetándola con fuerza por la cintura, llevándose a la boca sus pechos mientras ella le agarraba el pelo, presa de la misma locura que lo había atacado a él.

—Boone, por favor —suplicó Ana, aunque no sabía qué era exactamente lo que le pedía.

Él volvió a buscar sus labios, hinchados ya, enlazó su lengua con la de ella. Cuando Ana empezó a desnudarlo, Boone creyó que el corazón le reventaría el pecho.

Avanzó como pudo hacia las escaleras, dejando caer la camisa al suelo.

—Aquí, aquí mismo —susurró cuando alcanzaron el rellano.

Así, por fin, devoró su cuerpo centímetro a centímetro, arrancando secretos con cada caricia, hasta llevarla a ese punto al que necesitaba encumbrarla. En esta ocasión no tuvo en consideración la fragilidad de Ana. Porque la mujer que yacía debajo de él no era frágil en absoluto. La mujer que yacía debajo de él lo estaba besando con ardor, lo estaba acariciando con agilidad felina.

Se sentía invencible, increíblemente libre. Su cuerpo estaba vivo, jamás se había sentido tan vivo, la cabeza estaba a punto de explotar, el mundo giraba a su alrededor, dando vueltas y más vueltas, cada vez más rápido.

Boone le quitó los pantalones, se deshizo después de la lencería y su boca... Ana gimió en una lengua extraña, jadeó mientras él le quitaba el aire con sus maniobras.

No podía entender los gemidos de Ana, pero sabía que la había hecho traspasar los límites de la cordura. Quería penetrarla allí, culminar la locura de esa pasión sin leyes tan arrebatadora.

Ya había esperado demasiado. Y Ana le ofrecía su cuerpo, dispuesta a ser amada. Boone emitió un ruido parecido al quejido de un semental... y la poseyó introduciéndose en ese magma de humedad y calor. Ana arqueó la espalda para acogerlo, moviendo las caderas como relámpagos, y se adentró al galope en la oscuridad de la noche más ciega y apasionada.

De pronto, empezaron a rodar escaleras abajo. Ana trató de sujetarlo, pero se había quedado sin fuerzas. No conseguía entender lo que estaba pasando. Se limitaba a registrar todas las emociones que se agolpaban en su corazón.

Si aquel era el lado oscuro del amor, nada la había preparado para hacerle frente. Y si la pasión de Boone era tan demoledora, Ana no comprendía cómo había sido capaz de reprimirla tanto tiempo.

Por ella. Lo había hecho por ella, se dijo mientras Boone trataba de asimilar lo que había ocurrido. Tenía que moverse. Encima de todo lo que le había hecho, tenía que estar aplastándola. Pero, al girarse, Ana emitió un débil quejido que le arañó la conciencia.

Se apartó, recogió un retal de la manga de la blusa y trató de cubrirla. Luego lo soltó y se tragó las ganas de maldecirse. Se había comportado como un animal... ¡encima de las escaleras!

—Ana —dijo él mientras le cubría los hombros con lo que quedaba de su propia camisa—. Anastasia, no sé cómo explicártelo.

—¿Explicar? —dijo esta con un hilillo de voz.

—No tengo excusa... Déjame que te ayude a levantarte... Voy a traerte algo de ropa... ¡Dios!

—Creo que no voy a levantarme —Ana se pasó la lengua por los labios y saboreó la boca de Boone—. Al menos en uno o dos días. Aunque no me importa. Me gusta estar tumbada.

Boone frunció el ceño, procurando interpretar el tono de voz de ella. No parecía enfadada ni dolida. Parecía... parecía satisfecha.

—¿No estás enfadada?

—¿Debería estarlo?

—Pues... te he asaltado prácticamente. Vamos, te he asaltado, sin el prácticamente. Me he tirado sobre ti en el coche, te he arrastrado hasta aquí, te he desgarrado la blusa y he devorado lo que quedaba de ti en las escaleras.

Tenía los ojos cerrados. Respiró profundo y luego sonrió:

—Lo has descrito a la perfección. Y es la primera vez que me devoran. No creo que vuelva a subir y a bajar unas escaleras de este modo en toda mi vida.

—Al menos me habría gustado llegar al dormitorio —comentó él mientras le acariciaba la barbilla.

—Supongo que acabaremos llegando —Ana abrió los ojos y vio la expresión preocupada de Boone—. ¿Pensas que podía enfadarme contigo por desearme tanto?

—Pensaba que podrías enfadarte porque no estás acostumbrada a que te traten así.

Ana se incorporó, sin dar importancia a los pinchazos que pronto se convertirían en moretones.

—No soy de cristal. No hay ningún modo de amarnos que esté mal —Ana le rodeó el cuello y esbozó una pícara sonrisa—. Y, dadas las circunstancias, me alegro de que hayamos llegado a casa.

—Mi vecina no tiene mucho pudor —dijo él, al tiempo que deslizaba las manos sobre la cadera de Ana.

—No parece —repuso esta mientras probaba a mordisquearle el labio inferior—. Por suerte, mi vecino es muy comprensible con las cosas de la pasión. Creo que nada podría sorprenderlo. Aunque le dijera que a menudo tengo fantasías sobre él por la noche, cuando estoy sola en la cama.

—¿De veras? —preguntó Boone, excitado—. ¿Qué tipo de fantasías?

—Imagino que viene hacia mí —la respiración de Ana comenzó a entrecortarse cuando la boca de Boone empezó a besarle los hombros—. Se acerca a mi cama en medio de la noche y veo sus ojos azules mientras estalla un relámpago en la calle, y sé que me desea como nadie me ha deseado jamás.

Sabedor de que si no lo hacía en ese momento, seguirían en las escaleras, se puso de pie y la ayudó a levantarse.

—No puedo hacer que estalle ningún relámpago —dijo mientras la levantaba en brazos, camino del dormitorio.

—Ya lo has hecho —repuso Ana, sonriente.

Después, horas más tarde, se sentaron sobre la cama deshecha mientras comían una pizza a la luz de una vela. Ana había perdido la noción del tiempo y no necesitaba saber si era medianoche o si estaría a punto de amanecer. Habían hecho el amor, habían hablado y reído y habían vuelto a amarse. Era la noche más feliz de su vida. ¿Qué importaba la hora que fuese?

—Ginebra no es una heroína en absoluto —comentó ella mientras se chupaba los dedos. Habían hablado de poesía épica, de leyendas antiguas y de clásicos del terror. No estaba segura de cómo habían llegado a Camelot, pero la postura de Ana sobre la princesa de Arturo era firme.

—Pensaba que una mujer, y más una tan compasiva como tú, se compadecería más de su situación —dijo Boone mientras miraba la última porción de pizza.

—¿Por qué? —Ana agarró la porción y la compartió con él—. Traicionó a su marido, conspiró contra el rey, y todo porque no tenía voluntad y era caprichosa.

—Estaba enamorada.

—El amor no lo justifica todo —Ana miró a Boone, que estaba de lo más atractivo. Solo llevaba unos calzoncillos deportivos, tenía el pelo enmarañado y un vello incipiente le asomaba por la barba—. Eso es muy típico de los hombres: justificar la infidelidad de una mujer por el mero hecho de que la mueve un sentimiento romántico.

—Simplemente, no creo que controlara la situación.

—Claro que la controlaba. Podía elegir y eligió mal, igual que Lancelot. Todo ese rollo que se traían del heroísmo y la rivalidad y la lealtad era una patraña. Al final acaban traicionando a un hombre que los quiere a los dos.

—Me sorprendes. Yo pensaba que eras romántica —Boone sonrió y dio un sorbo a una copa de vino—. Recoges flores a la luz de la luna y coleccionas estatuas de hadas, pero luego condenas a la pobre Ginebra por dejarse llevar por el corazón.

—¡La pobre Ginebra...!

—Espera, no te embales —Boone estaba disfrutando de lo lindo. Ninguno de los dos se había parado a pensar que estaban discutiendo sobre personas que la mayoría consideraba ficticias—. No olvidemos a los demás personajes. Se suponía que Merlín supervisaba toda la historia. ¿Por qué no hizo nada al respecto?

—Los magos no deben interferir en el destino —contestó Ana mientras se sacudía las migas de las piernas.

—Vamos, estamos hablando del campeón de los magos. Un pequeño encanto le habría bastado para arreglarlo todo.

—¿Y alterar cuántas vidas? —replicó ella—. No, no podía hacer nada, ni siquiera por Arturo. Cada uno, ya sea brujo, rey o un simple mortal, es responsable de su propio destino.

—Supongo —comentó Boone sonriente—. ¿Sabes? Cuando era pequeño, solía imaginarme que vivía en aquella época.

—¿Rescatando doncellas de las garras de un dragón?

—Por supuesto. Y también desafiaba a los bandidos y les ganaba a todos.

—¡Cómo no!

—Luego crecí y descubrí que podía tener lo mejor de los dos mundos, viviendo allí cuando escribía y disfrutando de las comodidades del siglo veinte el resto del tiempo.

—Como comer pizza en la cama.

—Exactamente —convino Boone—. Ordenadores, agua caliente... Por cierto, creo que es hora de que te demuestre lo que puedo hacer en la ducha.

—¿Vas a ponerte a cantar? —preguntó Ana entre risas.

—Puede que luego —Boone entró en el baño adjunto de su dormitorio y abrió el grifo de la ducha—. Espero que te guste el agua caliente —añadió mientras se la subía a los hombros.

—¡Boone! —exclamó ella mientras el agua los empapaba en todas direcciones—. Me estás ahogando.

—Perdón —Boone se giró y alcanzó el jabón—. Creo que compré la casa por esta ducha. Es tan espaciosa —comentó mientras enjabonaba las pantorrillas de Ana.

A pesar de que el agua estaba caliente, Ana tembló al notar las caricias de la esponja detrás de la rodilla.

—Me cuesta apreciar la amplitud desde aquí arriba —comentó ella.

Boone empezó a bajarla, lentamente, hasta depositarla en el suelo.

—Se llena todo de vaho, pero eso contribuye a crear ambiente —dijo él mientras la empujaba contra la pared—. ¿Quieres que te cuente una de mis fantasías?

—Parece justo... —susurró Ana mientras él le rozaba un pezón.

—Mejor aún, ¿por qué no la ponemos en práctica? —Boone posó los labios sobre los de ella y se deshizo de la camisa que le había prestado para que no se enfriara mientras comían pizza—. Empiezo a enjabonarte por los hombros... y no paro hasta llegar a los pies.

Ana tenía la corazonada de que la ducha iba a unirse a las escaleras como escenario erótico. Se agarró a los flancos de Boone para no perder el equilibrio y echó la espalda hacia atrás mientras él le pasaba el jabón sobre los pechos.

Calor. Dentro de la ducha y dentro de ella. Casi no podía respirar. Era como una tormenta tropical. Boone deslizaba la pastilla de jabón por la espalda de Ana mientras ambos frotaban sus cuerpos y se besaban y reían y volvían a besarse cada vez más excitados.

Porque si a ella le hervía la sangre, lo mismo le ocurría a Boone. Era evidente que este disfrutaba tanto como Ana, cuyas caricias no solo eran apasionadas, sino también amorosas.

Así, comenzó a recorrer sus hombros con las manos, luego el pecho, las costillas, la planicie de su estómago.

Boone sacudió la cabeza, tratando de despejarla. Su intención había sido seducirla, no que Ana lo sedujera a él.

—Espera —le agarró las manos, consciente de que si dejaba que Ana siguiera tocándolo, no sería capaz de parar hasta el final—. Déjame que...

—No —lo interrumpió ella, acallando a Boone con un nuevo beso—. Déjame tú a mí. Me deseas... pues tómame... ahora —añadió desafiante sin parar de acariciarlo y pellizcarlo.

Parecía una diosa recién salida del mar. El pelo relucía sobre sus hombros, la piel le brillaba con el agua y sus ojos ocultaban secretos incapaces de descifrar.

Era maravillosa, insuperable. Y era de él.

—Agárrate a mí —susurró Boone mientras la levantaba por las caderas y la recostaba contra la pared de la ducha—. Agárrate.

Ana le rodeó el cuello con las manos, la cintura con las piernas y Boone la poseyó de pie, salpicados por el agua de la ducha. Echó la cabeza hacia atrás y miró al techo, de espejos, los cuales reflejaban el amasijo de brazos y piernas que hacían imposible distinguir dónde acababa un cuerpo y dónde empezaba el otro.

—Te quiero —gimió Ana, devastada por el placer. No estaba segura de si había pronunciado aquellas palabras o si habían sido un mero pensamiento, pero las repitió y repitió hasta que el cuerpo empezó a convulsionarse.

Boone se vació dentro de ella y luego se recostó sobre la pared, ya casi sin fuerzas.

—Dímelo ahora —dijo él, sin dejar de abrazarla.

—¿El qué? —contestó Ana, sonriente.

—Que me quieres. Dímelo ahora.

—Yo... ¿No crees que deberíamos secarnos? Llevamos mucho tiempo bajo el agua.

—Quiero estar mirándote mientras me lo dices —insistió Boone, al tiempo que cerraba el grifo de la ducha—. Y nos vamos a quedar aquí hasta que lo hagas.

Ana vaciló. Boone no podía sospechar que la estaba forzando a dar un paso más... con el que podría espantarla.

—Te quiero —se atrevió por fin a repetir—. No estaría aquí si no te quisiera.

—Siento como si llevara años esperando a que dijeras eso —replicó Boone, más relajado.

—Solo tenías que pedírmelo.

—Tú ni siquiera eso —repuso Boone. Al ver que estaba temblando, sacó una toalla para que se secara—. Anastasia, tú no tienes que pedírmelo. Te quiero. Me has devuelto algo que creí que no volvería a tener ni desear.

Ella suspiró y apoyó la cabeza sobre el pecho de Boone.

—Eres todo lo que jamás he querido —afirmó Ana—. No dejes de quererme, Boone. No dejes de hacerlo.

—No podría —contestó él—. No llores.

—No lloro —las lágrimas le nublaban los ojos, pero no llegaron a caer—. Yo no lloro.

«Anastasia no llora, pero va a llorar por ti».

Las palabras de Sebastian resonaron en la cabeza de Boone. Era ridículo. Él jamás le haría daño. Abrió la boca, pero la cerró al instante. La ducha no era el lugar indicado para declararse. Y antes tenía que decirle algunas cosas.

—Vamos a cambiarnos. Tenemos que hablar.

Ana estaba demasiado feliz como para dar importancia a la inquietud que le hormigueaba por el pecho. Rió cuando Boone le plantó otra de sus camisas encima de la cabeza. Luego sirvió vino para los dos mientras él se ponía los vaqueros.

—¿Vienes conmigo? —preguntó Boone, tendiéndole una mano.

—¿Adónde vamos?

—Quiero enseñarte algo —Boone la guió por un pasillo, hasta su despacho.

—¡Tu lugar de trabajo! —exclamó Ana, entusiasmada.

Las ventanas de la pieza eran anchas y aún no tenían cortinas. Había un par de raspones en el suelo. Un ordenador, montones de papeles y varias estanterías de libros indicaban que estaban en un despacho. Pero lo había decorado con encanto. Había algunos dibujos enmarcados, así como una colección de caballeros y dragones que la intrigaba. Un hada alada que había comprado en la tienda de Morgana ocupaba un lugar de privilegio.

—Necesitas alguna planta —decidió Ana al instante, pensando en los narcisos de su invernadero—. Supongo que pasarás horas en este despacho todos los días —añadió mientras miraba el cenicero vacío que había junto al ordenador.

Boone siguió la mirada de Ana y frunció el ceño. ¡Qué extraño que no hubiera encendido un solo cigarrillo en los últimos días! Se había olvidado del tabaco por completo.

—A veces miro por la ventana cuando estás en el jardín. Me impide concentrarme.

—Tendremos que comprarte unas cortinas —Ana rió mientras se sentaba sobre la mesa del despacho.

—Ni hablar —Boone sonrió—. Ana, tengo que hablarte de Alice —añadió con voz nerviosa.

—No tienes que explicarme nada, de verdad.

—Pero yo lo necesito —Boone se giró y apuntó hacia un dibujo que había colgado en la pared. Una chiquilla estaba arrodillada junto a un río y limpiaba una palangana dorada en el agua—. Lo dibujó antes de que Jessie naciera. Me lo dio en nuestro primer aniversario.

—Es muy bonito. Tenía mucho talento.

—Sí, era muy especial —Boone dio un sorbo de vino, en un brindis inconsciente por un amor perdido.

—¿Os hicisteis novios en el instituto? —preguntó Ana, dispuesta a escuchar lo que él quisiera contarle.

—No, no —Boone sonrió—. Alice era animadora de un equipo de baloncesto, delegada de curso y alumna modélica. Nos movíamos en círculos distintos y ella iba dos cursos por detrás. Era mi época rebelde, cuando paseaba por el instituto haciéndome el duro.

—Me habría gustado verte —Ana sonrió y le hizo una caricia en la mejilla, aún sin afeitarse.

—Fumaba a escondidas en los cuartos de baño y Alice decoraba los escenarios de las obras de teatro que se representaban en el instituto. Nos conocíamos, pero nada más. Luego me fui a la universidad, acabé en Nueva York. Dado que quería escribir, me pareció necesario alquilarme un estudio y pasar un poco de hambre.

Ana lo rodeó por la cintura para hacer que se sintiera cómodo mientras él iba engarzando sus pensamientos.

—Una mañana, estaba en una cafetería que había al lado de mi estudio y me la encontré pidiendo un café y un bollo. Empezamos a hablar. Ya sabes, qué haces aquí, qué ha sido de tal persona, esas cosas. Fue agradable, y emocionante. Allí estábamos, dos chavales de una ciudad pequeña dando el salto a Nueva York.

El destino los había unido, pensó Ana, haciendo que se encontraran en una ciudad de millones de habitantes.

—Ella estudiaba Arte Dramático —prosiguió Boone—, compartía piso a un par de manzanas con otras chicas. La acompañé a casa y empezamos a hablar, durante horas. Alice estaba llena de vida, de energía, de ideas. No nos dimos cuenta de que nos estábamos enamorando... Y antes de vender mi primer libro ya nos habíamos casado. Ella seguía estudiando.

Tuvo que detenerse ante la viveza de los recuerdos. Apretó la mano de Ana, la cual le transmitió toda la fuerza que pudo.

—En fin, todo parecía perfecto —continuó él—. Éramos jóvenes, felices, estábamos enamorados. Hasta le habían encargado la decoración de una obra de teatro profesional. Cuando descubrimos que estaba embarazada, decidimos volver a casa para educar al bebé en un ambiente mejor, junto a nuestras familias. Entonces llegó Jessie y parecía imposible que nada pudiera arruinar nuestra felicidad. Salvo que Alice nunca llegó a recuperar la energía después del parto. Todos decían que era normal que estuviera cansada con el trabajo y la niña. Empezó a perder peso. Yo bromeaba diciendo que iba a desaparecer... y decidimos que fuera al médico. Se sometió a muchas pruebas, pero hubo un fallo en el laboratorio y no lo detectaron a tiempo... Cuando nos enteramos de que tenía cáncer, era demasiado tarde para remediarlo.

—Lo siento, Boone. Lo siento mucho.

—Sufrió. Eso fue lo peor. Ella sufría y yo no podía hacer nada. Miraba cómo se moría, poco a poco. Y pensé que yo también me moriría. Pero estaba Jessie. Alice solo tenía veinticinco años cuando la enterré. Jessie acababa de cumplir dos —Boone respiró profundo antes de girarse hacia Ana—. Quería a Alice. Siempre la querré.

—Lo sé. Cuando alguien entra así en tu vida, nunca deja de estar contigo.

—Cuando la perdí, dejé de creer en finales felices, salvo en los libros. No quería volver a enamorarme, arriesgarme a sufrir tanto... ni por mí ni por Jessie. Pero me he vuelto a enamorar. Lo que siento por ti es tan fuerte, que me hace volver a creer. No es lo mismo que sentía antes; no es menos, es... nosotros.

—Boone, ¿creías que te pediría que la olvidaras?, ¿que tendría celos de lo que habías compartido con ella? —Ana le acarició la cara—. Eso solo agranda mi amor por ti. Ella te hizo feliz, te dio a Jessie. Ojalá la hubiera conocido.

Conmovido por la bondad de Ana, apoyó la frente sobre la de ella.

—Cásate conmigo, Ana.

11

Se quedó helada. Inmóvil. El aire pareció estancársele en los pulmones. Por más que el corazón latiera esperanzado, la cabeza le recomendaba que fuese prudente.

—Boone, creo que...

—No me digas que estoy yendo demasiado rápido —dijo él. Estaba muy calmado después de haber dado el paso. Un paso que ya había decidido dar semanas atrás—. Me da igual. Te necesito en mi vida, Ana.

—Ya formo parte de tu vida —Ana sonrió—. Ya te lo he dicho.

—Al principio era duro, cuando solo te deseaba. Fue más duro cuando me encariñé de ti. Pero ahora que me he enamorado no quiero que vivas en la casa de enfrente —Boone la agarró por los hombros—. No quiero tener que mandar fuera a Jessie para poder pasar la noche contigo. Y tú has dicho que también me quieres.

—Ya sabes que sí —Ana se apoyó sobre Boone—. Te quiero más de lo que jamás había imaginado que era posible. Pero casarnos es...

—Perfecto —Boone pasó una mano por el cabello húmedo de Ana—. Es perfecto. Yo no me tomo las relaciones con las mujeres a la ligera. Y no hablo solo de sexo. Estoy hablando de lo que siento cada vez que te miro. Antes de conocerte, estaba contento con la vida que llevaba; pero ya no me basta. No puedo conformarme. Quiero que estemos juntos.

—Si fuera tan sencillo...

—Puede serlo —aseguró Boone—. Cuando esta mañana entré en mi habitación y te vi en la cama abrazando a Jessie... no te imaginas lo que sentí. Me di cuenta de que quería tenerte aquí. Supe que la podía compartir contigo, porque tú también la quieres. Supe que podríamos tener más hijos. Un futuro.

Ana cerró los ojos: la perspectiva era demasiado tentadora, demasiado bonita. Y ella se estaba negando a que dicha perspectiva se hiciera realidad... porque tenía miedo.

—Si te dijera que sí ahora, antes de que comprendas, antes de que me conozcas, no sería justo.

—Ya te conozco —Boone la abrazó—. Sé que eres apasionada y compasiva, que eres leal, generosa. Sé lo importante que es la familia para ti y que te gusta la música romántica. Sé cómo suena tu risa, cómo hueles. Y sé que podría hacerte feliz, si me dejas.

—Me haces feliz, Boone. Pero tú te mereces que yo también te lo haga y no sé si es posible. No pensé que esto pudiera suceder tan rápidamente. Si hubiera sabido que estabas pensando en casarnos... —Ana se quedó callada. No podía imaginar nada más maravilloso que convertirse en su esposa. Tenía que decirle la verdad, para que Boone pudiera decidir si la aceptaba o la rechazaba—. Tú has sido mucho más sincero conmigo que yo contigo.

—¿En qué sentido?

—He sido muy cobarde —Ana cerró los ojos y suspiró—. Pero a mí todo me afecta más, física y emocionalmente. Por eso tengo miedo. Soy muy vulnerable.

—No sé de qué estás hablando, Ana.

—No, no lo sabes —convino esta—. ¿Puedes comprender que hay personas más sensibles a los sentimientos de los demás?, ¿personas que tienen que ponerse escudos y defenderse para no absorber el dolor, el miedo y el sufrimiento que las rodean, porque no podrían sobrevivir si no lo hicieran?

—¿Te estás poniendo mística? —dijo Boone, sonriendo, forzándose a ocultar su impaciencia.

—Sé que tengo que explicarme, pero no sé cómo —reconoció Ana—. Si pudiera... —dejó la frase en el aire. Había echado el cuerpo hacia atrás y había tirado un dibujo al suelo. Se agachó a recogerlo.

Quizá fuera el destino por lo que cayó boca arriba. Ana lo miró y contuvo la respiración... porque en el dibujo podía verse a una bruja diabólica con una capa negra.

—No te preocupes por eso —dijo Boone.

—¿Es para tu cuento?

—¿Para *El castillo de plata*? Sí. Pero no cambies de tema.

—No te creas que cambio tanto —murmuró Ana—. Vamos, hálame del dibujo.

—¡Maldita sea, Ana!

—Por favor.

—Es lo que parece —contestó Boone, impaciente—. La bruja malvada hechiza a la princesa y la encierra en el castillo. Tenía que haber algún hechizo para que nadie pudiera entrar ni salir.

—Así que eliges a una bruja mala.

—Ya sé que es poco original, pero el cuento lo pide. La bruja vengativa, celosa por la belleza de la princesa, la hechiza y la aparta del amor, de la vida y de la felicidad. Al final triunfa el amor, el hechizo se rompe y la bruja es eliminada. Viven felices y comen perdices.

—Supongo que para ti, las brujas son malvadas y calculadoras —dijo Ana, repitiendo los dos adjetivos con que las había descrito Robert.

—Lo son por naturaleza, ¿no?

—Hay quien piensa así —Ana apartó el dibujo después de ver confirmada la enorme distancia que los separaba—. Boone, quiero pedirte una cosa esta noche.

—Creo que esta noche podrías pedirme cualquier cosa —repuso él.

—Tiempo —dijo Ana—. Y fe. Te quiero, Boone, y no hay nadie más con quien quiera compartir mi vida. Pero necesito tiempo y tú también. Solo una semana, hasta la luna llena. Entonces te contaré algunas cosas. Después, espero que todavía quieras casarte conmigo. Si entonces me lo pides, te diré que sí.

—Di que sí ahora —Boone la agarró y trató de convencerla besándola de nuevo—. ¿Qué puede cambiar en una semana?

—Todo —susurró ella—. O nada.

No le importaba esperar. Aunque los nervios y la impaciencia lo consumían día a día. Pasó el primero, el segundo, luego un tercero. Trató de reconfortarse pensando en el giro que daría su vida una vez que acabara aquella interminable semana.

No pasaría más noches solo. Pronto estaría Ana a su lado al meterse en la cama. Llenaría toda la casa con su presencia, con su aroma, con la fragancia de las hierbas que la acompañaban a todas partes. Podrían hablar y hablar durante horas, sentados en el porche, sobre el día a día y sobre el futuro.

O quizá le pidiera Ana que se fueran los dos a su casa. Daba igual. Pasearían por el jardín y ella les enseñaría los nombres de todas las flores.

Tal vez fueran a Irlanda, donde Ana le mostraría todos los lugares importantes de su infancia. Ella le contaría infinidad de anécdotas y él podría usarlas para escribir cuentos.

Un día tendrían más hijos y la vería sostener en brazos a sus hijos como Morgana y Nash habían tenido a los suyos.

Más niños. De pronto miró una foto de Jessie, en la que aparecía sonriendo a la cámara.

Su niña. Su única hija. Nunca se había dado cuenta de que quería tener más, de lo mucho que le gustaba ser padre. Podía imaginarse acunando a un bebé por la noche, igual que había acunado a Jessie. Le agarraría las manitas mientras él daba sus primeros pasitos. Jugarían con una pelota y lo enseñaría a montar en bici.

Un hijo. ¿No sería maravilloso tener un hijo? U otra hija. Un hermano o una hermana para Jessie. A ella la encantaría, se dijo mientras sonreía como un idiota. Aunque todavía no sabía si Ana quería aumentar la familia. En esos momentos, preguntárselo sería presionarla.

Entonces recordó cómo la había visto abrazar a Jessie, cómo le había brillado la cara mientras sostenía en brazos a los bebés de Morgana.

Seguro. Seguro que estaría ansiosa porque el amor de ambos diera sus frutos.

Cuando terminara la semana, pensó, empezarían a hacer planes para el futuro.

Para Ana, en cambio, los días se iban volando. Pasaba horas tratando de decidir cómo contarle todo a Boone. Luego se echaba atrás y pensaba en otro enfoque.

Estaba el enfoque directo.

Se imaginó sentada en la cocina mientras tomaban un té y le decía:

—Boone, soy una bruja. Si no tienes nada en contra, podemos empezar a planear la boda.

Y estaba el enfoque sutil.

Estarían sentados en el jardín mientras bebían vino y contemplaban la salida del sol. Hablarían sobre sus infancias y le diría:

—Supongo que la vida en Indiana no es igual que en Irlanda. Allí la gente está muy acostumbrada a que les nazcan brujas —entonces sonreiría—. ¿Más vino, cariño?

O el enfoque intelectual.

—Estoy segura de que convendrás en que la mayoría de las leyendas tienen una base real —comentaría durante un paseo por la playa—. Tus libros demuestran un gran respeto por lo que la mayoría considera fabuloso. Me gusta mucho cómo abordan el tema de la magia y las hadas; sobre todo en El tercer deseo de Miranda...

En cualquier caso, tenía que tomar una decisión pronto, pues solo quedaban veinticuatro horas para que finalizara la semana de plazo que le había pedido.

Boone ya había tenido mucha paciencia. No podía seguir haciéndolo esperar.

Al menos, esa tarde recibiría algo de apoyo moral. Aparte de Boone y Jessie, Morgana, Sebastian y sus respectivas parejas iban camino de su casa para cenar juntos como cada viernes. Si eso no la animaba, nada lo conseguiría.

Salió al jardín y se encontró con Jessie.

—Vamos a cenar a tu casa —anunció la niña, seguida por Daisy—. Los bebés vienen también y si tengo mucho, mucho cuidado, quizá pueda sostener a uno.

—Claro que sí —Ana miró en derredor, en busca de algún rastro de Boone—. ¿Qué tal te ha ido hoy en el colegio, cielo?

—Chuli. Ya sé escribir mi nombre y el de papá y el tuyo. El tuyo es el más fácil. También me sé el de Daisy, pero no sé cómo se deletrea Quigley, así que solo he escrito gato. Luego he escrito los nombres de toda mi familia, como la seño nos ha pedido —Jessie se calló y, por primera vez desde que Ana la conocía, miró con timidez—. ¿He hecho bien diciendo que eres de mi familia?

—Muy bien —Ana le dio un abrazo a la pequeña. ¡Sí!, ¡cómo deseaba ser parte de su familia!, ¡ser una esposa para Boone y una madre para la niña!—. Te quiero, Jessie.

—Tú no te vas a marchar, ¿verdad?

Estaban tan cerca que Ana no pudo evitar acercarse al corazón de Jessie, que estaba pensando en su madre.

—Yo no quiero marcharme, pero si tuviera que alejarme, seguiría estando cerca.

—¿Cómo puedes alejarte y seguir estando cerca?

—Porque estarías dentro de mi corazón, aquí —Ana se llevó la mano al pecho. Luego frotó la cadena con el amuleto de oro que tenía en el cuello y se lo dio a Jessie.

—¡Brilla!

—Es muy especial. Cuando te sientas triste o sola, frótalo y piensa en mí. Yo lo sabré y te mandaré felicidad.

—¿Es mágico?

—Sí.

Jessie aceptó la respuesta con la fe de los niños pequeños.

—Quiero enseñárselo a papá —Jessie echó a correr y luego se acordó de los modales—. Gracias.

—De nada. ¿Está... está Boone en casa?

—En el tejado.

—¿En el tejado?

—Porque el mes que viene es Navidad y está viendo las luces que hay y cuántas tenemos que comprar. Toda la casa va a estar encendida. Papá dice que va a ser la mejor Navidad de todas.

—Eso espero —Ana se puso las manos de visera y miró hacia arriba. Lo vio allí, encima de la casa, mirándola a ella a su vez. El corazón le dio un vuelco, pero, a pesar de los nervios, sonrió y lo saludó con una mano.

Sería tan maravilloso, se dijo. Tenía que salir bien.

Boone se olvidó de las luces y siguió mirándola mientras Jessie corría hacia su casa.

Sería tan maravilloso, se dijo él también. Tenía que salir bien.

—¿Cuándo comemos? —preguntó Sebastian mientras se metía una aceituna en la boca.

—Tú ya estás haciéndolo —dijo Mel.

—Me refiero a comida de verdad —Sebastian le guiñó un ojo a Jessie—. Perritos calientes.

—Pollo a las finas hierbas —corrigió Ana.

Estaban en el jardín. Jessie se había sentado en una silla metálica y sujetaba a Allysia en su regazo con mucho cuidado. Boone y Nash discutían sobre cómo debía cuidarse a los bebés. Morgana estaba dando de mamar a Donovan mientras oía a Mel contar el final de la escapada del chaval al que habían localizado entre Sebastian y ella.

—El niño lo estaba pasando fatal. Se arrepentía de haberse marchado, pero le daba miedo volver. Cuando le dijimos que sus padres estaban asustados, en vez de enfadados, volvió a casa de inmediato —explicó Mel mientras Morgana daba unas palmaditas en la espalda de Donovan para que eructara—. ¿Quieres que lo tenga yo un rato?

—Gracias —Morgana se fijó en la cara de Mel al agarrar al bebé—. ¿Estás pensando en tener tu propio bebé?

—De hecho, creo que podría... —Mel miró de reojo y vio que Sebastian estaba jugando con Jessie—. Todavía no estoy segura, pero creo que quizá este en camino.

—Mel, eso es...

—¡Chiss! —susurró ella—. No quiero que sospeche nada o empezará a leerme el pensamiento. Esta vez quiero sorprenderlo —explicó Mel, sonriente, mientras colocaba a Donovan en el asiento del cochecito doble.

—Allysia también se ha dormido —dijo Jessie.

—¿Quieres ponerla con su hermanito? —Sebastian colocó las manos debajo de las de Jessie, para que esta colocara a Allysia en el cochecito—. Así, muy bien. Algún día serás una madre estupenda.

—Quizá tenga gemelos como Morgana —dijo Jessie. Luego se giró hacia Daisy y le pidió que guardara silencio—. Vas a despertar a los bebés.

Pero Daisy no pudo evitar ponerse a correr detrás de Quigley.

—Creo que esta perra no necesita que la amaestremos —comentó Boone después de dar un trago a su cerveza—. Lo que le hace falta es una institución mental con departamento para animales.

Cuando Jessie atrapó a Daisy, la sujetó con las manos y la regañó:

—Tenéis que ser amigos. Ana se enfadará si molestas a Quigley — Jessie miró hacia la escalera que había usado su padre para subirse al techo, a la cual se había subido el gato, asustado. Boone le había prohibido que se acercara a ella, pero Quigley podía caerse y matarse. Pensó en volver al jardín y pedirle permiso a su padre, pero entonces oyó al gato maullar y decidió subir a rescatarlo—. Ya voy, gatito. No tengas miedo... Gatito, gatito... Daisy solo quiere jugar, vamos. Yo te bajo...

Ya estaba casi en el tejado cuando se resbaló...

—¡Qué bien huele! —dijo Boone, aunque estaba olfateando el cuello de Ana, más que el pollo que había cocinado.

—Si vas a besarla, aparta —dijo Nash—. El resto queremos cenar.

—Está bien —Boone se echó a un lado, rodeó a Ana y la besó en la boca—. Ya casi ha pasado la semana. Podías...

Pero el grito de Jessie dejó incompleta la frase. Se puso de pie y echó a correr hacia el césped de su casa, con el corazón en vilo.

—¡Dios mío!, ¡Dios mío! —exclamó al encontrarla sobre el suelo, con el brazo torcido en un ángulo imposible, con la cara totalmente blanca—. ¡Jessie! —Boone se agachó junto a ella. Estaba demasiado quieta. Al ir a levantarla, vio que estaba sangrando.

—¡No la muevas! —gritó Ana, ya junto a los dos, aterrada—. No sabes si tiene algún hueso roto. Podrías agravar su lesión.

—Está sangrando... Jessie, Jessie, por favor, no me hagas esto — Boone le buscó el pulso en la garganta—. Necesitamos una ambulancia.

—Yo llamo —dijo Mel.

—Boone, Boone, escúchame —le pidió Ana con voz más calmada—. Apártate, déjame que la vea. Tengo que ayudarla.

—No respira —susurró él, destrozado—. Creo que no respira. Se ha roto el brazo.

Era mucho más grave. Y no había tiempo para esperar a la ambulancia.

—Yo puedo ayudarla, pero tienes que apartarte.

—Necesita un médico. ¡Por Dios, que alguien llame a una ambulancia!

—Sebastian —lo llamó Ana con voz firme. Este se acercó y separó a Boone de Jessie.

—¡Suéltame! —gritó este, sujeto entre Sebastian y Nash—. ¿Se puede saber qué os pasa? ¡Tenemos que llevarla al hospital!

—Deja que Ana la ayude —dijo Nash, tratando de ocultar su propio pánico—. Tienes que confiar en ella. Hazlo por Jessie.

—Ana —Morgana le pasó a uno de los bebés a Mel. Estaba pálida—. Quizá sea demasiado tarde. Sabes lo que podría pasar si...

—Tengo que intentarlo.

Con mucho, con muchísimo cuidado, colocó las manos a ambos lados de la cabeza de Jessie. En seguida empezó a notar que su propia respiración se ralentizaba. Le costaba bloquear el terrible miedo que Boone transmitía, pero se concentró en la niña.

Dolor. Absorbió el dolor de Jessie, demasiado para una niña pequeña. Había sido una caída espantosa, desde mucha altura. Notó el miedo de Jessie, el golpe contra el suelo. Le acarició los hombros y, de pronto, fue Ana la que palideció y empezó a sangrar.

—¡Dios! —exclamó Boone, aunque ya no se resistía—. ¿Qué está haciendo?, ¿cómo?

—Necesita silencio —murmuró Sebastian, el cual agarró la mano de Morgana. No podían hacer otra cosa que esperar.

Las lesiones internas eran graves. Ana sudaba mientras examinaba, absorbía y reparaba a Jessie. Estaba muy concentrada y debía prolongar su estado de trance para salvar las vidas de la niña y la de ella.

Se estremeció de dolor. Gritó. Cada vez respiraba con más dificultad. Ana puso una mano sobre la cadena que le había regalado a Jessie y la otra sobre el corazón de la pequeña.

Echó la cabeza hacia atrás y sus ojos se quedaron totalmente blancos. Tenía que darse prisa, un fallo en esos momentos sería fatal para las dos. Miró al cielo y notó que Jessie se alejaba.

—Por el poder de mi don, tierra, agua, viento y sol —dijo con la voz quebrada—, el dolor que de ti absorba, ha de ser tu salvación —concluyó Ana, extenuada.

De pronto, Jessie abrió los ojos.

—Jess... ¿Jessie? —Boone corrió a abrazarla—. Amor mío, ¿estás bien?

—¿Papa?, ¿me he caído?

—Sí —dijo Boone, llorando de la emoción—. Sí.

—No llores, papá. Estoy bien.

Boone miró a la pequeña. No había rastro de sangre. No tenía ninguna magulladura, ni el más mínimo rasguño. La abrazó con todas sus fuerzas mientras Sebastian ayudaba a Ana a mantenerse en pie.

—¿Te duele algo, Jessie?

—No —la niña bostezó y apoyó la cabeza sobre el hombro de Boone—. Iba con mamá. Estaba muy guapa con toda la luz, pero se puso triste al verme. Luego estaba Ana y me dio la mano y mamá se alegró cuando nos despidió. Tengo sueño, papá.

—Está bien, amor mío —acertó a responder Boone, con el corazón aún en la garganta—. ¿Qué ha pasado? —preguntó entonces.

—Jessie está bien y Ana no —contestó Nash—. No intentes comprenderlo.

—Quiero saber lo que ha pasado —insistió Boone, nervioso.

—Está bien —Ana miró a su familia—. Dejados a solas un minuto. Me gustaría... —pero no pudo completar la frase. Las fuerzas la habían abandonado y se desmayó.

—¿Qué está pasando? —exigió saber Boone, que la agarró antes de que Ana cayera al suelo. — ¿Qué le ha hecho a Jessie?, ¿qué se ha hecho ella?

—Ha salvado la vida de tu hija —murmuró Sebastian—. Y ha arriesgado la suya.

—Tranquilo, Sebastian —dijo Morgana—. Boone ya ha sufrido bastante.

—¿Él?

—Sí —afirmó Morgana—. Boone, Ana necesita descansar. Tiene que descansar mucho. Si quieres, puedes llevarla a casa. Uno de nosotros se quedará cuidándola.

Ya no le dolía nada, no sentía nada en absoluto. En un par de ocasiones oyó a Sebastian y a Morgana, a sus padres, a sus tíos, a muchas personas.

Después de un larguísimo viaje, tuvo la sensación de que por fin regresaba. El mundo empezaba a cobrar color. Después de más de veinticuatro horas quieta, suspiró y abrió los ojos.

Boone estaba delante. Se levantó automáticamente y le dio la medicación que Morgana le había dejado.

—Ten —dijo, sujetándole una taza—. Se supone que tienes que tomarte esto.

—¿Jessie? —preguntó Ana después de obedecer.

—Está bien. Nash y Morgana la han ido a buscar antes. Esta noche dormirá en su casa.

—¿Cuánto tiempo llevo dormida?

—¿Dormida? —repitió Boone—. Llevas veintiséis horas y media en una especie de coma.

Nunca había realizado un viaje tan largo.

—Tengo que ver a mi familia y decirles que estoy bien.

—Yo lo haré. ¿Tienes hambre?

—No —Ana trató de no sentirse herida por el tono cortés y distante que notaba en la voz de Boone—. No hace falta.

—Entonces vuelvo en seguida.

Cuando la dejó sola, Ana se cubrió la cara con las manos. Había sido culpa suya, se reprochó. No lo había preparado y el destino la había ganado por la mano. Suspiró, salió de la cama y empezó a vestirse.

—¿Se puede saber qué haces? —le preguntó Boone cuando regresó—. Se supone que tienes que descansar.

—Ya he descansado bastante —respondió Ana mientras se abrochaba la blusa—. Ahora tenemos que hablar.

—Como quieras —dijo él, nervioso.

—¿Podemos salir? Me vendría bien un poco de aire.

—De acuerdo —Boone le agarró un brazo y la guió escaleras abajo, hasta salir al porche. Una vez sentada, él encendió un cigarrillo. Apenas había pegado ojo desde el accidente y había subsistido con una dieta de tabaco y café—. Si te sientes con fuerzas, te agradecería una explicación.

—Intentaré darte una. Siento no habértelo dicho antes. Quería, pero no encontraba la manera adecuada.

—Directa y sincera —le sugirió Boone.

—Las ramas de mi árbol genealógico se remontan a muchos siglos atrás, tanto por parte de madre como de padre. ¿Sabes lo que es una hechicera?

—Una bruja —contestó él.

—En realidad, es una mujer sabia. Pero dejémoslo en bruja —Ana lo miró a los ojos—. Soy una bruja hereditaria, nací con poderes empáticos que me permiten unirme emocional y físicamente con las demás personas. Mi don es sanar y absorber el dolor ajeno.

—¿Me estás diciendo que eres una bruja? —preguntó Boone, incrédulo, mientras daba una calada a un cigarro.

—Sí.

—¿Qué clase de broma es esta, Ana? —saltó Boone, furioso—. ¿No crees que me merezco una explicación razonable después de lo que pasó anoche?

—Creo que te mereces la verdad. Aunque no te parezca razonable —repuso ella—. Dime cómo te explicas lo que ayer presenciaste. Boone abrió la boca y volvió a cerrarla. Llevaba veinticuatro horas pensando al respecto y no había encontrado una respuesta que lo satisficiera.

—No puedo explicármelo. Pero eso no significa que me crea eso que dices.

—Está bien —Ana se puso de pie y colocó una mano en el pecho de él—. Estás cansado, has dormido poco, te duele la cabeza y estás muy tenso.

—No hace falta ser bruja para adivinar eso.

—No —convino Ana. Antes de que Boone se retirara, le puso una mano en la frente y otra en el estómago—. ¿Mejor? —le preguntó un momento después.

Necesitaba sentarse, pero tenía miedo de no poder volver a levantarse. Solo lo había tocado y ya no tenía jaqueca.

—¿Qué es esto?, ¿hipnotismo?

—No. Boone, mírame.

Boone obedeció... y vio a una desconocida, rubia como la sacerdotisa de ámbar que había comprado en la tienda de Morgana. Ana advirtió el estupor de Boone, que por fin empezaba a creer la verdad.

—Cuando me pediste que me casara contigo, te dije que me dieras tiempo, porque quería encontrar el modo adecuado de contártelo. Tenía miedo —prosiguió Ana—. Miedo de que me miraras tal y como me estás mirando ahora. Como si no me conocieras.

—Esto es mentira. Yo me gano la vida con estas cosas y sé distinguir qué es realidad y qué ficción.

—Mi capacidad como maga es escasa —dijo Ana. Aun así, sacó unos minerales del bolsillo y los puso sobre la palma de la mano. Poco a poco empezaron a brillar. Luego se elevaron uno, dos centímetros, y se pusieron a dar vueltas en el aire—. A Morgana se le dan mejor estas cosas.

—¿Morgana también es bruja? —preguntó Boone, aturdido.

—Es mi prima —contestó Ana sin más.

—Entonces Sebastian...

—El don de Sebastian es leer el pensamiento, ver el pasado, el presente y el futuro de las personas. Es parapsicólogo.

No quería creérselo, pero no podía negar lo que estaba viendo con sus propios ojos.

—Tu familia, esos trucos de tu padre...

—Magia —Ana recogió los minerales y se los guardó en el bolsillo—. Como te dije, se le da muy bien. Todos somos buenos en un terreno u otro. Somos brujos... Lo siento.

—¿Que lo sientes? —Boone se mesó el cabello. Tenía que estar soñando, tenía que tratarse de una pesadilla. Pero el viento que soplabla contra su cara era de verdad—. Es fantástico, Ana. ¿Qué es lo que sientes?, ¿ser lo que eres, o no encontrarlo lo suficientemente importante para mencionarlo?

—No siento en absoluto ser lo que soy —afirmó Ana con orgullo—. Pero siento no habértelo dicho antes. Y siento, sobre todo, que ya no puedas mirarme como me mirabas antes de saberlo.

—¿Qué te esperabas?, ¿pretendes que me encoja de hombros y siga como si nada? ¿Crees que es fácil aceptar que la mujer a la que amo es como uno de los personajes de mis cuentos?

—Sigo siendo la misma mujer de ayer, y seguiré siéndolo mañana.

—Una bruja.

—Sí —Ana se cruzó de brazos—. Una bruja que utiliza su don para sanar. Yo no enveneno manzanas ni convierto a las personas en ranas.

—¿Se supone que eso debe aliviarme?

—Ni siquiera yo puedo conseguir eso. Como te dije, cada uno es responsable de su propio destino —le recordó Ana—. Eres tú quien debe tomar una decisión.

—Tú necesitabas tiempo para contármelo. Pues yo necesito tiempo para decidir qué hago —Boone echó a andar y, de pronto, paró en seco—. Jessie, Jessie está en casa de Morgana.

—Sí, con mi prima la bruja —Ana dejó resbalar una lágrima—. ¿Qué crees que va a hacer Morgana?, ¿encerrarla en una torre?

—No sé qué pensar. ¡Por todos los santos!, ¡acabo de descubrir que estoy viviendo en medio de un cuento de hadas! ¿Qué quieres que piense?

—Lo que quieras —respondió Ana—. No puedo cambiar lo que soy, ni lo haría aunque pudiese. Ni siquiera por ti. Y no voy a quedarme aquí mientras tú me miras como si fuera un bicho raro.

—Yo no...

—¿Quieres que te diga lo que estás sintiendo? —le preguntó ella mientras derramaba otra lágrima—. Te sientes traicionado, furioso, herido. Y tienes miedo de lo que soy y de lo que pueda hacer.

—Mis sentimientos son privados —espetó Boone, estremecido—. No quiero que te metas dentro de mí de esa manera.

—Lo sé. Y si ahora tratara de abrazarte como deseo, tú me rehuirías. Así que es mejor que ni siquiera lo intente. Buenas noches, Boone.

12

—Supongo que todavía sigues un poco confundido —dijo Nash mientras disfrutaba de una cerveza en compañía de Boone.

—Nunca he estado solo un poco confundido —contestó este—. Mira, puede que sea un poco estrecho de miras, pero descubrir que la vecina de enfrente es una bruja no es fácil de asimilar.

—Sobre todo, cuando estás enamorado de la vecina de enfrente.

—Exacto. No me lo habría creído, pero vi lo que hizo con Jessie. Luego empecé a asumirlo —Nash rió—. A veces me despierto a medianoche y creo que todo ha sido un sueño. Que ella no existe, no debería existir.

—¿Por qué no? Vamos, Boone, solo es cuestión de aceptar la realidad.

—Pero esta realidad es muy poco creíble —replicó Boone—. Nosotros nos ganamos la vida con ese tipo de historias, Nash; pero no es nuestra vida.

—La mía sí.

—Ya, supongo —Boone suspiró—. Pero, ¿no dudaste al principio?, ¿no te preocupaste?

—Por supuesto que sí. Creí que me estaba tomando el pelo hasta que me hizo levitar y me dejó suspendido junto al techo —Nash sonrió al recordar aquel momento—. Toda mi vida escribiendo guiones sobre fenómenos sobrenaturales y acabo casándome con una bruja con sangre de elfo.

—Sangre de elfo —repitió Boone—. ¿No te molesta?

—¿Por qué iba a hacerlo? Eso la convierte en lo que es, y yo la quiero. Reconozco que tuve mis dudas con lo de los hijos. Quiero decir, cuando crezcan, acabaré en inferioridad numérica.

—Los gemelos —Boone se quedó boquiabierto—. ¿Me estás diciendo que los bebés... son...?

—Estoy casi seguro. Vamos, Boone, no se van a convertir en monstruos. Solo tienen un don especial. Mel también está embarazada. Acaba de confirmarlo. No conozco a una mujer más racional que ella. Y, sin embargo, se maneja con Sebastian como si llevara toda la vida tratando con parapsicólogos.

—O sea, que me estás diciendo que no dramatice; que tampoco es para tanto, ¿no?

—Sé que no es fácil.

—¿Cuánto tiempo llevabas con Morgana cuando te contó lo de... su herencia?

—Lo supe desde el principio. Yo estaba documentándome para un guión y oí hablar de ella. Ya sabes, la gente siempre me cuenta historias raras.

—Sí.

—No es que creyera que fuese bruja, pero pensé que sería interesante hacerle una entrevista. Y...

—¿Y Mel y Sebastian? —interrumpió Boone.

—No lo sé con seguridad, pero lo conoció cuando una amiga suya le dijo que iba a contratar los servicios de un parapsicólogo —Nash dio un sorbo a su cerveza—. Ya sé lo que estás pensando, y tienes razón. Quizá debería habértelo dicho antes.

—¿Quizá?

—Está bien, debería habértelo dicho antes. Pero tú no conoces la historia entera. Morgana me ha contado que Ana estuvo enamorada de un hombre hace unos años. Solo tenía veinte años y estaba loca por él. El tipo trabajaba en un hospital y a Ana se le ocurrió que podrían trabajar juntos, que podría ayudarlo, así que se lo contó todo y él la dejó. De mala manera. Al parecer, se cebó con ella y Ana sufrió mucho. Después de eso, decidió quedarse sola el resto de su vida —explicó Nash—. Mira, no puedo decirte qué debes hacer ni cómo debes sentirte. Solo te digo que Ana jamás habría hecho nada para heriros a ti o a Jessie adrede. Simplemente, es incapaz.

Boone miró hacia la casa de Ana. No se veía luz en ninguna ventana, como desde hacía más de una semana.

—¿Dónde está?

—Quería escapar una temporada. En parte, para dejarte pensar, supongo.

—No la he visto desde la noche en que me lo contó. Los primeros días creí que era mejor mantenerme alejado de ella —reconoció Boone, con cierto sentimiento de culpabilidad—. También aparté a Jessie. Luego, hará una semana, desapareció.

—Se ha ido a Irlanda. Prometió que volvería antes de navidades.

—Ya —Boone se quedó pensativo—. Yo iba a ir con Jessie a Indiana antes de las vacaciones, un par de días nada más. Quizá consiga aclararme para cuando todos hayamos vuelto.

—Nochebuena es la mejor noche del año —comentó Padrick mientras bebía un licor irlandés en la cocina de Ana. Llenó una segunda copa y se la dio a su hija—. Toma, cariño, ponle color a esas mejillas.

—Y fuego en la sangre —dijo Ana después de probar el licor—. ¿No es increíble lo grandes que están los gemelos?

—Sí —respondió Padrick, aunque no se dejó engañar por el tono alegre de ella—. No me gusta ver a mi princesa tan triste.

—No lo estoy —Ana le pellizcó la mano con cariño—. De verdad, papá, estoy bien.

—Si quieres lo convierto en hipopótamo. Sería un placer.

—No —dijo ella, sonriente—. Y me prometiste que no hablaríamos del tema más.

—Ya, pero...

—Es una promesa —atajó Ana, al tiempo que se levantaba para ayudar a su madre con la comida.

Se alegraba de que su casa estuviera llena de gente a la que quería. Al llegar, se había entregado a los preparativos típicos de las navidades: conseguir un pino, comprar y envolver regalos, cocinar... Cualquier cosa con tal de no acordarse de Boone.

Con tal de no pensar que no hablaban desde hacía más de un mes.

Pero sobreviviría. Ya había tomado una decisión, y se negaba a que su infelicidad arruinara las fiestas al resto de la familia.

—Nos encanta que vengas con nosotros a Irlanda —dijo Maureen, mientras le daba un beso a su hija—. Si de verdad es lo que quieres.

—Echo de menos Irlanda —contestó Ana—. Creo que el pato ya está. Voy a ver si la mesa está lista —añadió, cambiando de tema.

—Es mejor que la dejemos tranquila —le dijo Maureen a su esposo cuando Ana hubo salido de la cocina.

—¿Sabes? Si por mí fuera, agarraría a ese hombre y lo mandaría a una isla congelada. Aunque solo fuera un par de días.

—Si Ana no estuviera tan en contra de este tipo de interferencias, prepararía una poción para que Boone volviera con ella.

—Sería lo mejor para todos —Padrick suspiró—. Pero Ana no nos lo perdonaría nunca. Tendremos que dejarla a su aire.

Después de un día de vuelos cancelados y demoras, Boone cerró el coche de un portazo. Quería darse un baño de agua caliente y tenía que prepararse para una larga noche.

Papá Noel tenía que llegar antes de que Jessie despertara al día siguiente, así que debía envolver y colocar todos los regalos.

—Venga, Jess —Boone se frotó los ojos. Estaba cansado tras doce horas de viaje, contando con las seis que había pasado esperando en vano en el aeropuerto.

—Ana ha vuelto —dijo la niña, apuntando hacia las luces de su vecina—. Mira, papá, el coche de Morgana y el de Sebastian, y el negro grandote. Están todos en casa de Ana.

—Sí —el corazón empezó a latirle a más velocidad, pero se detuvo al ver el cartel de *Se vende* que había a la entrada.

—¿Podemos ir a felicitarles las navidades? Por favor, papá —Jessie se llevó la mano al collar que Ana le había regalado como amuleto—. ¿Vamos, papá?, ¿vamos?

—Sí —contestó Boone, sin apartar la vista del cartel—. Por supuesto que sí.

¿Se iba a mudar?, ¿pretendía desaparecer así sin más? ¡De eso nada!

—Papá, vas muy rápido. Me haces daño en la mano.

—Perdona —Boone respiró profundo y aminoró el paso. Luego la levantó en brazos y llamó a la puerta con fuerza.

Fue Padrick quien abrió. Llevaba una barba blanca y un traje rojo. Nada más ver a Boone, el brillo de sus ojos desapareció.

—¡Vaya, vaya! Mira a quién tenemos aquí. ¡Qué valiente venir a enfrentarte a todos! Te advierto que algunos no somos tan educados como Ana.

—Quiero verla.

—Ahora, ¿no? —respondió Padrick. Luego miró a Jessie y sonrió—. Parece que ha venido un elfo a casa. ¿Por qué no corres y miras debajo del árbol, a ver si hay algún regalo con tu nombre?

—¿Puedo? —Jessie le dio un beso a Padrick y volvió a pedirle permiso a Boone—. ¿Puedo, papá?

—Claro —aceptó este. Al igual que la de Padrick, la sonrisa de Boone se desvaneció nada más marcharse la niña—. He venido a ver a Ana, señor Donovan.

—Pues me estás viendo a mí. ¿Qué crees que harías si alguien le arrancara el corazón a Jessie y luego se lo retorciera? —Padrick alzó los puños en señal de desafío—. No habrá trucos. Te doy mi palabra. Y ahora, venga, en guardia.

—Señor Donovan...

—Te dejo que des primero —Padrick le ofreció una mejilla—. Te doy esa ventaja, aunque no te la merezcas. La he oído llorar por las noches por tu culpa y me he prometido que si te veía, tendría que acabar contigo. Es una cuestión de orgullo. No pude agarrar al otro cerdo que le rompió el corazón, pero ahora te tengo aquí.

—Señor Donovan, no quiero hacerle daño.

—¡Inténtalo!, ¡inténtalo! —Padrick estaba dando saltos—. Podría tumbarte de un solo golpe, podría...

—¡Papá!

Con una sola palabra, Ana acabó con las amenazas de su padre.

—Vuelve dentro, princesa. Yo me encargo de él.

—No vas a pelear en mi casa en el día de Navidad. Ya basta.

—Vamos, déjame que lo mande al Polo Norte. Por una hora o dos nada más.

—Ni lo pienses —Ana se interpuso entre ambos hombres—. Entra en casa y compórtate, o tendré que pedirle a Morgana que se ocupe de ti.

—¡Bah! No me impresiona una bruja más joven que yo.

—Es muy buena —Ana le dio un beso en la mejilla—. Por favor, papá, hazlo por mí.

—Nunca te negaré nada —murmuró Padrick. Luego se dirigió a Boone—. Mucho cuidado —añadió, antes de meterse en casa.

—Lo siento —dijo Ana, forzándose a sonreír—. Siempre me ha protegido mucho.

—Eso me ha parecido —Boone metió las manos en los bolsillos—. Quería... queríamos felicitaros la Navidad.

—Sí, Jessie ya lo ha hecho —se quedaron en silencio un par de tensos segundos—. Eres bienvenido, adelante.

—No quiero interrumpir. Tu familia... —Boone trató de sonreír—. Tampoco quiero poner en peligro mi vida.

—Papá no te haría nada —aseguró Ana, desvanecida al instante su sonrisa Aunque sea brujo.

—No pretendía... No lo culpo por estar enfadado conmigo, y tampoco quiero que os sintáis incómodos con mi presencia —Boone se giró hacia el cartel de la entrada y preguntó—: ¿Qué demonios es eso?

—¿No es evidente? Vendo la casa. He decidido volverme a Irlanda.

—¿A Irlanda? ¿Crees que puedes hacer las maletas y marcharte a más de seis mil kilómetros?

—Exacto. Boone, perdona, pero la cena está casi lista, tengo que entrar... Te repito que puedes unirme a nosotros.

—Si no dejas de ser tan asquerosamente cortés, voy a... —Boone se contuvo—. No quiero cenar. Quiero hablar contigo.

—No es el momento.

—Pues haremos que lo sea.

—¿Algún problema, Anastasia? —preguntó de pronto Sebastian.

—No. He invitado a Boone y a Jessie a cenar, pero no puede quedarse.

—Una lástima —ironizó Sebastian—. Entones, si nos disculpa, Sawyer.

Boone dio un paso al frente y cerró de un portazo. Toda la familia se quedó mirándolo.

—No os entrometáis. Me da igual enfrenarme a todos —dijo Boone furioso—. Ven conmigo —añadió, tirando de la mano de Ana.

—Mi familia...

—A tu familia no le va a pasar nada por esperar —la interrumpió Boone mientras abría la puerta.

—¿Papá está enfadado con Ana? —preguntó Jessie desde su silla.

—No —respondió Maureen, feliz por lo que acababa de ver en el corazón de Boone—. Creo que han salido a prepararte otro regalo de Navidad. El que más te va a gustar.

—Deja de arrastrarme, Boone —le pidió Ana, forzándose a seguir el paso de este.

—No te estoy arrastrando.

—No quiero ir contigo —Ana sintió que los ojos volvían a llenársele de lágrimas—. No voy a pasar por esto otra vez.

—¿Crees que vas a solucionarlo todo poniendo un estúpido cartel a la entrada? —preguntó Boone mientras la conducía a la playa—. ¿Crees que me vas a soltar una bomba como la que me has soltado y luego largarte a Irlanda?

—Puedo hacer lo que me dé la gana.

—¡De eso nada!

—Ni siquiera querías hablar conmigo.

—Te estoy hablando ahora.

—Pero ahora soy yo la que no quiere —Ana se soltó y echó a correr de vuelta a casa.

—Pues entonces tendrás que escucharme —Boone la agarró por la cintura y se la subió a los hombros—. Y tenemos que alejarnos de tu casa, para que tu familia no interfiera... Como intentes escaparte, te vuelvo a subir —advirtió después de ponerla en el suelo.

—No te daría esa satisfacción —contestó Ana, desafiante—. ¿Quieres hablar? De acuerdo. Yo también tengo cosas que decir: acepto que te separes de mí, pero no creo que sea necesario que también alejes a Jessie.

—Yo nunca...

—No lo niegues. Durante días, antes de irme a Irlanda, la tuviste encerrada en casa —Ana agarró un puñado de piedrecillas y las lanzó al mar—. ¿Qué pasa?, ¿temes que se acerque demasiado a una bruja?, ¿crees que voy a meter a Jessie y a Daisy en un caldero y me las voy a comer?

—No, Ana —Boone sonrió—. ¿Me dejas hablar?

—¡Lo sabía! —prosiguió ella—. ¡Sabía que huirías cuando te contara la verdad!

—¿Lo sabías?, ¿cómo sabías cuál sería mi reacción? ¿Miraste en una bola de cristal, o le preguntaste a tu primo el parapsicólogo?

—No hice nada de eso —contestó Ana—. No dejé a Sebastian y no miré por mi cuenta porque no me parecía justo. Sabía que huirías porque...

—¿Porque ya había huido otro hombre? —completó Boone.

—Da igual, lo cierto es que huiste.

—Necesitaba asimilarlo.

—Vi muy bien cómo me miraste esa noche —Ana cerró los ojos—. Ya he visto esa mirada antes. No fuiste cruel como Robert, no. No me insultaste, pero el resultado fue el mismo: aparta de mí y de los míos. No acepto lo que eres.

—No pienso disculparme por tener una reacción normal. Además, maldita sea, estaba cansado, medio loco. Jessie había estado a punto de morir, luego te había estado mirando durante horas en la cama, y estabas tan quieta y tan pálida... Tenía miedo de que no lo superaras. Cuando lo conseguiste, no supe cómo tratarte. Luego me contaste todo. Si me lo hubieras dicho antes, en otro momento...

—¿Habrías reaccionado de otro modo? —Ana lo miró a los ojos—. No lo creo. Pero tienes razón: debería haberlo hecho. Fue injusto dejar que nuestra relación llegara tan lejos sin avisarte.

—Yo no he dicho eso, Ana. A no ser que estés sintonizando con mi corazón, no puedes saber lo que siento. Y siento dolor, porque no confiaste en mí.

—Lo sé —Ana dejó caer una lágrima—. Lo siento.

—¿Tenías miedo?

—Ya te he dicho que he sido un cobarde.

—Aquella noche, en mi despacho, cuando te hablé del dibujo de la bruja... te molestaste, ¿verdad? —recordó entonces Boone.

—A veces soy demasiado sensible. Estaba...

—Estabas a punto de contármelo y yo te asusté, hablándote de las brujas malvadas.

—No me pareció oportuno contártelo después de eso.

—Porque eres un cobarde, ¿no? —Boone la miró a los ojos—. Déjame que te pregunte una cosa, Ana. ¿Qué le hiciste a Jessie exactamente para salvarla?

—Me uní a ella. Ya te digo que mi don es la empatía.

—Y te dolió. Hubo un momento en que gritaste, como si fuera insoportable. Luego te desmayaste y te quedaste como muerta más de un día.

—Cuando las lesiones son muy graves, hay que pagar un precio por sanarlas.

—Lo entiendo. Le pregunté a Morgana y me dijo que podías haber muerto. Dijo que corrías mucho peligro porque Jessie... había traspasado la línea, o casi.

—¿Qué habrías hecho tú?, ¿dejar que se muriera?

—Es lo que habría hecho una persona cobarde. Ana, tener miedo no te convierte en un cobarde. Podías haberte salvado y dejarla marchar.

—La quiero.

—Yo también. Y tú me la devolviste. Ni siquiera te he dado las gracias.

—¿Crees que quiero tu gratitud? —replicó Ana, dolida—. No la quiero. Lo que hice lo hice porque no podía soportar perderla. Y no podía soportar que tú perdieras a otra persona a la que amas. Pero no quiero que me des las gracias. Me arriesgué libremente, soy lo que soy y usé mis poderes para curarla.

—No es tan sencillo —Boone le acarició los brazos—. Ni siquiera para ti. Sé que sientes más que los demás. Morgana me lo dijo. Cuando estás baja de defensas, eres más vulnerable a las emociones, al dolor, a todo. Por eso no lloras... aunque ahora estés llorando —añadió mientras le secaba una lágrima.

—Pues ya sabes todo lo que hay que saber. ¿Qué sentido tiene seguir hablando?

—El sentido es que tenemos que retroceder a la noche en que me lo contaste todo. El sentido es que tienes que darte otra oportunidad y abrirte a mí.

—Pides demasiado —dijo Ana entre sollozos—. Déjame, ¿no ves el daño que me haces?

—Sí lo veo —Boone la abrazó, tratando de aliviarla—. Has perdido peso, estás pálida. Cuando te miro a los ojos, veo todo el daño que te he hecho. No sé cómo remediarlo. No sé por qué no me ha mandado tu padre al Polo Norte, como amenazaba.

—No podemos usar nuestro poder para herir. Va en contra de lo que somos —respondió Ana—. Por favor, déjame.

—No puedo. Llegué a creer que podía. Pensaba que me habías engañado, que habías traicionado mi confianza —Boone la separó lo justo para mirarla a la cara—. No me importa. No me importa nada. Si es magia, no quiero perderla. No puedo perderte, Ana. Te quiero. Te quiero como eres. Por favor, vuelve a mí —añadió. Le dio un beso en las mejillas y saboreó la sal de sus lágrimas.

—Quiero creerte —dijo Ana, esperanzada.

—Yo creo en ti —aseguró Boone—. Si este es mi cuento de hadas, quiero ser el protagonista y estar siempre a tu lado.

—¿Puedes aceptar todo esto? —Ana lo miró a los ojos—. ¿Aceptar a toda mi familia?

—Sí... aunque quizá me cueste un poco de tiempo convencer a tu padre de que no haga algo drástico con mi anatomía —contestó Boone, arrancando una sonrisa en Ana—. No sabía si volvería a verte sonreír. Dime que todavía me quieres. Hazme ese regalo también.

—Te quiero —dijo ella con voz trémula—. Siempre.

—No volveré a hacerte daño. Te compensaré por todo.

—Ya lo has hecho —Ana le agarró las manos—. Ya me has compensado.

—No llores más.

—No, yo nunca lloro —Ana sonrió mientras se secaba las lágrimas con los puños.

—Me dijiste que volviera a preguntártelo. Ha pasado más de una semana, pero espero que no hayas olvidado lo que dijiste que me contestarías.

—No lo he olvidado.

—Pon la mano en mi pecho. Quiero que sientas lo que siento —dijo Boone—. Casi es luna llena. La primera vez que te besé había luna llena. Estaba hechizado. Siempre lo estaré. Te necesito, Ana.

—Me tienes —contestó esta, con la mano sobre el pecho de él.

—Quiero que te cases conmigo, compartir contigo a Jessie. Ahora es tan tuya como mía. Y quiero tener más hijos contigo. Te acepto como eres, Anastasia. Te juro que te adoraré mientras viva.

Ana lo miró bajo la luz de la luna, que iluminaba sus cabellos dorados, y contestó:

—Sí, quiero.

Epílogo

En lo alto de un risco con vistas a un mar tempestuoso se alzaba el Castillo de los Donovan. Un relámpago estalló y rompió el cielo negro, el viento hizo vibrar los cristales de las ventanas.

Dentro, las llamas serpenteaban en la chimenea. Brujos y no brujos estaban reunidos, esperando el llanto de un nuevo ser.

—¿Estás haciendo trampas, abuelo? —le preguntó Jessie a Padrick mientras miraba las cartas

—¿Hacer trampas yo? —Padrick rió—. ¡Pues claro!

—La abuela Maureen dice que siempre haces trampas —Jessie sonrió—. ¿De verdad eras un sapo?

—Sí, un sapo verde, cariño.

Jessie lo aceptó con la misma naturalidad que aceptaba todas las maravillas de los Donovan.

—¿Volverás a ser un sapo alguna vez, para que pueda verlo? —preguntó mientras acariciaba a Daisy.

—Podría sorprenderte —Padrick guiñó un ojo y convirtió las cartas en un arco iris de caramelos.

—Sebastian —Mel llamó a su marido, que estaba tomando una copa de brandy mientras miraba la partida de cartas—. Shawn y Keely se han despertado. Yo estoy ocupada ayudando a Ana.

—En seguida voy —Sebastian se levantó y fue a cambiarles los pañales a sus hijos, nacidos tres meses antes.

Nash sujetaba a Allysia sobre una rodilla mientras Donovan estaba sentado en el regazo de Matthew, jugando con su reloj de bolsillo.

—Ten cuidado, no se lo trague —comentó Nash—. O lo haga desaparecer. Nos está costando controlarlo.

—El chico necesita un poco de libertad.

—Si tú lo dices. Pero cuando fui a la cuna por él el otro día, la encontré llena de conejos. De los de verdad.

—Ha salido a su madre —dijo Matthew con orgullo—. A nosotros nos agotaba.

Allysia sonrió y, de pronto, Daisy se despertó. Segundos después, todos los gatos y perros de la casa entraron en el salón.

—Ally —Nash suspiró—, ¿no te había dicho que de uno en uno?

—Perritos —dijo Ally, jugueteando con el lobo de Matthew—. Miaumiaús.

—La próxima vez solo uno, ¿vale? —Nash se quitó un gato de los hombros y apartó otro del brazo de la silla—. Hace dos semanas reunió a todos los gatos del barrio delante de casa... Venga, enanos, es hora de acostarse —dijo Nash después de suspirar. Luego se levantó y agarró a Allysia con un brazo y a Donovan con el otro.

—Cuento —pidió este—. Tío Boone.

—Está ocupado. Tendrás que conformarte con uno de tu padre.

Sí que estaba ocupado: presenciando un milagro. La habitación estaba llena de flores y velas. Permaneció junto a Ana todo el tiempo, hasta que trajo a su hijo al mundo.

Y luego a una niña.

Y a un segundo hijo.

—Tres —decía Boone una y otra vez mientras Bryna le colocaba a uno de los bebés en los brazos—. Tres —repitió. Le habían dicho que tendría trillizos, pero no se lo había creído.

—Viene de familia —comentó Ana, agotada, feliz, mientras sujetaba un bebé—. Ahora tenemos dos de cada.

—Me parece que vamos a necesitar una casa más grande —dijo Boone, sonriente, mientras Ana colocaba al tercer bebé sobre Morgana.

—¿Quieres que suban los demás? —le preguntó Bryna—. ¿O prefieres descansar un rato?

—No —Ana apoyó la cabeza sobre un brazo de Boone—. Diles que suban.

Se arremolinaron todos, armando un follón enorme. Ana hizo sitio en la cama para que Jessie se sentara junto a ella y le puso un bebé en los brazos

—Mira, este es tu hermano Trevor. Tu hermana, Mauve. Y tu otro hermano, Kyle.

—Los voy a cuidar muy bien. Mira, abuelo, tenemos una familia muy grande.

—Sí, mi niña —dijo Padrick, con los ojos humedecidos—. Menos mal que no te machaqué cuando tuve la oportunidad —añadió, mirando a Boone.

—Toma —dijo este—. Sujeta a tu nieto.

—Mira, Maureen. Tiene mis ojos —afirmó Padrick, emocionado, mientras Kyle berreaba.

—No, ranita mía, tiene mis ojos.

Empezaron a discutir y el resto de los Donovan se puso de parte de uno u otro. Boone rodeó a Ana con un brazo mientras Mauve mamaba hambrienta la leche de su madre. Un relámpago iluminó la noche, el viento sopló y las llamas de la chimenea se avivaron.

En algún lugar del bosque, en alguna colina, las hadas bailaron...

y fueron felices para siempre.